



CONTAGIAR ESPERANZA

EDITORIAL: CONSTRUYENDO UNA RENOVADA CONFIANZA | UN PLAN PARA RESUCITAR PAPA FRANCISCO | ¿DÓNDE ESTÁ DIOS MIENTRAS LA GENTE SUFRE Y MUERE AZOTADA POR LA PESTE VIRAL? ANTONIO BENTUÉ | NUESTRA LITURGIA DESAFIADA POR EL CORONAVIRUS GUILLERMO ROSAS/GONZALO GUZMÁN | ECLESIOPATÍAS. SOBRE EL ABUSO DE CONCIENCIA DANIEL PORTILLO | EL MOTU PROPIO VOS ESTIS LUX MUNDI. DE PROMULGATIO LEGIS A RECEPTIO LEGIS MONS. CHARLES J. SCICLUNA | DEL ABUSO A LA CONFIANZA LÚCIDA JOSÉ ANDRÉS MURILLO | UN NUEVO DIRECTORIO PARA LA CATEQUESIS MONS. OCTAVIO RUIZ ARENAS | LA VOCACIÓN DE LOS DIÁCONOS: MÍSTICOS, PROFETAS Y SERVIDORES MONS. ALBERTO LORENZELLI R.



LA REVISTA CATÓLICA
Julio 2020 - Nº 1206

REPRESENTANTE LEGAL
Mons. Alberto Lorenzelli Rossi

EDITOR GENERAL
Marcelo Alarcón Álvarez
malarcon@iglesiadesantiago.cl
COEDITORA
Paula Martínez Sagredo

EQUIPO EDITORIAL
Sebastián Aguirre Vergara
Cristian Amaya Aninat
Natalia Castro Díaz
Pbro. Felipe Herrera Espaliat

CONSEJO EDITORIAL
Pbro. Cristian Borgoño Barros
Pbro. Carlos Godoy Labraña
Román Guridi Ortúzar SJ.
Pbro. Luigi Migone Repetto
Pbro. Miguel Rocha Anguita
Pbro. Fernando Valdivieso Tagle

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
Gonzalo Torres Alvarado, Arquetipo LTDA.

Impreso en Chile
A Impresores s.a. Av. Gladys Marín 6920, Estación Central, Santiago.

FOTOGRAFÍAS
Archivo Unsplash y Pixabay.
License Unsplash: All photos published on Unsplash can be used for free. You can use them for commercial and noncommercial purposes.

La Revista Católica es una publicación trimestral en el área de la teología pastoral, al servicio de la comunión y la formación permanente del clero. Pertenece al Arzobispado de Santiago y es editada y publicada por la Vicaría para el Clero. Los artículos firmados de *La Revista Católica* son de responsabilidad exclusiva de sus autores. Se autoriza la reproducción de artículos señalando su procedencia.

DIRECCIÓN Y CONTACTO
Vicaría para el Clero, Plaza de Armas 444, 3 piso, Santiago de Chile.
Teléfono: 22787 5808. E-mail: vicariaclero@iglesiadesantiago.cl /
www.revistacatolica.cl

ISSN 0716-033X

SUMARIO



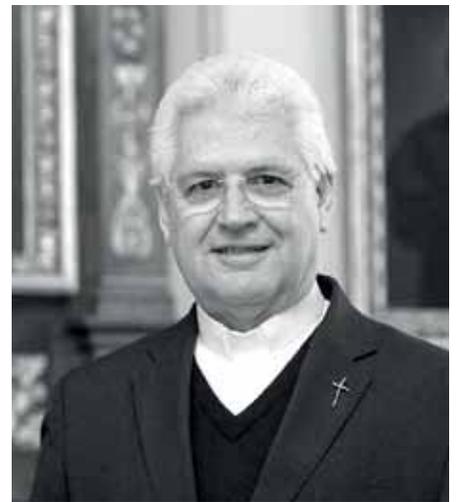
EDITORIAL	4
Contruyendo una renovada confianza	
CARTAS	7
AL CUIDADO DE DIOS	9
Juan José Bartolomé, SDB.	
UN PLAN PARA RESUCITAR	11
Papa Francisco	
REACCIONES AL MENSAJE DEL PAPA	16
Sol Serrano; Antonio Spadaro, SJ; Daniel Zang; José Antonio Viera-Gallo; Loreto Moya; Manuel Carmona; Jaime Antúnez; Dolores Aleixandre	
NOS CREÍAMOS INVENCIBLES	27
Francisco de Roux, SJ.	
¿Y DÓNDE ESTÁ DIOS MIENTRAS LA GENTE SUFRE Y MUERE AZOTADA POR LA PESTE VIRAL?	30
Antonio Bentué	
EL SENTIDO CRISTIANO DEL SUFRIMIENTO	35
Fray Osvaldo Robles S., O.P.	
CRISTIANOS EN TIEMPOS DE PANDEMIA	38
Raúl Pariamachi, SS.CC.	
NUESTRA LITURGIA DESAFIADA POR EL CORONAVIRUS	43
Guillermo Rosas, SS.CC. y P. Gonzalo Guzmán	
TESTIMONIOS	49
Hna. Patricia Rojas; Pedro León, SS.CC.; Javiera Salazar; P. Fernando Tapia; José María Álvarez	
¿CUÁL ECONOMÍA PARA EL FUTURO?	60
Nello Gargiulo	
ECLESIOPATÍAS. SOBRE EL ABUSO DE CONCIENCIA	61
Daniel Portillo T.	
EL MOTU PROPRIO VOS ESTIS LUX MUNDI. DE PROMULGATIO LEGIS A RECEPTIO LEGIS	67
Mons. Charles J. Scicluna	
DEL ABUSO A LA CONFIANZA LÚCIDA	72
ENTREVISTA A JOSÉ ANDRÉS MURILLO Por Marcelo Alarcón Á.	
ABUSO DE PODER APRENDIZAJES Y DESAFÍOS	76
Andrea Idalsoaga M.	
UN NUEVO DIRECTORIO PARA LA CATEQUESIS	81
Mons. Octavio Ruiz Arenas Por Marcelo Alarcón Á.	
LA VOCACIÓN DE LOS DIÁCONOS: MÍSTICOS, PROFETAS Y SERVIDORES	89
Mons. Alberto Lorenzelli R.	
LIBROS CINE Por Alejandro Vidal	96

EDITORIAL

El 2020 será recordado como el año de la pandemia, del dolor, la angustia y el miedo; el año del confinamiento y la distancia social, de los que partieron sin la caricia del afecto y sin los signos de la fe. Pero también como el año de los que se contagiaron ungiendo de cuidados y afecto a los enfermos, aquellos que pasaron haciendo el bien a riesgo de su propia salud, de los que aceptaron el confinamiento por el bien de todos y, en fin, de quienes aportaron lo mejor de sí mismos en medio de la crisis. Será recordado por la presencia misericordiosa de Dios en las manos solidarias de tantos que entregaron generosamente su sabiduría, su cuidado y amor.

Una de las consecuencias eclesiales de la pandemia ha sido el cierre de todos los lugares de culto, iglesias y templos. Incluso las bendiciones *Urbi et Orbi* de Francisco fueron ante una plaza y una basílica de San Pedro vacías. Muchos auguraban una cuaresma y una Semana Santa muy pobre, sin celebraciones litúrgicas, sin Viacrucis, ni pasos de procesiones. Y sin embargo, ha sido una Semana Santa sumamente profunda y rica, no solo por participar mediáticamente de las celebraciones, sino por algo más profundo: vivir de cerca la pasión del Señor en la pasión y el sufrimiento de los enfermos; la lectura del evangelio y oración en familia; experimentar la ayuda a gente mayor solitaria y la colaboración a vecinos; aplausos a médicos, sanitarios, transportistas, trabajadores de farmacias y supermercados, a voluntarios que reparten comidas, etc. Los protagonistas de esta Semana Santa no hemos sido los curas, ni siquiera nuestras transmisiones mediáticas, sino las familias, laicos y laicas, los y las jóvenes construyendo una renovada confianza entre todos. Se ha promovido una Iglesia doméstica, en la que los laicos son protagonistas, donde han sido siempre los papás, quienes han enseñado a rezar a sus niños antes de ir a dormir. Este tiempo litúrgico ha significado una renovada presencia de Dios en la intimidad de nuestros hogares y corazones.

Quizás muchos crean que este cierre de los templos ha sido solo un paréntesis pastoral y que pronto se volverá a la situación de antes. No, claramente este es un tiempo favorable y de gracia, un kairós, un signo de los tiempos. Volverán a abrir sus puertas los templos, pero hoy Dios nos quiere revelar algo. ¿Qué quiere decirnos? Cada uno puede dar una respuesta personal, pero a nivel eclesial podemos pensar que el Espíritu nos invita a pasar de una Iglesia sacramentalista y clerical a una Iglesia evangelizadora.



† Mons. Alberto Lorenzelli Rossi.
Obispo Vicario para el Clero.

Los protagonistas de esta Semana Santa no hemos sido los curas, ni siquiera nuestras transmisiones mediáticas, sino las familias, laicos y laicas, los y las jóvenes construyendo una renovada confianza entre todos.

Iglesia sacramentalista sería aquella que se identifica tanto con los siete sacramentos que corre el riesgo de considerar al clero como el protagonista de la Iglesia y al templo como su centro autorreferencial o propio, mientras margina a los laicos, descuida la evangelización, el anuncio de la Palabra, la iniciación a la fe, la oración, la formación cristiana, sin formar una comunidad cristiana, ni un laicado de ciudadanos responsables y solidarios con los pobres y marginados como testimonio de una comunidad viva que comparte fraternalmente la fe.

Iglesia evangelizadora es la que hace lo que hizo Jesús: anunciar la buena nueva del Reino de Dios, predicar, curar enfermos, comer con pecadores, dar de comer a hambrientos, liberar de toda opresión y esclavitud. Este era el programa de Jesús en la sinagoga de Nazaret. En la última cena Jesús instituyó la Eucaristía y el evangelio de Juan situó en ese mismo contexto el lavatorio de los pies y el mandamiento nuevo del amor fraterno, completando la dimensión litúrgica con la más existencial y evitando así que la Eucaristía se convirtiese en un rito vacío.

Ciertamente 'la Eucaristía hace la Iglesia' sin ella no hay Iglesia plenamente constituida, pero esta verdad debe completarse con su contraparte: 'la Iglesia hace la Eucaristía', es toda la comunidad, presidida por sus pastores, la que celebra la Cena del Señor; sin el tejido de una comunidad eclesial no habría Eucaristía. No se trata de convertir a la Iglesia en una ONG, pues la Eucaristía, memorial de la muerte y resurrección de Jesús, es la cumbre de la vida cristiana, pero solo se va a esta cumbre por el camino de fe y del seguimiento de Jesús.

Una Iglesia evangelizadora que tiene en el centro la entrega generosa de Dios para la salvación de la humanidad, es la Iglesia de todos los días, de la entrega vocacional, del gesto alegre de la caridad; la Iglesia que acoge y sirve, que contempla y cuida, que aprende y enseña; la Iglesia que agradece, que se equivoca y espera el perdón; una Iglesia humana para Dios y una Iglesia santa para los hombres y mujeres.

También nosotros como consagrados somos víctimas de la pandemia y nos sentimos a veces vulnerables, preocupados, desorientados e incluso abatidos ante la situación. Me alegraría saber que estas preguntas son también parte de la propia experiencia espiritual. ¿Qué diremos del Dios fiel a la madre que despide a su hijo sin verlo morir, sin haberle dado un beso de despedida?, ¿qué diremos al jefe de hogar que ha perdido su trabajo y no sabe cómo hará llegar el pan a su casa?, ¿qué diremos al hijo que perdió a su madre anciana? Desearía que el libro segundo del profeta Isaías fuera durante este tiempo nuestro libro del bolsillo y resuene en nosotros: “Consuelen, consuelen a mi pueblo, dice el Señor” (40,1).

La experiencia humana y la revelación cristiana nos recuerdan que el sufrimiento es, a final de cuentas, un misterio. No hay una respuesta única y definitiva. Justamente por eso este número de *La Revista Católica* ha reunido voces diversas desde la pastoral, la teología, la espiritualidad, la Biblia, la psicología, el testimonio personal, la historia, la economía, la política, la filosofía, buscando arrojar un poco de luz sobre este misterio. Esperamos que los lectores encuentren en alguna de estas voces, algo que les ayude a nutrir su propia espiritualidad, deseos de saber y que aporte a su servicio a los demás.

Estrechamente ligado al dolor y la esperanza está el tema del abuso y la cultura del buen trato. Un tema que desde el primer número de este año teníamos previsto abordar por su relevancia eclesial, pastoral y social y lo hacemos en este segundo número. La Iglesia ha dado pasos y vale la pena reconocerlos y valorarlos, pero queda un largo camino por recorrer y conviene afrontarlo con decisión evangélica y carismática.

Agradezco a las más de 35 personas que han colaborado con este número. Ustedes nos animan y ayudan a reflexionar sobre el dolor, la esperanza y la fe. Junto a consagrados y laicos que no mezquinan la vida en estos tiempos difíciles, forman parte del plan para resucitar del que nos ha hablado papa Francisco. Ruego sobre todos nosotros la unción del Resucitado que nos haga sentir que nunca la esperanza será vana, que Él está vivo y camina a nuestro lado.

Una Iglesia evangelizadora que tiene en el centro la entrega generosa de Dios para la salvación de la humanidad, es la Iglesia de todos los días, de la entrega vocacional, del gesto alegre de la caridad; **la Iglesia que acoge y sirve, que contempla y cuida, que aprende y enseña.**

CARTAS

“EN ESPERANZA HEMOS SIDO SALVADOS” (RM 8,24)

Con alegría saludo al equipo de la Vicaría para el Clero de nuestra Arquidiócesis, que ahora asume la dirección de *La Revista Católica*, iniciando una nueva etapa de su larguísima historia. Sin duda, asume la gran misión de evangelizar en tiempos difíciles, llenos de desafíos y de una necesidad profunda –aunque muchas veces no reconocida– de palabras que generen vida, transformación, esperanza.

La nueva presentación de la revista tiene un gran sentido estético, que atrae a la lectura de sus diversos y muy interesantes artículos. Con un lenguaje abierto, cercano, profundo, que puede nutrir la fe y la formación no solo del clero, sino de los diversos actores de nuestra Iglesia, ayudándonos a renovar con más fuerza nuestra decisión por amar y servir a Jesús.

Me gustó especialmente el artículo “Esperar, en tiempos difíciles”, del libro *La esperanza es un camino*, de José María Recondo. Escrito hace 10 años, se mantiene muy actual y necesario para hoy: “El motivo fundamental de la esperanza no está en lo que nosotros podemos, sino en lo que Dios puede hacer en nosotros o a través de nosotros”.

Nuestra Iglesia es mariana y estoy convencida de que hoy es necesario conocer y escuchar más lo que dice la Reina del Cielo y la Tierra. Considerando esto, les dejo la sugerencia de tener un espacio permanente dedicado a la Virgen María, con testimonios, historias de las distintas advocaciones, reflexiones sobre los dogmas marianos, oraciones marianas, movimientos marianos en el mundo, etc...

Los felicito y deseo que la revista pueda llegar a los distintos rincones de nuestro querido y necesitado Chile.

Marisa (Bia) Lemos Silveira
Laica, esposa de diácono

HISTORIA, ROSTROS Y CORAZONES

Recibí con mucho gusto la edición impresa de *La Revista Católica*. Quiero agradecerles y felicitarlos por la calidad del contenido y de la diagramación. Muy valiosa me pareció la entrevista a Mariano Puga, páginas que ciertamente vale la pena leer, especialmente para los presbíteros de la Arquidiócesis.

Creo que uno de los deberes editoriales de *La Revista Católica* es producir documentos que permitan profundizar en la historia de nuestra Arquidiócesis. Ciertamente la vida de sus presbíteros y de laicos destacados son parte fundamental de esta historia, pues son los rostros y corazones detrás de cada una de las instituciones de nuestra Iglesia de San-

tiago. Quizás debería ser una sección permanente de la revista. Los historiadores estarán seguramente muy agradecidos de un esfuerzo sistemático en esta línea.

Les deseo lo mejor en esta nueva etapa de la ‘ultracentenaria’ historia de la revista y cuenten con un lector y un colaborador de este medio tan rico de provechosa lectura.

Pbro. Cristián Borgoño

UN NUEVO DIRECTORIO PARA LA CATEQUESIS

Saludo a los responsables en la Vicaría del Clero al asumir una nueva etapa en la dirección de *La Revista Católica*, que acompaña la formación del clero y la vida religiosa desde hace 177 años, tal vez una de las revistas más antiguas de América.

Con alegría celebro el hecho de que el Pontificio Consejo para la Nueva Evangelización haya presentado a la Iglesia universal el nuevo *Directorio General para la Catequesis*. Este se inscribe en continuidad con la petición de los padres conciliares de encargar un texto directivo que orientara el quehacer evangelizador y catequético para la Iglesia universal. Así, surgen los primeros Directorios del año 1971 y 1997 que tanto bien han hecho al impulsar la renovación

del camino catequético de la Iglesia postconciliar.

Ante el gigantesco cambio de época que experimentamos, con grandes desafíos para continuar nuestra acción evangelizadora, este nuevo Directorio ofrecerá, sin duda, grandes luces y aportes concretos para nuestra Iglesia particular, tan necesitada de una renovación pastoral.

Estoy convencido de que si hacemos nuestro este Directorio, puede ser de gran ayuda en nuestra propia renovación eclesial.

Jorge Barros Bascuñán
Director del Departamento de Catequesis

ayudado a mirar la ‘pobreza escondida’ que habitaba en muchos hogares, tanto en lo material como en lo afectivo. Sin embargo, también podemos hallar cosas positivas. Es un tiempo de gracia donde vemos comunidades que han vuelto a lo esencial: la solidaridad y la fraternidad, una nueva forma de ser Iglesia, comunidades y familia, y hoy más que nunca parece que está ‘viva’ la Palabra de Dios. Para nosotros es una señal de que, cuando logremos superar esto, seremos mejores personas y hermanos.

Diácono Carlos Eugenio Barassi P.
y Anita Sáez de Barassi

ENFOCARNOS EN LO ESENCIAL

Estimado Director:

Estábamos acostumbrados a tantas cosas, pero hoy el mundo cambió. Es como una película de ciencia ficción y, lo más probable, es que siga cambiando de un momento a otro al hablar sobre esta Pandemia. Ante este escenario surge la inseguridad de la vida, de los trabajos. Convivimos todos los días con el miedo, sobre todo al ver que la enfermedad empieza a afectar a las personas más cercanas, mientras nosotros estamos confinados.

Pensamos que estamos aislados y no nos estamos comunicando, pero hoy, sin darnos cuenta, estamos más comunicados que antes en el contacto personal con la familia y los amigos que nos han hecho volver a lo esencial.

Nuestra forma de ser Iglesia también cambió. El confinamiento nos ha hecho volver al inicio, como las primeras comunidades, ‘volver a encontrarnos con la Palabra de Dios’ y ‘compartir lo que tenemos’. Nos ha

Escríbanos a:
larevistacatolica@
iglesiadesantiago.cl

AL CUIDADO DE DIOS

JUAN JOSÉ BARTOLOMÉ, SDB¹

¿Qué les parece? Si un hombre tiene cien ovejas, y una de ellas se pierde, ¿no deja las noventa y nueve restantes en la montaña, para ir a buscar la que se extravió? Y si llega a encontrarla, les aseguro que se alegrará más por ella que por las noventa y nueve que no se extraviaron. De la misma manera, el Padre que está en el cielo no quiere que se pierda ni uno solo de estos pequeños (Mt 18,12-14).

¿Quién cuidará de nosotros? Frágiles y necesitados durante este tiempo pandémico hemos hecho de diversas maneras esta pregunta. Ante ella conviene recordar que todos, creyentes y no creyentes, estamos al cuidado personal de Dios. Él es el pastor de los que más amenazados están, su mejor abogado, porque es su dueño y propietario. La parábola describe no solo la solicitud de Dios, sino *su forma de vivirla*.

La pregunta “¿Qué les parece?”², busca llamar la atención del oyente y supone su asentimiento. Y es que, razona Jesús, ¿cómo puede uno contentarse con perder algo sin reaccionar inmediatamente? La cantidad de ovejas, cien, sirve para resaltar, por la contraposición 99/1, lo exiguo de lo que falta y, no obstante, la preocupación del pastor. ‘Extraviarse’, una metáfora usada ya en el AT (Is 53,6; Sal 119,176), responde mejor que ‘perder’ (Lc 15,4) a los intereses de Mateo (Mt 24,4.5.11.24). Hoy ese extravío puede ocurrir por causa del dolor por la muerte, por la angustia de no encontrar trabajo, por las dificultades

del confinamiento, etc. No obstante, el extraviado es alguien que aún no se ha perdido, pero está en peligro de hacerlo. No hay, pues, razón para darlo por perdido y, de hecho, Mateo nos recuerda que no quiere Dios la pérdida de los suyos (Mt 18,14).

Familiarizado con la imagen del Dios Pastor (cfr. Jr 27,6; Ez 34,4.13.16), Mateo narra el cuidado extraordinario que merece al pastor la oveja extraviada.³ No es que no estime a las noventa y nueve tanto como a la extraviada, es que solo busca la pérdida. La contraposición *uno-noventa y nueve* es, a este respecto, reveladora: lo que menos es, más interesa; solo lo que se ha extraviado es lo que se busca. Lo perdido causa preocupación en el pastor; lo recuperado, su alegría. Tal es el motivo del relato. La tensión entre el número de lo que no se pierde, ni se busca, y lo que se pierde, lo resalta aún más, si cabe.

La transformación narrada en la parábola ocurre en el pastor, no en la oveja ni en el rebaño. Jesús, en Mt 18, que puede estar reflejando mejor que Lc 15 la parábola original, quiere

recordar que no siempre la búsqueda es un éxito y resalta la iniciativa del pastor que tiene la suerte de encontrarse con su oveja (“si llega a encontrarla”).⁴ Es el débil que se pierde quien obtiene mayores atenciones. El que ha estado separado de sus seres queridos, el que perdió su fuente laboral, el que carga con la culpa de un contagio no deseado, el que sufre la pérdida de un familiar o amigo.

Preocuparse del más frágil es *oficio del Padre*. Quien aprecie y guarda al hermano pequeño refleja la solicitud paterna del Dios pastor, que no permite que se le extravíe algo que

1. Doctor en Sagrada Escritura por el Pontificio Instituto Bíblico de Roma.
2. Sin paralelo en la versión lucana, es redaccional; descubre la mano del evangelista (Mt 17,25; 21,28; 22,17.42; 26,66, cfr. Jn 11,56).
3. Mientras Lc 15,4b (“¿no abandona las noventa y nueve en el desierto y va tras la perdida, hasta que la encuentra?”) insiste en una permanente búsqueda hasta la recuperación.
4. Mientras Lucas insiste en devolver a la comunidad el pecador, Mateo prefiere conservar en ella al débil; son dos formas pastorales de responder a problemáticas diferentes.



le pertenece. El pastor buscó la oveja extraviada porque la había echado en falta; advirtió su ausencia, porque le interesaba. Nadie debe perderse en una comunidad cristiana y en el mundo, sin que se le busque hasta dar con él; todos pueden contar con uno que no se dé por vencido, Dios y quien le represente, ni en el caso siquiera de una huida voluntaria de la comunidad.

Si Dios no quiere que se pierdan los pequeños y frágiles, el discípulo no puede permitirselo. No importa lo que él quiera, sino que Dios lo quiere: “es el querer de vuestro Padre”. Tendrá que, imitando a Dios (Mt 5,48), actuar como Él. Para el hermano ningún hermano vale tan poco como para quedar desatendido. Nadie ha de significar tan poco como para no sea echado en falta, si se ha alejado;

como para no ser buscado, si se ha marchado. Los hijos imitan al padre copiando su interés por el hermano. Ello significa que el Jesús mateano, por un lado, supone a su comunidad necesitada de la exigencia: ve a los suyos despreocupados por los que sufren, los que menos son o valen; por otro lado, hace a Dios, su cura pastoral, base de la ética fraterna, pues fundamenta una norma de vida común en el comportamiento divino: ha de ser praxis pastoral porque es voluntad divina.⁵

¿Desatiendo a los que sufren, a los que pueden menos?, ¿valoro a mis hermanos por lo que me dan o porque Dios me los ha dado?, ¿cuándo me decidiré a verlos, y apreciarlos, como Dios los ve y aprecia?, ¿me interesa siquiera el extravío de mis hermanos?, ¿qué hago por recuperarlos?, ¿hay alguien que, dada su amargura, desorientación o soledad, necesite de mí?, ¿qué tendré que perder de mí para no consentir que se me pierda ni uno de mis hermanos?

Si Dios no quiere que se pierdan los sufrientes de este tiempo, ¿puedo permitirme que se extravíen mis hermanos?, ¿con qué derecho estoy robándole a Dios la alegría del consuelo, del reencuentro, cuando no salgo al encuentro del que se extra-
vía?, ¿podré hacerme con el querer del Padre si no me preocupo de sus hijos más indefensos?

5. De hecho, a diferencia de Lc 15, donde Jesús defiende su actuación acudiendo a la praxis divina (Lc 15,1-2), Mateo presenta a Jesús pidiendo un comportamiento semejante al del Dios pastor.

Me maravillas, Señor, teniendo en tan alto aprecio a los más pequeños de entre nosotros. Enséñame a preocuparme de ellos como tú quisieras; dime cómo he de atenderlos para que sientan tus atenciones. Ya que no quiero perderte como Padre, haz que haga tu querer: dedícame tú a mis hermanos más necesitados. Que no les falte yo, para que no me faltes tú, mi buen Padre.

UN PLAN PARA RESUCITAR

PAPA FRANCISCO¹

De pronto, Jesús salió a su encuentro y las saludó, diciendo: “Alégrense” (Mt 28,9). Es la primera palabra del Resucitado después de que María Magdalena y la otra María descubrieran el sepulcro vacío y se toparan con el ángel. El Señor sale a su encuentro para transformar su duelo en alegría y consolarlas en medio de la aflicción (cfr. Jr 31,10). Es el Resucitado que quiere resucitar a una vida nueva a las mujeres y, con ellas, a la humanidad entera. Quiere hacernos empezar ya a participar de la condición de resucitados que nos espera.

Invitar a la alegría pudiera parecer una provocación, e incluso, una broma de mal gusto ante las graves consecuencias que estamos sufriendo por el COVID-19. No son pocos los que podrían pensarlo, al igual que los discípulos de Emaús, como un gesto de ignorancia o de irresponsabilidad (cfr. Lc 24,17-19). Como las primeras discípulas que iban al sepulcro, vivimos rodeados por una atmósfera de dolor e incertidumbre que nos hace preguntarnos: “¿Quién nos correrá la piedra del sepulcro?” (Mc 16,3). ¿Cómo haremos para llevar adelante esta situación que nos sobrepasó completamente? El impacto de todo lo que sucede, las graves consecuencias que ya se reportan y vislumbran, el dolor y el luto por nuestros seres queridos nos desorientan, acongojan y paralizan. Es la pesantez de la piedra del sepulcro que se impone ante el futuro y que amenaza, con su realismo, sepultar toda esperanza. Es la pesantez de la angustia de personas vulnerables y ancianas que atraviesan la

Como las primeras discípulas que iban al sepulcro, nos vivimos rodeados por una atmósfera de dolor e incertidumbre que nos hace preguntarnos: **“¿Quién nos correrá la piedra del sepulcro?”** (Mc 16,3).

cuarentena en la más absoluta soledad, es la pesantez de las familias que no saben ya como arrimar un plato de comida a sus mesas, es la pesantez del personal sanitario y servidores públicos al sentirse exhaustos y desbordados... esa pesantez que parece tener la última palabra.

Sin embargo, resulta conmovedor destacar la actitud de las mujeres del Evangelio. Frente a las dudas, el sufrimiento, la perplejidad ante la situación e incluso el miedo a la persecución y a todo lo que les podría pasar, fueron capaces de ponerse en movimiento y no dejarse paralizar por lo que estaba aconteciendo. Por amor al Maestro, y con ese típico, insustituible y bendito genio femenino, fueron capaces de asumir la vida como venía, sortear astutamente los obstáculos para estar cerca de su Señor. A diferencia de muchos de los Apóstoles que huyeron presos del miedo y la inseguridad, que negaron al Señor y escaparon (cfr. Jn 18,25-27), ellas, sin evadirse ni ignorar lo que sucedía, sin huir ni escapar..., supieron simplemente estar y acompañar.

Como las primeras discípulas, que, en medio de la oscuridad y el desconuelo, cargaron sus bolsas con perfumes y se pusieron en camino para unguir al Maestro se-

1. Publicado originalmente en la revista *Vida Nueva*. Agradecemos a su Director, José Beltrán Aragonese, la gentileza para cedernos el texto del Papa.

pultado (cfr. Mc 16,1), nosotros pudimos, en este tiempo, ver a muchos que buscaron aportar la unción de la responsabilidad para cuidar y no poner en riesgo la vida de los demás. A diferencia de los que huyeron con la ilusión de salvarse a sí mismos, fuimos testigos de cómo vecinos y familiares se pusieron en marcha con esfuerzo y sacrificio para permanecer en sus casas y así frenar la difusión.

Pudimos descubrir cómo muchas personas que ya vivían y tenían que sufrir la pandemia de la exclusión y la indiferencia siguieron esforzándose, acompañándose y sosteniéndose para que esta situación sea (o bien, fuese) menos dolorosa. Vimos la unción derramada por médicos, enfermeros y enfermeras, reponedores de góndolas, limpiadores, cuidadores, transportistas, fuerzas de seguridad, voluntarios, sacerdotes, religiosas, abuelos y educadores y tantos otros que se animaron a entregar todo lo que poseían para aportar un poco de cura, de calma y alma a la situación. Y aunque la pregunta seguía siendo la misma: “¿Quién nos correrá la piedra del sepulcro?” (Mc 16,3), todos ellos no dejaron de hacer lo que sentían que podían y tenían que dar.

Y fue precisamente ahí, en medio de sus ocupaciones y preocupaciones, donde las discípulas fueron sorprendidas por un anuncio desbordante: “No está aquí, ha resucitado”. Su unción no era una unción para la muerte, sino para la vida. Su velar y acompañar al Señor, incluso en la muerte y en la mayor desesperanza, no era vana, sino que les permitió ser ungidas por la Resurrección: no estaban solas, Él estaba vivo y las precedía en su caminar. Solo una noticia desbordante era capaz de romper el círculo que les impedía ver que la piedra ya había sido corrida, y el perfume derramado tenía mayor capacidad de expansión que aquello que las amenazaba.

Esta es la fuente de nuestra alegría y esperanza, que transforma nuestro accionar: nuestras unciones, entregas... nuestro velar y acompañar en todas las formas posibles en este tiempo, no son ni serán en vano; no son entregas para la muerte. Cada vez que tomamos parte de la Pasión del Señor, que acompañamos la pasión de nuestros hermanos, viviendo inclusive la propia pasión, nuestros oídos escucharán la novedad de la Resurrección: no estamos solos, el Señor nos precede en nuestro caminar removiendo las piedras que nos paralizan. Esta buena noticia hizo que esas mujeres volvieran sobre sus pasos a buscar a los Apóstoles y a los discípulos que permanecían





Vimos la unción derramada por médicos, enfermeros y enfermeras, reponedores de góndolas, limpiadores, cuidadores, transportistas, fuerzas de seguridad, voluntarios, sacerdotes, religiosas, abuelos y educadores y tantos otros que se animaron a entregar todo lo que poseían para aportar un poco de cura, de calma y alma a la situación.

escondidos para contarles: “La vida arrancada, destruida, aniquilada en la cruz ha despertado y vuelve a latir de nuevo”. Esta es nuestra esperanza, la que no nos podrá ser robada, silenciada o contaminada. Toda la vida de servicio y amor que ustedes han entregado en este tiempo volverá a latir de nuevo. Basta con abrir una rendija para que la Unción que el Señor nos quiere regalar se expanda con una fuerza imparable y nos permita contemplar la realidad doliente con una mirada renovadora.

Y, como a las mujeres del Evangelio, también a nosotros se nos invita una y otra vez a volver sobre nuestros pasos y dejarnos transformar por este anuncio: el Señor, con su novedad, puede siempre renovar nuestra vida y la de nuestra comunidad (cfr. *Evangelii gaudium*, 11). En esta tierra desolada, el Señor se empeña en regenerar la belleza y hacer renacer la esperanza: “Mirad que realizo algo nuevo, ya está brotando, ¿no lo notan?” (Is 43,18b). Dios jamás abandona a su pueblo, está siempre junto a él, especialmente cuando el dolor se hace más presente.

Si algo hemos podido aprender en todo este tiempo, es que nadie se salva solo. Las fronteras caen, los muros se derrumban y todos los discursos integristas se disuelven ante una presencia casi imperceptible que manifiesta la fragilidad de la que estamos hechos. La Pascua nos convoca e invita a hacer memoria de esa otra presencia discreta y respetuosa, generosa y reconciliadora capaz de no romper la caña quebrada ni apagar la mecha que arde débilmente (cfr. Is 42,2-3) para hacer latir la vida nueva que nos quiere regalar a todos. Es el sople del Espíritu que abre horizontes, despierta la creatividad y nos renueva en fraternidad para decir presente (o bien, aquí estoy) ante la enorme e impostergable tarea que nos espera. Urge discernir y encontrar el pulso del Espíritu para impulsar



Cada vez que tomamos parte de la Pasión del Señor,

que acompañamos la pasión de nuestros hermanos, viviendo inclusive la propia pasión, nuestros oídos escucharán la novedad de la Resurrección: no estamos solos, el Señor nos precede en nuestro caminar removiendo las piedras que nos paralizan.

junto a otros las dinámicas que puedan testimoniar y canalizar la vida nueva que el Señor quiere generar en este momento concreto de la historia. Este es el tiempo favorable del Señor, que nos pide no conformarnos ni contentarnos y menos justificarnos con lógicas sustitutivas o paliativas que impiden asumir el impacto y las graves consecuencias de lo que estamos viviendo. Este es el tiempo propicio de animarnos a una nueva imaginación de lo posible con el realismo que solo el Evangelio nos puede proporcionar. El Espíritu, que no se deja encerrar ni instrumentalizar con esquemas, modalidades o estructuras fijas o caducas, nos propone sumarnos a su movimiento capaz de “hacer nuevas todas las cosas” (Ap 21,5).

En este tiempo nos hemos dado cuenta de la importancia de “unir a toda la familia humana en la búsqueda de un desarrollo sostenible e integral”. Cada acción individual no es una acción aislada, para bien o para mal, tiene consecuencias para los demás, porque todo está conectado en nuestra Casa común; y si las autoridades sanitarias ordenan el confinamiento en los hogares, es el pueblo quien lo hace posible, consciente de su responsabilidad para frenar la pandemia. “Una emergencia como la del COVID-19 es derrotada en primer lugar con los anticuerpos de la solidaridad”. Lección que romperá todo el fatalismo en el que nos habíamos inmerso y permitirá volver a sentirnos artífices y protagonistas de una historia común y, así, responder mancomunadamente a tantos males que aquejan a millones de hermanos alrededor del mundo. No podemos permitirnos escribir la historia presente y futura de espaldas al sufrimiento de tantos. Es el Señor quien nos volverá a preguntar “¿dónde está tu hermano?” (Gn 4,9) y, en nuestra capacidad de respuesta, oja-

lá se revele el alma de nuestros pueblos, ese reservorio de esperanza, fe y caridad en la que fuimos engendrados y que, por tanto tiempo, hemos anestesiado o silenciado.

Si actuamos como un solo pueblo, incluso ante las otras epidemias que nos acechan, podemos lograr un impacto real.

¿Seremos capaces de actuar responsablemente frente al hambre que padecen tantos, sabiendo que hay alimentos para todos? ¿Seguiremos mirando para otro lado con un silencio cómplice ante esas guerras alimentadas por deseos de dominio y de poder? ¿Estaremos dispuestos a cambiar los estilos de vida que sumergen a tantos en la pobreza, promoviendo y animándonos a llevar una vida más austera y humana que posibilite un reparto equitativo de los recursos? ¿Adoptaremos como comunidad internacional las medidas necesarias para frenar la devastación del medio ambiente o seguiremos negando la evidencia? La globalización de la indiferencia seguirá amenazando y tentando nuestro caminar... Ojalá nos encuentre con los anticuerpos necesarios de la justicia, la caridad y la solidaridad. No tengamos miedo a vivir la alternativa de la civilización del amor, que es “una civilización de la esperanza: contra la angustia y el miedo, la tristeza y el desaliento, la pasividad y el cansancio. La civilización del amor se construye cotidianamente, ininterrumpidamente. Supone el esfuerzo comprometido de todos. Supone, por eso, una comprometida comunidad de hermanos”.

En este tiempo de tribulación y luto, es mi deseo que, allí donde estés, puedas hacer la experiencia de Jesús, que sale a tu encuentro, te saluda y te dice: “Alégrate” (Mt 28,9). Y que sea ese saludo el que nos movilice a convocar y amplificar la buena nueva del Reino de Dios.



SOL SERRANO

Historiadora e investigadora chilena, profesora del Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Premio Nacional de Historia el año 2018.

¿Qué valora usted del mensaje del Papa?

El mensaje del Papa limpia mi corazón. Son palabras que llenan las páginas, como antes lo hacían las bolsas de perfumes que al buscar limpiar la muerte encontraron la vida. Agradezco profundamente la belleza poética de su lenguaje como una forma de convocarnos a la solidaridad, no desde un deber culposo, moral, dogmático, sino sencillamente como un acto de amor y de misericordia para con todos. Tiene la belleza del perfume que por gratitud y cariño esas mujeres llevan al maestro y su primera palabra es 'Alegría'. La alegría mueve tanto más a salvarnos con otros que la áspera idea del deber.

El Papa destaca en el texto el rol fundamental de las mujeres, ¿cuál cree usted que es el rol de la mujer ante los planteamientos que hace Francisco?

Las mujeres han sido siempre los se-



...una forma de convocarnos a la solidaridad, no desde un deber culposo, moral, dogmático, sino sencillamente como un acto de amor y de misericordia para con todos.

res vivos más cercanos a la vida y a la muerte. "Ella abre los ojos del niño al nacer y cierra los ojos del hombre al morir" decía una crónica medieval. Esa vivencia gutural de amor y dolor, de alegría y de vulnerabilidad, de gratitud, la vio Jesús primero en su madre y luego en todas las mujeres que se le acercaron y que él buscó en su camino.

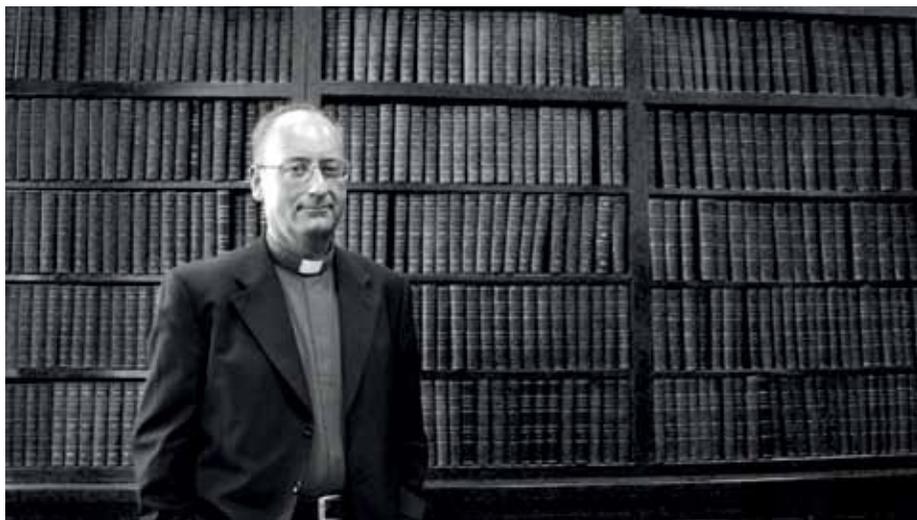
Jesús lo vivió, tanto más que la Iglesia. Ha tenido veneración por María, pero ha mantenido una mirada desdeñosa y demasiadas veces

desconfiada y funcional hacia las mujeres y en especial a las religiosas (¿por cuánto tiempo las han llamado 'monjitas?'). Algo así como si las bolsas de perfumes fueran señal de su ayuda con un tono paternalista más que inspirador del Dios de la alegría. La Iglesia jerárquica, especialmente a partir de la organización normativa del Concilio de Trento, ha desperdiciado ese carisma femenino en su propia estructura. No lo han perdido ellas ni menos su Maestro.

ANTONIO SPADARO, SJ.

Editor Jefe de la Revista Civiltà Cattolica y Consultor del Consejo Pontificio para la Cultura y de la Secretaría de Comunicaciones.

TRADUCCIÓN DE FELIPE HERRERA SPALIAT



Francisco afirma que, precisamente este tiempo marcado por la crisis vinculada a la pandemia de COVID-19, es un “tiempo propicio de animarnos a una nueva imaginación de lo posible con el realismo que solo el Evangelio nos puede proporcionar”. Estas son palabras que me impactaron profundamente. Estamos acostumbrados a lo ‘probable’, a lo que nuestras mentes imaginan que puede suceder estadísticamente. Pero a menudo carecemos de la visión de lo ‘posible’, que a veces se limita al mundo de la utopía. Francisco, en cambio, habla de un realismo evangélico que rompe “esquemas, modalidades o estructuras fijas o caducas”, y que nos abre a imaginar un mundo diferente: “Hacer nuevas todas las cosas”, como dice el Apocalipsis. Hay un ansia de cambio en el mundo y el Papa Francisco lo ha recogido y expresado en las páginas de Vida Nueva. La vida de millones

de personas ha cambiado repentinamente: “¿Estaremos dispuestos a cambiar los estilos de vida?”, nos pregunta.

Es evidente que hay una enorme necesidad de entender lo que nos pasa, de dar una lectura humana y espiritual a lo que vivimos. Y también es claro que debemos entender lo que hemos errado. El Papa –como líder mundial, el único en este momento– ha hablado de un planeta gravemente enfermo, de injusticias planetarias por una economía que solo busca el lucro, de conflictos internacionales que hoy deben cesar de inmediato y, así también, los embargos y egoísmos nacio-

nales. La pandemia ha desenmascarado nuestra vulnerabilidad y las falsas y superfluas seguridades con las que hemos construido nuestras agendas, nuestros proyectos, nuestros hábitos y nuestras prioridades.

‘¡Cambiemos!’ parece ser su llamado. Y el cambio solo podrá ocurrir haciendo reaccionar químicamente el anuncio ‘desbordante’ del Evangelio y la vida asumida ‘así como viene’. Esto es lo que genera la mirada renovadora que necesitamos hoy en día. No se nos llama a ‘partir de nuevo’ para volver a la normalidad, sino a ‘comenzar de nuevo’. Necesitamos un nuevo comienzo.

La pandemia ha desenmascarado nuestra vulnerabilidad y las falsas y superfluas seguridades con las que hemos construido nuestras agendas, nuestros proyectos, nuestros hábitos y nuestras prioridades.



DANIEL ZANG

Rabino de la Comunidad Israelita Sefaradí de Chile, desde el año 2006. Está casado con Sandra Szlajen y son padres de 4 hijos. Es egresado del Seminario Rabínico Latinoamericano, y cursó su maestría en Talmud y Halajá en el Schechter Institute, Jerusalén.

¿Qué valora usted del mensaje del Papa?

El mensaje del Papa, de profundo sentido ético espiritual, conlleva una visión de esperanza en la transformación de nuestra sociedad global, en un proceso que modifica nuestra apreciación de la vida, de la pérdida y el dolor (el propio y el del otro, también propio) y se troca por fe. “Convertiste mi duelo en danza” (Salmo 30), maravillosamente plasmado en el encuentro de las Marías con el ángel. La visión del sufrimiento colectivo que nos despierta de un largo letargo frente a las múltiples pandemias que agobian nuestro mundo, como el hambre, los abusos de poder, la destrucción del medio ambiente...



Y nos propone la resurrección como humanidad toda, hacia un desarrollo sostenible e integral.

Así, nos invita a sobreponernos de la pesantez de la piedra del sepulcro que se impone ante un futuro que amenaza sepultar toda esperanza, a través de un llamado al cambio de lógica de vida, en el aprendizaje de que ‘nadie se salva solo’, derribando fronteras y disolviendo los discursos integristas. Por eso, este es un tiempo propicio para animarnos a imaginar lo posible. Y como parte de este cambio, estamos compartiendo el aprendizaje desde las distintas visiones teológicas, pero desde la misma búsqueda.

¿Desde su tradición religiosa, qué caminos o iniciativas ve posibles o valora para acoger los planteamientos del Papa respecto de la “unidad de la familia humana” y la preocupación por los más frágiles en estos tiempos?

Uno de los conceptos teológicos basales del quehacer judío, es el de *Tikún Olam* (‘reparación del Mundo’), relatado en los primeros versículos del Génesis, donde Dios culmina su obra creadora, con la frase “*Asher barah elohim laasot*” (‘Que el Señor creó para hacer’). La ley hebrea ve aquí un precepto de acción concreta, de asociación del ser humano a la tarea creadora Divina y, por ende, entender



que el hombre no es un actor pasivo de la naturaleza, sino un ser activo en su construcción y desarrollo. La sola idea de ser más que simples observadores nos pone en la dimensión del compromiso y de reparar los errores o desviaciones del 'Plan Divino', sean estos causados por la acción directa o indirecta de las personas o las sociedades. O mucho peor, por la inacción, la indiferencia ante la adversidad o el sufrimiento del otro.

Ha habido momentos en la historia, como el relato de la salida hacia la libertad, donde frente a nuestra impotencia se nos asegura la acción Divina: "El Eterno peleará por vosotros y vo-

Ha llegado el tiempo de dejar de guardar silencio, asociarnos como humanidad toda al Creador, y ser co-constructores del reino de los cielos, aquí y ahora.

sotros guardaréis silencio" (Ex. 14:14). Pero, cuando el texto bíblico asevera "no habrá en medio de ti menesteroso" (Deut. 15:4-9) lo complementa con la frase: "con tal de que sigas la voz del Eterno", porque cuando haya en medio de ti, en tus ciudades o en tu tierra necesitado, no endurecerás tu corazón, sino que "abrirás tu mano".

Solo con el involucramiento humano se cumplirá la vocación del

precepto, cuando abramos nuestra mano. Y para ello, no alcanza con abrir el corazón, ya que, si bien puede juzgarse la intención, lo único que repara el mundo es la acción directa. Ha llegado el tiempo de dejar de guardar silencio, asociarnos como humanidad toda al Creador, y ser co-constructores del reino de los cielos, aquí y ahora.



JOSÉ ANTONIO VIERA-GALLO Q.

Abogado y político chileno. Fue embajador en Argentina, Ministro Secretario General del primer gobierno de Michelle Bachelet y miembro del Tribunal Constitucional.

El Papa con gestos y palabras ha estado presente en el corazón del dilema planteado por la peste, llamando a la responsabilidad social y política de cada uno y de todos.

Las opiniones de los intelectuales que piensan la post pandemia están divididas: unos imaginan un mundo más distante, desconfiado e individualista, gobernado por Estados poderosos y autoritarios, que controlan a sus ciudadanos de manera remota. Es la imagen de la biopolítica descrita por el filósofo sur coreano Byung-Chul Han. Otros imaginan que la epidemia es un corte abrupto de las estructuras y comportamientos que engendran los principales males de nuestra sociedad, y auguran un panorama en que las personas establecen relaciones más 'conviviales' (usando un calificativo de I. Illich) y en mayor armonía con la naturaleza, incluso alguno pronostica –una vez más– el fin del capitalismo.

Lo cierto es que esta pandemia ocurre en medio de un cambio acelerado de época, impulsado por la apli-



cación de las nuevas tecnologías, y cuyos contornos no podemos definir de ante mano.

Por eso el llamado de Francisco es pertinente y oportuno. Apela a la responsabilidad y entrega algunas pautas. La sociedad post pandemia dependerá, en gran medida, de cómo hayamos enfrentado el virus. Los desafíos serán enormes: habrá aumentado la pobreza y la desigualdad, habrá muchos más desocupados, la desconfianza se anidará en el temor al contagio y se habrán debilitado algunas de las cadenas de suministro de bienes y servicios propias de la globalización.

Muchos de los males actuales se habrán agravado, sobre todo para los millones de personas que viven en la

pobreza. Los Objetivos del Milenio de la ONU se habrán alejado, mientras la cooperación internacional brilla por su ausencia y el sistema multilateral muestra su flaqueza.

Por eso, el Papa insiste en la colaboración y la solidaridad. Nadie se salva solo: ni los países, ni al interior de las sociedades. El COVID-19, junto con hacer patente nuestra vulnerabilidad, ha revelado los vínculos que constituyen la sociedad humana. Vivimos en relación, a veces a nivel local, a veces en la polis y, en otras ocasiones, como ciudadanos del mundo.

Francisco nos incita a actuar abriendo paso a un nuevo impulso de cooperación. Pero ese esfuerzo compartido debe tener –según nos lo reitera– como criterio valorativo la



suerte de los más débiles, buscando que nadie quede rezagado, ni menos excluido o descartado, para usar un término que le es propio.

Y, siguiendo su forma de pensar, que valora más el tiempo que el espacio, la unión que las partes, Francisco nos alienta a reiniciar la marcha, a ponernos en movimiento todos juntos, cada cual, con su identidad, para ir abriendo camino al mundo nuevo que está naciendo. “Este es el tiempo favorable del Señor, que nos pide no conformarnos ni contentarnos y me-

*El COVID-19, junto con hacer patente nuestra vulnerabilidad, ha revelado los vínculos que constituyen la sociedad humana. **Vivimos en relación, a veces a nivel local, a veces en la polis y, en otras ocasiones, como ciudadanos del mundo.***

nos justificarnos con lógicas sustitutivas o paliativas que impiden asumir el impacto y las graves consecuencias de lo que estamos viviendo. Este es el tiempo propicio de animarnos a una

nueva imaginación de lo posible...”.

Es un llamado a la esperanza y la acción en medio de la crisis, sin caer en un pesimismo estéril ni en un optimismo ilusorio.



LORETO MOYA M.

*Doctora en Teología,
Secretaria de la Facultad
de Teología de la Pontificia
Universidad Católica de
Valparaíso.*

¿Qué valora usted del mensaje del Papa?

Lo primero que valoro en este Plan para resucitar es que el papa Francisco, fiel a su estilo pastoral, habla con un lenguaje cercano y dando rostro al sentir de las personas y la sociedad.

En el contexto del COVID-19 hablar de resurrección puede ser “una broma de mal gusto”, nos dice, pues sabe que hay dolor, luto, angustias, soledad, hambre. El Plan para resucitar es para y en esta realidad, dirigido a hombres y mujeres que vivimos algunos de estos escenarios. Todos experimentamos hoy, en distintos grados, esa angustia que nos hace la vida más pesada y oscura. Valoro,



también en este mensaje del papa, el hecho de tener en su centro la esperanza cristiana que viene de la resurrección: “no estamos solos” y es por eso que nos podemos alegrar, incluso en medio de la desolación. Francisco nos recuerda la constante necesidad del otro/de la otra en nuestro camino de cristianos. Para vencer a este virus que nos aqueja, para llevar a cabo este ‘Plan’ necesitamos cuidarnos entre todos, cuidar del otro, lo que no es novedad para el cristianismo que

siempre debe estar abierto al prójimo, ser hospitalario con el hermano, sobre todo, con los más vulnerables de nuestra sociedad. Gracias al sople del Espíritu podemos ponernos en camino, acoger al extranjero, abrirnos a “la unción que el Señor nos quiere regalar”. Es un don que debemos pedir, cuidar y agradecer.

Teniendo en cuenta el mensaje global del Papa, ¿cuál es el rol de la teología ante los planteamientos que hace Francisco?

*Una forma de convocarnos a la solidaridad,
no desde un deber culposo, moral, dogmático, sino
sencillamente como un acto de amor y de misericordia
para con todos.*

Para Francisco, una de las principales tareas del teólogo es discernir, reflexionar sobre qué significa ser cristiano hoy, ‘en el aquí y ahora’. Ardua y laboriosa tarea tenemos, entonces, en tiempos de pandemia donde el es-



MANUEL CARMONA P.

cándalo de la pobreza y las injusticias ya no se pueden esconder y las preguntas por el dolor, la muerte y la finitud nos sacuden de nuestras comodidades y discursos teológicos. Es tarea de teólogos y teólogas discernir cómo aportar y complementar este plan de resurrección y para ello es tiempo de escuchar, de acoger, de acompañar. A imagen de María Magdalena y la otra María, la teología no puede evadir, ni ignorar las voces que emergen del pueblo creyente en medio de esta enfermedad. Como las mujeres del evangelio, los teólogos y teólogas debemos estar y acompañar.

El papa Francisco nos pide una conversión social y espiritual, la cual es un llamado para toda la familia humana sin distinción de credo. Este plan de resurrección propone una nueva manera de relacionarnos y de habitar nuestra Casa común. Francisco espera de nosotros acciones concretas, como actuar responsablemente frente al hambre, romper nuestro silencio cómplice ante las guerras que son alimentadas solo por deseos de dominio y poder, cambiar nuestros estilos de vida que causan la pobreza de tantos, tomar medidas para frenar la devastación del medio ambiente. Frente a estos desafíos, hombres y mujeres debemos discernir, desde el lugar en que estamos, cómo vamos a aportar a esta conversión para que la Buena Noticia de la Resurrección llegue a los diferentes rincones de nuestro mundo.



Párroco de María Reina de la Paz y San Vicente Pallotti, ambas en la Zona Oeste. Capellán de la Sede San Joaquín de Duoc UC y acompañante de los Diáconos Permanentes de la Zona Oeste.

Cuando me pidieron este aporte a la reflexión de este escrito del papa Francisco no pensé que primero me iba remecer a mí. Pensé que podría hacer una reflexión más bien en tercera persona, pero me topé con un texto que me ha hecho reflexionar acerca de mí mismo y de mi confianza en el poder de Dios ante el poder de la debilidad y el pecado de los hombres y mujeres del mundo.

Este Plan para resucitar, es una invitación a transitar por entre las oscuras y tenebrosas quebradas que la historia actual nos presenta, un desafío que a todas luces se ve superior a nuestras frágiles condiciones humanas. Descubriéndonos el camino del Resucitado, nos recuerda que Él va delante de nosotros mostrando

el único camino para llegar a la meta deseada desde el fondo de nuestra humanidad: la felicidad plena en la paz, armonía y bienestar de todos; el Reino del amor.

Cristo nos ha invitado a trabajar codo a codo con Él en la instauración de su Reino en medio de una sociedad construida por el 'hombre empecatado' a su imagen y semejanza; con el germen del pecado original y originante de todos los 'pecados y males sociales' y sus consecuencias para el mismo ser humano, situación que recuerda las palabras de san Juan Pablo en el Estadio Nacional el 2 abril de 1987: "El hombre puede construir un mundo sin Dios, pero este mundo acabará por volverse contra el hombre".



El papa Francisco muestra las claves para su realización, donde esta pandemia hay que asumirla como una oportunidad y leerla como un 'signo de los tiempos', una luz para ver nuestros errores y horrores como humanidad y ver hacia dónde vamos y hacia dónde queremos ir. El morir para siempre a aquello que nos ha llevado a la vivencia de este mundo inhóspito, aquello que paraliza y no nos permite dar el paso definitivo, y lo digo involucrándome. Queremos vivir la realidad nueva y hermosa del Reino del amor, paz y bienestar, sin dar el paso de la muerte.

Para resucitar, el camino de la cruz no se puede imponer por decretos ni por leyes, sino que se asume solo y únicamente por el convencimiento personal y social que, en nuestro lenguaje, se llama evangelización. Todas las ideologías y proyectos sociales terminan fracasando al chocar con la realidad del pecado que está en el corazón del hombre.

Este desafío nos recuerda las palabras del papa Benedicto XVI acerca de ese "gris pragmatismo de la vida cotidiana..." (EG 83). El mundo y la Iglesia, nosotros mismos, estamos capturados por esta inercia social y pastoral que deriva en mezquindad. Los estallidos sociales y esta misma pandemia nos exigen salir de esta suerte de "adormecimiento de la fe, la esperanza y la caridad", cambiar las "estructuras caducas" que entorpecen la transmisión de la fe" (Aparecida 365-369) y ser creativos en la evangelización para el Reino del amor.





“TODO ES VUESTRO...”

JAIME ANTÚNEZ A.

*Miembro de número de la Academia de Ciencias Sociales, Políticas y Morales del Instituto de Chile.
Ex director de revista Humanitas.*

El mensaje pascual del papa Francisco centra el foco de nuestra atención en lo más profundo de una realidad tan antigua como el hombre y a la vez completamente nueva, si se mira a las circunstancias actuales: estamos hechos de fragilidad, nos necesitamos unos a los otros, nacimos para tener que morir, y una vida que valga la pena ser vivida no puede dejar de estar alimentada por la esperanza. Esto es lo que en el fondo de nuestro ser también sabemos y experimentamos.

Pero la pesantez de una piedra que por largas décadas aplastó aquella esperanza, nos trucó el camino arrastrando nuestras miradas con fuerza casi irresistible a otros focos de atención y atracción. A consecuencia de ello, al revés de frágiles nos sentimos potentes y casi invulnerables; concebimos el mundo y la vida en sociedad en términos de una cada vez mayor y casi absoluta autonomía individual; vimos circular hasta ayer

figuras públicas que, con inaudita osadía, anunciaban un muy pronto y distinto ‘futuro’, donde la ciencia y la técnica nos ofrecería poder ‘no morir’; la esperanza propia de lo humano había girado hacia la desesperanza de la inhumanidad, con el registro de una de las más altas tasas de suicidio de la historia, especialmente entre los jóvenes.

Mas, he aquí que existe Alguien, nos recuerda el Papa, que viene para “hacer nuevas todas las cosas” (Ap 21,5), la restauración de lo natural y de lo sobrenatural ante el dominio de lo contranatura, el esplendor y triunfo de la vida resucitada que vence a la muerte.

Cuando se afirma sin rubor que la ley natural –aquella que fue inscrita en el corazón de todo hombre (Rm 2,14-15)– es una entelequia filosófica del pasado, y asimismo el hombre, sin temor, se ensaña mostrando su violencia con la naturaleza, he aquí también que la naturaleza responde a la ley íntima inscrita en ella por su Creador y provoca nuestra sorpresa y desconcierto.

Cuarenta días después de la Resurrección celebramos la Ascensión. Estamos llamados no a la muerte, sino a la vida; la creación entera, en su figura central, el hombre, hermano de Jesucristo, Dios hecho hombre sentado a la derecha del Padre, puede renovarse en armonía y coherencia con el magno obsequio que le ha sido hecho: todo es vuestro, vosotros de Cristo, Cristo de Dios (1 Cor 3,22-23).

Dejándonos arrastrar por esa mirada –como los Apóstoles después de la Ascensión a la espera del Paráclito que vendría para enseñarles todo (Jn 14,26)– es que iremos encontrando de nuevo, en las vías de la sabiduría, una justa respuesta al hambre, la devastación, el egoísmo indiferente, la equidad olvidada, la verdad deformada, la aridez y desolación del alma frutos del miedo, dramáticas realidades por las que nos interpela el Papa Francisco en su discurso pascual.

Será cuestión de cada ciencia y saber –de cada ser humano– aportar lo suyo. Lo que no puede en caso alguno estar ausente es, entretanto, aquel sentir abierto a la sabiduría del Creador e íntimamente vinculado al clamor del día final, cuando la sed y el hambre saciadas al necesitado sean las arras del ver y amar eternamente.

Una vida que valga la pena ser vivida no puede dejar de estar alimentada por la esperanza.



EL PLAN DEL PAPA FRANCISCO Y LA RENDIJA

DOLORES ALEIXANDRE

Estoy segura de que al novicio Jorge Mario Bergoglio le leyeron en su tiempo de formación el Ejercicio de Perfección y Virtudes Cristianas, del P. Alonso Rodríguez SJ, un clásico en los noviciados preconciiales. A lo largo de densos capítulos y en lenguaje del s. XVI, cada virtud era encomiada con envidia y pesantez, pero al final aparecía esta frase para alivio de los oyentes: “Donde se confirma lo dicho con algunos ejemplos”. A veces nos hacían reír por lo inauditos y otras nos daban que pensar por su oportunidad e ingenio.

Algo así me ha pasado con la frase “Basta con abrir una rendija” de la meditación Un plan para resucitar de Francisco que, por sí sola, tiene más densidad espiritual que cualquier capítulo del P. Rodríguez. Creo que la rendija se la debe a estar emparentada con la mostaza, la levadura, la sal o el candil: si ella consigue que lo hermético se abra y lo impenetrable se vuelva transitable, es que posee esa misma secreta energía de transformación que empuja a crecer, levantar una masa, condimentar un alimento o iluminar la oscuridad.

Afirmar que, “basta abrir una rendija”, supone también participar de la terca confianza de Jesús en el poder de lo pequeño frente a lo grandioso, de lo callado frente al griterío, de la mansedumbre frente a la dominación. Y ya tenemos melodía



para ir silbando mientras caminamos hacia el Plan para resucitar de Francisco.

Ahora vienen los ejemplos para confirmar lo dicho y no hay que irse muy lejos porque, para experto en abrir rendijas, está el propio Jesús:

- o A Nicodemo, que protegía bajo luna blindada su suficiencia erudita, le preguntó con nocturnidad y alevosía: “Nicodemo, ¿te imaginas naciendo de nuevo sin recordar tus viejos saberes?”. Y le provocó una fisura en su cristal.
- o Con Pedro aprovechó su deseo de destacar y le nombró piedra importante de su reino; después le puso en las manos la toalla y la jofaina y le dijo: “Ser el primero consiste en esto, colega”.

- o A la samaritana le descubrió las grietas de su cántaro y, cuando ella se decidió a soltar aquel lastre, la lanzó a volar como una cometa libre por encima de templos y santuarios.
- o En su encuentro con la cananea, fue él quien dejó abierta una rendija para los “perritos” y ella aprovechó (“el genio de las mujeres”), para colarse por ella y ensancharla. Y para cuando él quiso reaccionar, ya habíamos entrado en tropel los gentiles y no quedaba ni rastro de sus argumentos algo ultras del principio.

Conclusión: lo de “abrir rendijas” funciona. Debe ser por la infalibilidad pontificia.

NOS CREÍAMOS INVENCIBLES

Francisco de Roux SJ.

Nos creíamos invencibles. Íbamos a cuadruplicar la producción mundial en las tres décadas siguientes. En 2021 tendríamos el mayor crecimiento en lo que va del siglo. Matábamos 2000 especies por año haciendo alarde de brutalidad. Habíamos establecido como moral que lo bueno es todo lo que aumenta el capital y lo malo lo que lo disminuye, y gobiernos y ejércitos cuidaban el dinero, pero no la felicidad.



Se nos hizo normal que el diez por ciento más rico del mundo, Colombia incluida, se quedara cada año con el 90% del crecimiento del ingreso. Habíamos excluido a los pueblos indígenas y a los negros por considerarlos inferiores. Los jóvenes se habían ido del campo porque era vergüenza ser campesinos. Estábamos pagando investigaciones para arrinconar la muerte más allá del cumpleaños 150.

Había preguntas incómodas. Para acallarlas inventamos que podíamos prescindir de la realidad. Con Baudrillard y otros filósofos nos alienamos en un mundo *des-realizado* y escogimos líderes poderosos que dejaron de lado la verdad; y nos dimos a consumir cachivaches, fantasías y emociones que encontrábamos en Netflix, Youtube, Facebook, en las celebridades y hasta en la pornografía de redes, donde metimos la cabeza como avestruces.

Quedaban los pueblos indígenas y los jóvenes y grupos de mujeres y de hombres que nos decían que habíamos perdido la ruta de la realidad y del misterio. Que las condiciones estaban dadas para una fraternidad planetaria. Les decíamos atrasados y enemigos del progreso. El declararse ateo, que puede ser una decisión intelectual honesta, se convirtió en no pocos una muestra de suficiencia. El Homo Deus fue el título del libro de Noah Harari que devoramos.

Pero de pronto la realidad llegó. El coronavirus nos sacó de la ilusión de ser dioses. Quedamos confundidos y humillados mirando subir las cifras reales de infestados y muertos. Y no sabemos qué hacer. Ante la realidad Harari llamó estos días al espíritu de solidaridad que antes no vio.

LA VULNERABILIDAD

Nunca estamos definitivamente seguros. En pocas décadas, todos nos habremos ido con o sin COVID-19. La aplanadora de la muerte empareja nuestras estúpidas apariencias. Pallida mors aequo pulsat pede, la pálida muerte pone su pie igual sobre todos. Y el día en que llegue nadie se lleva nada. Nos vamos solos. Sin tarjetas de crédito, sin carro, sin casa. Iremos con lo que hemos sido en amor, amistad, verdad, compasión, y con lo que hemos sido en mentira, egoísmo, deshonestidad. Así enfrentaremos el misterio y nos recordará o rechazará la historia.

Y, sin embargo, vivir con grandeza la vulnerabilidad es vivir auténticamente, solidarios e interdependientes, porque allí entendemos que todos somos llevados los unos por los otros, protegidos los unos por los otros. No importa la raza, ni el género, ni el país de origen, ni las clases sociales, ni el dinero, ni la religión. Es el mensaje del COVID-19.

La vulnerabilidad nos lleva a incluir a los demás sin creernos supe-

riores. Nos permite celebrar cada día como si fuera el último. Nos da el coraje ante el riesgo y la audacia de anunciar con alegría la esperanza en medio de las incertidumbres.

La vulnerabilidad llega para que los gobiernos entiendan qué es el Estado. La única institución que tenemos los ciudadanos para garantizar a todas y todos por igual, en las buenas y en las malas, las condiciones de la dignidad. Para eso están los presidentes y los ministros y la Policía y el Ejército, y los jueces y el Congreso. Todos vulnerables.

EL MENSAJE DE LOS KOGUI

Hace tres semanas los mama Kogui nos recibieron en La Sierra por una invitación de Juan Mayr. Nos compartieron el dolor de la destrucción de su hábitat y la dificultad para preservar los sitios sagrados. Estaban enterados de la pandemia y el mensaje que nos dieron fue sencillo y claro: las fuerzas espirituales que originaron la naturaleza pusieron el conocimiento en cada ser. Hay un conocimiento en la tortuga, en el árbol, en la piedra, en el agua... Los seres humanos tenemos que aprender de ese conocimiento. Pero hemos ido matando a esos seres, y al matarlos, matamos el conocimiento. Por eso cada vez conocemos menos, y por eso pasamos a matarnos a nosotros mismos, y puede ser que la naturaleza termine por matarnos a todos.

Había preguntas incómodas. Para acallarlas inventamos que podíamos prescindir de la realidad. Con Baudrillard y otros filósofos nos alienamos en un mundo des-realizado y escogimos líderes poderosos que dejaron de lado la verdad; y nos dimos a consumir cachivaches, fantasías y emociones.

*Allí cobra sentido la determinación de avanzar a sabiendas de nuestra propia fragilidad. **La necesidad que tenemos los unos de los otros.** El significado de la dignidad auténtica que solo existe si las condiciones de la misma están dadas para todos y todas.*

El mensaje no es para dejar lo ganado con la ampliación de la expectativa de vida al nacer, la educación y la tecnología que nos comunica. Es para invitarnos a cambiar todas las locuras que nos distanciaron de la naturaleza y de nosotros mismos y nos precipitaron en el egoísmo, la injusticia, la inequidad, la violencia y la mentira.

LA GENTE PRIMERO

Estamos reclusos. Trabajamos por las redes. En la Comisión de la Verdad escuchamos las grabaciones de 12.000 víctimas. Leemos. Contrastamos opiniones. Como nosotros, millones en Colombia trabajan en sus casas y reciben ingresos. Pero hay otros millones que comen de lo que ganan en el día, que no pueden comprar un bulto de papa porque pagan cada noche por la libra de arroz y el cuarto de aceite.

¿Qué va a ser de ellos?, ¿cómo van a sobrevivir encerrados cuando pasen tres semanas o 20? Son las preguntas de madres solteras populares, de miles de pequeñas iniciativas familiares que venden en la calle, de millones

de hogares donde la casa es un hacinamiento de dos cuartos donde viven del rebusque cinco o siete personas. Estas preguntas ponen a prueba al Estado y a la solidaridad de todos nosotros. Si todos dependemos de todos y no respondemos, esa multitud va a salir a llevarse lo que haya en tiendas y supermercados, porque nadie puede dejar morir a su familia. En necesidad extrema todas las cosas son comunes, escribió el teólogo Tomás de Aquino. Si esa multitud sale a la calle nos invadirá el virus.

El Gobierno nacional y los alcaldes han de ir más lejos para estar a la altura de las exigencias de la crisis. Las empresas privadas y los bancos tienen que actuar. Y es una obligación personal de cada uno de nosotros, ciudadanos. Parece desproporcionado decirlo, pero es un asunto de vida o muerte. De todos en la cama o todos en el suelo. ¿Seremos capaces esta vez de comportarnos como seres humanos?

EL SILENCIO

Las calles están vacías. La locura de correr para llegar puntuales se ha de-

tenido. La ansiedad del tráfico insostenible no nos atrapa. Si queremos, por fin podemos hacer silencio. Si lo hacemos tenemos la oportunidad de acceder a lo profundo de nosotros mismos, conectarnos y comprender. Podemos hacerlo en familia.

Es el momento de dosificar el tiempo ante la televisión y el celular para abrir espacio a la realidad del misterio que se deja sentir cuando nos abandonamos en quietud a lo que llega desde nuestra experiencia interior. Allí accedemos a la sabiduría que hace clara la razón de vivir y lúcida la conciencia y las responsabilidades personales y públicas. Allí cobra sentido la determinación de avanzar a sabiendas de nuestra propia fragilidad. La necesidad que tenemos los unos de los otros. El significado de la dignidad auténtica que solo existe si las condiciones de la misma están dadas para todos y todas. La viabilidad de lo que nos parecía imposible: la generosidad, la solidaridad y, más allá de la justicia, la reconciliación y el perdón. El coraje de vivir en medio de la vulnerabilidad.

¿Y DÓNDE ESTÁ DIOS MIENTRAS LA GENTE SUFRE Y MUERE AZOTADA POR LA PESTE VIRAL?

Antonio Bentué¹

Los representantes de la modernidad científico-técnica, amparada por un sistema neoliberal exitista y de consumo cada vez más exquisito, resistían todos los intentos revolucionarios ajenos a la realidad que ellos identificaban con el progreso humano. Estaban muy confiados en que ese tipo de progreso era ya irreversible. Cuando, de repente, unas minúsculas moléculas de proteína, recubiertas con una capa de grasa lípida, provenientes del Extremo Oriente, comenzaron a expandirse vertiginosamente, introduciéndose en las células humanas y mutando hasta destruirlas desde dentro. Y esta verdadera batalla intracelular se convirtió rápidamente en un contagio masivo de esos denominados Corona virus que, viajando subrepticamente por todo el planeta, desde su invisibilidad, han acabado sembrando la muerte en los organismos humanos, particularmente en los más ancianos, que ya no renuevan sus células como lo hacen los más jóvenes. Y de paso amenazan seriamente con poner en

bancarrota todo el sistema económico neoliberal tan celosamente custodiado por los líderes mundiales.

Esta situación que hoy nos atormenta, me lleva a comprender más vivamente lo acontecido en el antiguo Israel. Aquel pueblo se había entusiasmado con el desarrollo conseguido gracias al poder monárquico instaurado por David. La gente sentía que había logrado elevarse, como una torre inmovible, hasta acercarse al nivel de las naciones desarrolladas de su entorno, el de Hiram, rey de Tiro (1R 5) o el de la reina de Saba (1R 10). Pero, de pronto, el poder huracanado del Imperio Babilónico irrumpió, también desde el Oriente. Nabucodonosor invadió el territorio, asolando sus ciudades, hasta no dejar piedra sobre piedra de lo que había sido el gran Templo de Jerusalén, símbolo sagrado de aquella grandeza monárquica de David y Salomón. Y toda la ilusión puesta en el éxito logrado se vino abajo de un plumazo. En la debacle murieron miles de personas y, las que lograron

sobrevivir, tuvieron que resignarse a ir presas al largo y lejano exilio de Babilonia. Sin embargo, en ese desastroso contexto, mentes inspiradas, sirviéndose de textos mesopotámicos previos y como sedimentación de aquella penosa experiencia, plasmaron la sabiduría contenida en el mito de la torre de Babel (Gn 11), prototipo de la lección histórica aprendida tras el derrumbe de las ilusiones puestas en la propia eficiencia.

Sumido en la angustiante decepción del exilio, el pueblo clamaba desesperadamente: “¡Dios mío, Dios mío; ¿Por qué me has abandonado?... Clamo de día y no me respondes, de noche y no hallo remedio” (Sal 2,2s). “¡Despierta; ¿Cómo es que estás dormido, Yahvé? ¡Despierta! Y no nos dejes del todo. ¿Por qué escondes tu rostro, olvidando nuestra miseria y nuestra opresión? Está nuestra vida

(...) en ese desastroso contexto, mentes inspiradas, sirviéndose de textos mesopotámicos previos y como sedimentación de aquella penosa experiencia, plasmaron la sabiduría contenida en el mito de la torre de Babel (Gn 11), prototipo de la lección histórica aprendida tras el derrumbe de las ilusiones puestas en la propia eficiencia.

1. Antonio Bentué es Doctor en Teología por la Universidad de Estrasburgo. Actualmente enseña en la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

postrada en el polvo, está nuestro cuerpo pegado a la tierra. ¡Levántate y ayúdanos! ¡Rescátanos por el honor de tu nombre!” (Sal 44,24-27). Y Dios callaba.

Es la misma queja, o incluso protesta, que nos atormenta en situaciones como la actual, en plena pandemia, y cuando los más afectados son precisamente los pobres y desvalidos. ¿Dónde está Dios, el buen Dios judeo-cristiano, cuando de forma descontrolada el mal se impone, haciéndonos tragar nuestra impotencia frente a la catástrofe que arrasa por igual a buenos y malos? Es la misma impotencia que provocaba también la protesta de Job: “Esta es la verdad y por eso lo digo: que el mal consume al inocente y al culpable por igual. Cuando de repente una plaga los mata, Dios se ríe del tormento de los inocentes, la tierra es entregada a manos de los impíos, mientras Él oculta su rostro” (Jb 9,22-24). Y Camus, con palabras más impías, aunque igualmente comprensibles, al describir las terribles muertes provocadas por la peste en el pueblo de Orán, grita con furia: “Dios no existe; pero si existiera ¡le escupiría en la cara!”. Un Dios que, pudiendo parar ese escandaloso desastre, y lo mira desde fuera sin intervenir, no merece respeto, sino rebelión, aunque sea él quien se imponga como Señor. O precisamente por eso es mejor ser aniquilado y, gritándole ¡No! en la cara, morir con dignidad antes que salvar la vida disimulando hipócritamente ese abuso de poder. Como lo expresaba también Dostoiéwski con igual fuerza, aunque más retenida, por boca de Iván Karamazov: “Si el dolor de los niños ha de integrar la suma de dolores necesarios para adquirir la verdad, declaro que esa verdad es una estafa... Por eso me apresuro a devolver mi billete y, si soy honrado,

Sin duda, para pretender que la opción creyente sea razonable, el problema fundamental es la porfiada evidencia del mal donde más escandaliza, el sufrimiento inicuo y sinsentido de los inocentes.

debo correr a devolverlo cuanto antes. Y eso es lo que hago. No es que rechace a Dios, Alioxa; solo le devuelvo respetuosamente mi billete” (*Los hermanos Karamazov*).

Sin duda, para pretender que la opción creyente sea razonable, el problema fundamental es la porfiada evidencia del mal donde más escandaliza, el sufrimiento inicuo y sinsentido de los inocentes. Y ese problema es mayor para los creyentes que para los ateos. Puesto que, para estos, resulta ser una dolorosa fatalidad, cuya responsabilidad última radica en la misma naturaleza. Para los creyentes, en cambio, hay un Dios responsable último del mal.

Tratando de obviar el problema, el dualismo apelaba a un segundo Dios, el malo, al cual poder atribuirle el mal del mundo, siendo el Dios bueno únicamente responsable del bien en el universo. Pero el monoteísmo postula un solo principio divino de todo lo que existe, el cual lo creó todo “de la nada”, ex nihilo, confiesa el Credo precisamente contra el dualismo. No hay, pues, otro principio, maligno, del cual proceda el mal, sino que un único Dios quien lo creó todo a partir de su propia substancia, solo Buena. Por lo mismo, todo debiera ser bueno. Y sin embargo hay mal, ¡y mal atroz! ¿Qué pasa, pues, con Dios?, ¿o es que Él solo lo ‘permite’?, ¿pero qué significa un permiso por parte de alguien que, pudiendo evitar el mal, lo deja estar?, ¿es menos responsable por ‘correrse’? No hay, pues, cómo eludirle responsabilidad a Dios. ¿O no será que nosotros nos equivocamos al

atribuirle a Dios causalidades mundanas que no le corresponden, puesto que Dios no es mundo, y el problema del mal nos obliga precisamente a repensar la relación Dios-mundo? Dios no actúa como un poder en competencia con los procesos naturales de causa-efecto, aunque sea desde arriba, sobre-naturalmente. El mundo es autónomo en todos sus procesos naturales, buenos o malos. Y de esa autonomía de las creaturas del universo forman parte también los microentes del Corona-virus, que están regidas por la misma potencia propia de todos los seres mundanos, compitiendo entre ellos y con nosotros, pobres vivientes humanos de este planeta tierra. En cambio, Dios no forma parte de la inmanencia. Si acaso es su Trascendencia.

Pero ¿y por qué los entes funcionan por com-potencia, imponiéndose siempre el más fuerte a costa del más débil? La respuesta parece simple. El ser mundano tiende a actuar sus posibilidades, ya que lo actuado nunca agotará las posibilidades que tiene por delante y que lo mueven a seguir actuándolas. Por eso mismo, el mundo implica el ‘mal’ experimentado como ‘carencia’ de aquello que podría o debería tener y no tengo. Todo lo que es, es bueno. Pero me siento mal, a pesar de lo que tengo, porque me siento ‘carente’ de lo que podría o debería tener y no poseo.

Ese es el ‘mal’ propio de la existencia en el mundo. El mal es ‘carencia de ser’ (San Agustín), por eso Buda, en su primera noble verdad, declara que “existir es sufrir” (¡y hacer su-

¿Dónde está Dios, el buen Dios judeo-cristiano, cuando de forma descontrolada el mal se impone, haciéndonos tragar nuestra impotencia frente a la catástrofe que arrasa por igual a buenos y malos?

frir!). Y así, cuanto más una sociedad se funda en la com-potencia, más se condena al mal de la selección natural de unos pocos más fuertes a costa de los muchos más débiles y al mismo tiempo se condena al mal de 'desear' tener lo que otros tienen y yo no tengo. Por eso, en sus nobles verdades, Buda concluye: "la raíz del sufrimiento es el deseo" (segunda); por eso, "si quieres dejar de sufrir, deja de desear" (tercera). Al regirse por esa "ley natural" del deseo, nuestra cultura neoliberal científico-técnica y hedonista, usando la inteligencia en función de ella, agudiza el problema en lugar de resolverlo. Así lo han dicho y vivido todos los grandes sabios que en el mundo han sido: Buda con sus cuatro nobles verdades, Lao-tseu con su Tao-Te-Ching, Jesús con su evangelio, Francisco de Asís, Teresa de Avila y Carlos de Foucald, tratando de ser fieles a ese mismo evangelio de Jesús... O incluso alguien tan aparentemente ajeno a los anteriores personajes, como Freud con su doble principio erótico (de pulsión hacia la vida) y thanático (de pulsión hacia la muerte). Una pulsión de vida (*Eros*) que conlleva otra pulsión autodestructiva y héterodestructiva (*Thanatos*).

Siendo así las cosas vuelve con mayor radicalidad la pregunta: ¿Por qué entonces hay mundo? Como lo expresa agudamente Heidegger: Si, en definitiva, todo es por nada, "¿por qué hay entes y no nada?" (en *¿Qué es Metafísica?*, 1929).

El mundo, con todos sus entes, no puede ser sino un universo espacio-

temporal, sea este finito o infinito, donde "todo se mueve" (Panta rei, de Heráclito), pasando "de potencia a acto" (Aristóteles). Por lo mismo, no puede sino constituir un proceso de potencias (=posibilidades) que buscan actuarse, enfrentándose unas con otras en su respectivo trayecto de actuación, y chocando entre ellas constantemente, al intentar imponerse. Ese proceso mundano es tremendamente dinámico y bello, como lo reconocía Einstein al descubrir la belleza de la materia en las fórmulas matemáticas que expresaban tan minuciosamente su tensión dialéctica ($E=MC^2$). Así se muestra también en todas las películas de animales selváticos y en las grabaciones del mundo microscópico de las bacterias y los virus. Incluso, al observar la fotografía de un coronavirus obtenida por el microscopio, uno no puede dejar de admirar su exótica belleza. Sin embargo, todos esos entes, al ser mundanos, conllevan el mal de la competencia debido a la carencia de lo que podrían ser u obtener y no poseen. Y buscan la forma de lograrlo actuando sus posibilidades a costa de lo que sea y de quien sea. Esa es la profunda ambigüedad de la existencia, bella y, por lo mismo buena; pero, a la vez, fea y mala como lo son las guerras, las pestes y todos los desastres naturales. Somos, pero podemos ser más y, para actuar esa posibilidad, luchamos compitiendo. Nosotros mismos competimos para poder nacer, para lograr mantener un trabajo, para entrar en un colegio o en la universidad, para asegurar una cama de hospital o

un aparato respiratorio, o quizá, hoy día, para obtener un simple velorio y funeral. Simplemente competimos para vivir, o sobrevivir... Y, en esa competencia, siempre quedan en el camino unos, la mayoría, que pudieron actuar sus posibilidades menos que otros.

De ahí lo razonable de la pregunta formulada antes: Si Dios es y el mundo implica mal, ¿por qué no existe solo Él en su Acto Eterno, inmutable en su perfección, sin el mal inherente a la potencia que constituye a todos los entes mundanos? El genio de San Agustín adujo a ese interrogante esta profunda respuesta: "En el mismo Acto Eterno de decidir crear (=que haya mundo) Dios decide encarnarse y morir en cruz". Es decir, en lugar de existir solo Él en su único y 'solitario' Acto Eterno, Dios decide que exista lo que no es Dios, extrovertiéndose en la potencia de los seres creados, que implica el mal.

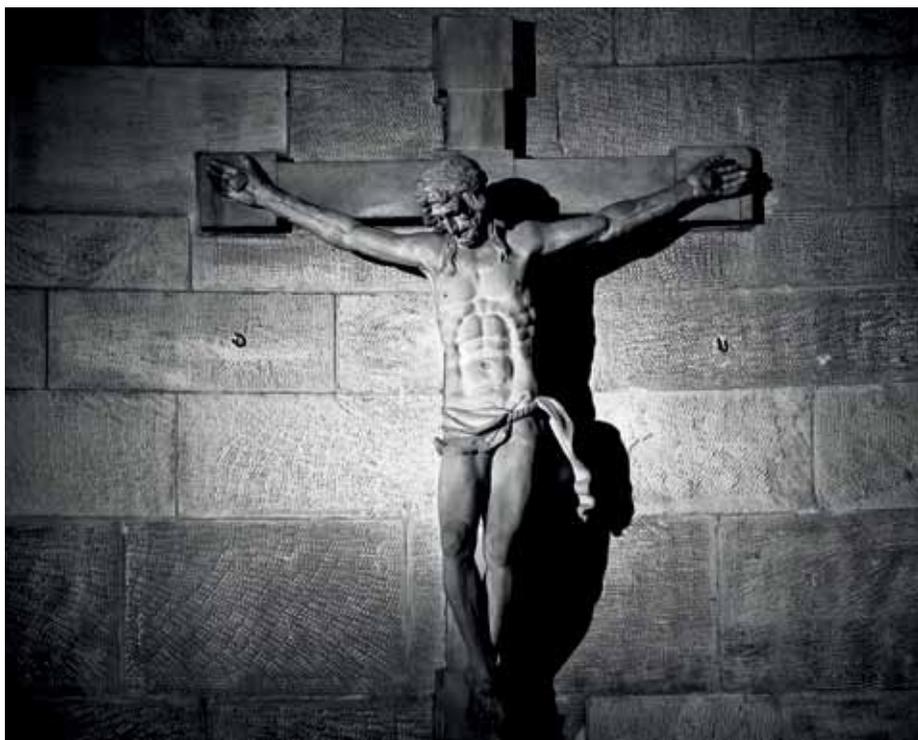
Ahí radica la sublime revelación 'ad extra' de que Dios, en sí mismo, no es 'poder', sino 'Alteridad'. Dios no hace nada 'por su eterna gloria'. Su 'gloria' la muestra en su extroversión en el mundo (Jn 12,28), que no es Él, aunque exista solo porque Él es y por lo que Él es (Alteridad). Hegel lo expresaba como el *Anderssein* divino (su divina Alteridad). Y ese es el verdadero sentido de la teología trinitaria: Dios no es Yo, es Yo-Tú. Dios no es poder que se impone. Es relación eterna, salida de sí mismo al interior de sí mismo (Trinidad). Y porque Dios es, en sí mismo, Alteridad, porque ese es su único Espíritu, precisamente por eso hay mundo. Dios no es más Dios porque haya mundo. Y, ya que implica el mal, nosotros diríamos que a Dios no le conviene la creación. ¡Mejor solo que mal acompañado! Sin embargo, al crear el mundo en su mismo Acto eterno, Dios se extrovier-

te. Simone Weil lo expresaba con una notable metáfora: “Al crear el mundo, Dios se encogió”. Por eso, uno de los textos más antiguos del Cristianismo prepaolino confiesa que, en el Jesús histórico crucificado, está la revelación culminante de la ‘Alteridad’ divina: “Pues siendo él igual a Dios, se vació (*ekénosen*) a sí mismo de su ser divino, asumiendo la forma de esclavo al nacer como un ser humano de periferia (nazareno), y morir en cruz [...] para que todos reconozcan que así es el Señor” (cf. Flp 2,6-11).

De esta manera se nos revela la verdadera ‘Alteridad’ divina. Es la que se reflejaba ya en el Siervo Sufriente que, al ser tan inaudita, “se admirarán las gentes y los reyes cerrarán la boca cuando vean lo que jamás habían visto y comprendan lo que jamás habían oído” (Is 52,15). En esa admirable paradoja radica precisamente la verdadera esencia del Cristianismo, más allá de todas las traiciones y desvaríos históricos en que ha incurrido. En el concreto crucificado Jesús de Nazaret, Dios se muestra a sí mismo asumiendo personalmente el mal donde más duele, el sufrimiento del inocente.

Con el concreto crucificado Jesús de Nazaret, Dios, en su Acto eterno, se identifica con cada víctima sufriente que implicará la historia del mundo: “Fue él ciertamente quien tomó sobre sí nuestras enfermedades y cargó con nuestros dolores” (Is 53,4). Y esa realidad del sufrimiento y de la muerte divina no se da identificándola con la idea del conjunto masivo de la humanidad, sino en cada sufriente. No sufre ni muere la humanidad, sufre y muere Pedro, Juan y Diego, en su concreta fugacidad. Los cataclismos naturales, los terribles desastres, incluido el del Coronavirus, y las monstruosas barbaridades cometidas por los hombres a lo largo de la historia, con sus atroces sadismos y asesini-





natos genocidas, no pueden evitar que los terribles sufrimientos ahí soportados sean siempre de personas concretas, en su personal y fugaz concreción, aunque parezcan ampliarse, diluyéndose en el anonimato de la multitud masacrada. En definitiva, siempre muere cada uno fugazmente a solas. Y es en ese sufrimiento donde está siempre el concreto crucificado, Jesús de Nazaret, y Dios en él: “Cuando sea levantado de la tierra atraeré a todos hacia mí” (Jn 12,32). Dios asume personalmente el sufrimiento de cada uno de esos todos.

Pero Jesús es un ser humano real, regido también por el principio de placer, que lo lleva a rehuir instintivamente el dolor experimentado en todos los sufrientes humanos. Solo desde el miedo al dolor Dios podía asumir personalmente el dolor humano en su radicalidad. Y esa tensión entre el miedo y la solidaridad marcó la tensión vivida por Jesús: “Ahora mi alma se siente turbada. ¿Y qué diré?

¿Padre, líbrame de esta hora? ¡Pero si es para esto que he venido yo precisamente a esta hora!” (Jn 12,27).

Tal tensión la muestra Jesús con mayor fuerza en Getsemaní, al reclamar: “Abbá, Padre mío, todo te es posible: aleja de mí este cáliz; pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieres Tú” (Mc 14,36). Así debe cumplirse la decisión eterna en que Dios asume personalmente el mal donde más duele, el sufrimiento inocente. Ese es el verdadero significado de la expresión del evangelio “es necesario (dei) que el Hijo del hombre padezca mucho...” (Mc 8,31). Lucas aporta una descripción aún más impresionante: “Lleno de angustia oraba con mayor insistencia y sudó como gruesas gotas de sangre que corrían hasta la tierra” (Lc 22,44). ¡No es que Dios sea sádico o quiera que Jesús sea masoquista! El sufrimiento asumido por Jesús constituye la verificación concreta de la solidaridad divina, que permite comprender por qué hay mundo, aun

cuando implique necesariamente el mal. Siendo así, Dios decide eternamente asumir personalmente ese mal en el hombre Jesús de Nazaret, con todo el sufrimiento (divino) que conlleva.

Así, pues, como Dios no se ahorró el sufrimiento en sí mismo, al decidir eternamente crear el mundo a pesar del mal que implicaba y encarnarse en él, tampoco nos salva del sufrimiento y de la muerte, sino en el sufrimiento y en la muerte. Y esa misma presencia del Dios solidario garantiza la Esperanza contra todas las expectativas frustradas en el sufrimiento y la muerte de cada cual. Como lo expresan las palabras de Jesús al ladrón crucificado con él: “Hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lc 23,43) ¡por lo mismo que Yo estoy contigo en la cruz! Y lo escribía también el teólogo luterano, Dietrich Bonhoeffer, en una carta enviada desde la cárcel antes de ser asesinado por orden de Hitler: “Solo un Dios sufriente puede ayudarnos”. Esa misma Esperanza la musitó el crucificado Jesús antes de morir: “Padre, en tus manos encomiendo mi vida. Y diciendo esto expiró” (Lc 23,46).

De esta manera, en el hoy de cada moribundo, Dios hace coincidir esa muerte con el acceso a la Vida eterna: “Si sufrimos con él, (o mejor aún, si Él sufre con nosotros), es para ser también glorificados con él. Pues tengo por cierto que los padecimientos del tiempo presente no son nada en comparación con la gloria que ha de manifestarse en nosotros” (Rm 8,17-18). Ese imponente llamado le permite, a cada ser humano, descubrir también, como criterio de la libertad propia, el valor supremo de la solidaridad con todas y cada una de las víctimas de la historia (Mt 25,40), abriéndose así a la Esperanza gozosa: “Librada su alma de los tormentos verá, y lo que verá colmará sus deseos” (Is 53,11).

EL SENTIDO CRISTIANO DEL SUFRIMIENTO

Fray Osvaldo Robles S., O.P.¹

“A la hora nona gritó Jesús con fuerte voz: “¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?” (Mc 15,34). Estas palabras del hombre-Jesús en la cruz revelan su dimensión humana. Es alguien que grita en medio de su desesperación; es alguien que ya no soporta más el momento, ni el sufrimiento que está experimentando. ¡Es una situación real! Sin embargo, en boca de Jesús, el evangelista deja entrever que toda esta realidad pronto terminará, que pasará y que detrás o al final de esto hay algo más importante. Jesús tiene confianza, él se abandona en las manos de su padre. Esto es lo que llamamos fe.

La presentación ejemplar, sufriente y esperanzada de Jesús en la cruz nos sirve para iluminar nuestras vidas de cada día. Más aún en una situación especial en que la humanidad toda está viviendo algo particular en nuestro tiempo. Allí, el grito desesperado y de abandono de cada cristiano debe transformarse en una oportunidad para dar mayor gloria a Dios, justamente en la comprensión del drama del dolor y en el reconocimiento de este como una oportunidad para crecer y vivir mejor. ¡El sufrimiento no lo es todo! Aunque no dejemos de experimentarlo todos los días de nuestra existencia.

EL SUFRIMIENTO COMO MOTIVO TEOLÓGICO

El relato de la muerte de Jesús en el Evangelio de Marcos (Mc 15,33-39)² contiene varios elementos muy importantes para hablar del sufrimiento y su sentido en la vida del ser humano

y del cristiano. De estos elementos, tomaré uno en particular en cuanto motivo teológico. Se trata de la presencia de Jesús, el hombre justo, condenado a muerte injustamente. En algunos textos de la Sagrada Escritura, en las religiones paganas o en la misma filosofía, existen palabras, figuras, ideas que tienen una gran importancia y se trata de *Motivos*.³ Esta forma literaria presenta en los textos figuras memorables, las que luego de su pasión son glorificadas.⁴ En este sentido, los Evangelios de Mateo y Lucas contienen ya una presentación más desarrollada de Jesús sufriente como *motivo teológico*, ya que aparece la figura de Jesús como Mesías, quien antes tiene que pasar por los sufrimientos.⁵

La pregunta sobre la finalidad y el sentido del sufrimiento humano no es nueva en la historia de los pueblos. Una de las respuestas es, precisamente, la consideración de dicha realidad

1. Sacerdote boliviano, Doctor en Biblia por la Universidad de Tübingen, Alemania.
2. El relato de la muerte de Jesús en el Evangelio de Mateo (27,45-50) es similar al de Marcos, mientras que el de Lucas es más corto y diferente en la descripción (23,44-46).
3. Cf. SÖDING, TH. & MÜNCH, CH. 2005. *Kleine Methodenlehre zum Neuen Testament*, p. 115. Friburgo-Basilea-Viena: Herder. El autor afirma: “in den meisten Fällen aber ist dem Wort, Bild usw. seine besondere Bedeutung im Laufe der biblischen Überlieferungsgeschichte oder auch aus paganen Religionen oder Philosophien zugewaschen. Solche bedeutungsmäßig vorgeprägten, unselbständigen, aber argumentativ bzw. erzählerisch relevanten Textteile werden im Folgenden als ‘Motive’ bezeichnet” (Traducción del editor: “En la mayoría de los casos la palabra Imagen ha desarrollado su significado particular con el correr de la tradición bíblica, durante el desarrollo de las religiones paganas o la filosofía. Tales partes del texto relacionadas con el significado, dependientes o bien relevantes desde el punto de vista argumental o narrativo, se denominan en lo sucesivo ‘motivos’”).
4. Cf. RUPPERT, L. 1972. *Jesus als der leidende Gerechte. Der Weg Jesu im Lichte eines alt- und zwischentestamentlichen Motivs*, (SBS, 59), p. 47. Stuttgart: Katholisches Bibelwerk Verlag.
5. La idea del justo sufriente en conexión con el Mesías se encuentra expresada ya en la literatura judía de la época, por ejemplo, en Henoch 32,8, 53,6.



(...) *la fe cristiana no es una especie de masoquismo disfrazado, no es un aprecio o apego al dolor, sino que es un reconocimiento de su inevitable existencia en la vida del ser humano y desde allí es una invitación a dejar que Dios la ilumine.*

con un fin pedagógico, ya que las experiencias malas hacen al hombre astuto e inteligente y, profundizando el sentido del sufrimiento, se puede experimentar lo que somos y lo que corresponde.⁶ Los libros del Nuevo Testamento muestran muy pocas veces al sufrimiento desconectado de su carácter teológico.⁷ Así, la pasión de Jesús no debe separarse tampoco de su dimensión teológica. La carta a los Hebreos, haciendo referencia a Lv 16,27, entiende esto y presenta los padecimientos de Jesús como medio necesario de salvación (Heb 2,9-10).

SUFRIMIENTO CRISTIANO COMO FIN SALUDABLE

La fe cristiana no busca el sufrimiento, pero sabe claramente que está presente y es una realidad que, muchas veces, el mismo hombre de hoy intenta esquivar, hasta eliminar, como una forma de no enfrentarla.

El intento de eliminar el dolor mediante la medicina, la psicología y pedagogía, mediante la construcción de una nueva sociedad, se ha convertido en el gigantesco empeño de la salvación definitiva de la humanidad. Por

supuesto que el dolor puede y deber ser reducido por todos estos medios. Pero el empeño de hacerlo desaparecer absolutamente se llegaría a identificar con el desprecio del amor y, en consecuencia, con la marginación misma del hombre.⁸

6. Cf. Hesíodo (*Trabajos y días*, 2,18) y Esquilo (*Prom.*, 309) suelen ser dos representantes de esta corriente.

7. El sufrimiento sin sentido teológico: Gál 3,4; Lc 13,2; Hch 28,5; Mt 27,19; Mc 5,26.

8. RATZINGER, J. 1992. *Escatología*. J. Auer & J. Ratzinger, Eds., Tomo IX, pp. 103-104. Barcelona: Herder.

Las primeras comunidades entendieron que no todo termina con el sufrimiento y el fracaso aparente, sino que, mediante la fe, hay algo más allá que sostiene a toda la existencia.

En esta línea, la fe cristiana no es una especie de masoquismo disfrazado, no es un aprecio o apego al dolor, sino que es un reconocimiento de su inevitable existencia en la vida del ser humano y desde allí es una invitación a dejar que Dios la ilumine.

Las palabras citadas de J. Ratzinger deben ser entendidas en este sentido. A partir de allí, el sufrimiento es una oportunidad para que el creyente sea glorificado en el Señor, es una ocasión para dar un gran paso en la fe. El sufrimiento del cristiano puede ser un instrumento, una puerta para algo superior, en este caso para la gloria de Dios y la gloria de Dios es, justamente, la vida del hombre, y una vida plena, dichosa.⁹ Esto se ve reflejado también en el final del libro de Job, cuando él sostiene: “Sé que eres todopoderoso: ningún proyecto te es irrealizable” (Job 42,2), de la misma manera en la escena de Jesús en la cruz, según los Evangelios. Lo que se anuncia en el Salmo 22,23ss sobre la salvación se ve reflejado en la comunidad, que reconoce en el sufrimiento y el clamor de Jesús un medio de salvación.

No se quiere obviar el sentido del abandono y sufrimiento del crucificado. Jesús tuvo que sentirse abandonado por todos los hombres y aún así se aferró a Dios. A pesar de dicho abandono, él se dirige al Padre a través del Salmo 22,2, que es un lamento profundo y desesperado. Con ello deja claro que Dios no abandona al que ora. Esta es la singularidad de la cita del Salmo 22,2 colocada en boca de Jesús en un momento crucial de su vida. Las pri-

meras comunidades entendieron que no todo termina con el sufrimiento y el fracaso aparente, sino que, mediante la fe, hay algo más allá que sostiene a toda la existencia.¹⁰

SUFRIMIENTO COMO OPORTUNIDAD HOY

Desde inicios de este año 2020, la humanidad entera se halla sumergida en una situación bastante comprometida. Hay muchos casos de muertes, de contagios de COVID-19. En las familias se va experimentando, de una u otra forma, la presencia real del dolor, del sufrimiento. Con certeza que se tratan de días dolorosos e incomprensibles para la humanidad. Frente a esta pandemia la ciencia ha sido superada (aún no existe un medicamento efectivo), la economía de muchos países está colapsando, las relaciones humanas van cambiando (no se puede salir para evitar el contagio). Todo está tomando un nuevo rumbo. Frente a ello, surge la clásica pregunta sobre el fin y el sentido del sufrimiento.

Tal vez desde el clamor y el grito frente al dolor del ser humano no encontremos una respuesta clara, tal como está representado Jesús en los Evangelios en el momento de su muerte. Sin embargo, la fe abre la posibilidad de una mirada positiva, una mirada distinta. La fe puede llevar a encontrarnos con dicha realidad y desde allí verla como una oportunidad, para dar gloria a Dios en la vida dichosa de los hombres. En esto juega un rol preponderante la actitud orante del ser humano. Por eso, el

que cree ve la existencia –y su propia existencia– de un modo distinto, no como el carente de ella, quien, en el peor de los casos, podría ver todo como una catástrofe, un desastre. ¡Es el fin de todo!

CONCLUSIÓN

En esta breve reflexión he querido destacar la experiencia del sufrimiento como una realidad latente de la existencia humana y, desde su comprensión en cuanto motivo teológico, como una realidad ineludible, la que, sin embargo, para el que cree en Dios no tiene la última palabra. El sufrimiento puede ser la gran oportunidad de nuestras vidas para dar o manifestar grandeza del ser humano, cuya alegría es la gloria de Dios en el mundo. Un ejemplo claro es la situación concreta que vivimos hoy de pandemia mundial. Allí no tendríamos que cruzar los brazos, esperando a que todo se termine, sino que tendríamos que ver la oportunidad de fortalecer nuestra fe y poner todo nuestro ser en las manos divinas y en el compromiso con los que sufren. Una ocasión en la que podríamos expresar toda nuestra confianza en Dios en medio del dolor y para hacer de él un medio de crecimiento personal y social.

9. “La gloria de Dios consiste en que el hombre viva, y la vida del hombre consiste en la visión de Dios”, Ireneo, *Contra los herejes* 4,20,7.

10. Cf. J. GNILKA. 1979. *Das Evangelium nach Markus*, (EKK II/2), pp. 321-322. Einsiedeln-Köln: Benziger/Neukirchener Verlag.

CRISTIANOS EN TIEMPOS DE PANDEMIA

Raúl Pariamachi, SS.CC.¹

Para Raúl Pariamachi, SS.CC., el fenómeno de la pandemia se constituye en un hecho biopolítico a discernir desde la fe cristiana. Al respecto, nos propone tres aspectos para la reflexión: el imaginario religioso, la experiencia eclesial y la solidaridad global.

EL IMAGINARIO RELIGIOSO

En su novela *La Peste*, Camus relata la tragedia de la peste bubónica que azotó a Orán. Entre los personajes figura el padre Paneloux, un jesuita erudito que tuvo a cargo el sermón de clausura de la semana de oración. El padre trató de demostrar el origen divino de la peste y el carácter punitivo del azote. En alusión a las plagas de Egipto, predicó que Dios pone a sus pies a los orgullosos y a los ciegos. Cuando la peste se agudizó, el sacerdote teólogo decidió integrarse al equipo sanitario. Una escena clave es cuando presencia la terrible agonía de un niño, cuyos gritos lo hicieron caer de rodillas. Meses después predicó otro sermón. Ya no se le vio tan seguro, afirmó que no había que intentar explicarse el espectáculo de la peste, sino aprender de ella. Con respecto a Dios había unas cosas que se podían explicar y otras que no. Si es justo que el libertino sea fulminado, el sufrimiento de un niño no se puede comprender. Había que empezar a avanzar entre las tinieblas y procurar hacer el bien. Camus concluye que “la religión del tiempo de peste no podía ser la religión de todos los días”.² Las reacciones y las explicaciones

de un creyente ante la pandemia hacen evidente su modelo de Dios. No se trata solo de una imagen de Dios, sino de un modelo en el sentido de un constructo complejo que integra imágenes, metáforas y conceptos sobre Dios. El modelo plantea una serie de preguntas acerca de Dios: ¿qué forma de amor sugiere este modelo?, ¿qué actividad, trabajo o doctrina está asociado al mismo?, ¿qué implicancias se derivan con respecto a la conducta de los seres humanos? Cuando un creyente dice que el COVID-19 es un castigo de Dios por los pecados del mundo, se puede reconstruir no solo la imagen que tiene de Dios, sino su modelo en un sentido más integral y complejo.³ Por supuesto, también intervienen otros factores biográficos, psicológicos y culturales.

Es innegable que la Biblia usa el lenguaje del castigo divino, sea contra los adversarios de Israel (Ex 11,1-5) o contra el pueblo de Israel (2Cro 7,12-14); incluso en el Nuevo Testamento se reitera que Dios castiga o corrige (*paideúō*) a los que ama (Hb 12,5-7). La lectura crítica de la Biblia exige asumir que es Palabra de Dios en palabras humanas, que los autores inspirados escribieron desde su

tiempo, lenguaje y cultura. Esto explica que dentro de la Biblia se perciba una evolución en la comprensión de la revelación de Dios, como en el caso del castigo divino. Por ejemplo, Job cuestiona que el sufrimiento sea siempre un castigo de Dios. Por lo demás, el lenguaje sobre Dios usa la analogía como una interacción entre la semejanza y la diferencia. Se dice que Dios es padre (semejanza), pero no un padre simplemente humano (diferencia), sino padre en grado superlativo. No se puede llevar la analogía al absurdo diciendo: como un padre castiga a su hijo porque lo ama, así Dios nos castiga porque nos ama.

Es cierto que en la tradición de la Iglesia se ha utilizado el lenguaje del castigo de Dios aplicado a los males en el mundo: en los padres de los primeros siglos, los papas y los santos, así como en las revelaciones privadas (es el caso de la tercera profecía de Fátima). Al respecto, es relevante

1. Provincial de los Sagrados Corazones en Perú.
2. CAMUS, A. 2020. *La Peste*. Barcelona: Penguin Random House.
3. Cf. McFAGUE, S. 1994. *Modelos de Dios. Teología para una era ecológica y nuclear*, p. 14. Santander: Sal Terrae.



Sostener que la pandemia es castigo de Dios es “ignorar el mensaje bíblico de la misericordia de Dios e invertir el mensaje gozoso del Evangelio convirtiéndolo en un mensaje de amenaza, instrumentalizar a Dios como garante de las propias representaciones morales y decir más sobre sí mismo y la propia imagen de los valores y de Dios que sobre el Dios del anuncio cristiano”

advertir el desarrollo tanto en la enseñanza de la Iglesia como en la religiosidad de los pueblos, en asuntos doctrinales y en temas morales. Es evidente que el imaginario del castigo divino tuvo un rol pedagógico para vivir la fe en otras épocas, pero es insostenible en el presente siglo. Ya Tomás de Aquino decía: “En el Nuevo Testamento hay algunos carnales

que no llegan aún a la perfección de la ley nueva, a los cuales fue preciso inducir a las obras de virtud con el temor de los castigos y con algunas promesas temporales”.⁴

Tal vez parezca razonable aplicar la lógica del castigo a las acciones de Dios, como en el caso de una pandemia. Si Dios es justo sería lógico que premie con bienes y que castigue con

males. Lo haría para advertirnos, corregirnos o curarnos. Como el padre sádico que azota a su hijo mientras le dice: “¡Esto me duele más a mí que a ti!”. Ante la pregunta acerca de qué es el castigo en la lógica de Dios, el

4. AQUINO, T. 1265-1274. *Suma teológica I-II*, q. 107, a. 1, ad. 2.



Cuando un creyente dice que el COVID-19 es un castigo de Dios por los pecados del mundo, se puede reconstruir no solo la imagen que tiene de Dios, sino su modelo en un sentido más integral y complejo.

cardenal Ratzinger contestó: “Dios no nos hace el mal; ello iría contra la esencia de Dios, que no quiere el mal”. Las causas de todos los males que aquejan al planeta radican en el sistema natural o en la acción humana.

Es saludable que los cristianos nos neguemos a interpretar la pandemia en términos de pecado, culpa y castigo, sumando el horror religioso al pánico social de nuestros tiempos. El hecho de que algunos sigan entendiendo la enfermedad como castigo divino es señal de una religión inmadura. Sostener que la pandemia es castigo de Dios es “ignorar el mensaje bíblico de la misericordia de Dios e invertir el mensaje gozoso del Evangelio convirtiéndolo en un mensaje de amenaza, instrumentalizar a Dios como garante de las propias representaciones morales y decir más sobre sí mismo y la propia imagen de los valores y de Dios que sobre el Dios del anuncio cristiano”.⁵ Más todavía, en algunos casos se ha transitado de lo ideológico a lo psicótico.

LA EXPERIENCIA ECLESIAL

Uno de los hechos más significativos de esta pandemia ha sido el cierre de las iglesias, que ha generado reacciones contrapuestas en los últimos días. Sabemos que el cierre afecta a un elemento esencial de la vida eclesial como es la comunión de los fieles, expresada en el encuentro físico para la celebración de la fe, la oración, la formación o el servicio.

Por lo tanto, en un primer momento vimos cómo se cancelaban las agendas pastorales de las parroquias, los movimientos y las comunidades. Sin embargo, al poco tiempo se produjo la multiplicación de la transmisión de celebraciones de misas, adoraciones, reflexiones y rosarios a través de las redes sociales. Ha sido como si este cierre temporal de los templos hubiese despertado a la Iglesia que vive en las casas, por lo que se ha hablado mucho de Iglesia doméstica. Tal vez ahora, como pocas veces antes, hemos podido intuir qué significa que la parroquia sea, en cierto sentido, “la misma Iglesia que vive entre las casas de sus hijos y sus hijas”.⁶

Han llamado la atención las críticas a las transmisiones, por parte de algunas personas de “dentro” y de “fuera” de la Iglesia católica. Las críticas que provienen de dentro rechazan la prolongación mediática de un sistema clerical que refuerza la pasividad de los laicos, donde el sacerdote es el protagonista y los laicos son los espectadores. Se olvida que no es posible abandonar el servicio de la celebración de la fe, mientras se trabaja en la reforma de la Iglesia. Se desconocen además las iniciativas que hubo para la participación más activa de los laicos, dentro de unas condiciones limitadas. Las críticas que provienen de fuera expresan más bien el malestar del sector más secularizado del país, sin que se pueda descartar alguna molestia por la visibilización

inesperada de la Iglesia católica en las redes sociales.

En todo caso, más allá de las posiciones a favor o en contra de las transmisiones, será oportuno situar el hecho como un ejemplo de la respuesta que ha dado la Iglesia en el campo de las celebraciones litúrgicas (sin olvidarse que hubo otras actividades de la pastoral social), al punto de que, en este momento, muchas comunidades eclesiales están planificando la pastoral en las eventuales condiciones de una prolongada emergencia sanitaria. En efecto, es posible que el aislamiento social obligatorio se extienda por algunas semanas más y es probable que el restablecimiento de las reuniones lleve algunos meses. De seguro que en las comunidades se aprovecharán los recursos virtuales para las reuniones, la formación bíblica, la catequesis sacramental, la consejería espiritual o la asistencia social, entre otras cosas. Pero más allá de las circunstanciales limitaciones para el encuentro físico, cabe preguntarse si acaso estamos asistiendo a un cambio más profundo en la Iglesia en un planeta alterado por esta epidemia. Muchos compartimos la intuición de que el fenómeno mundial del COVID-19 hará más actuales

5. SANDERS, F. 2007. El sida: ¿castigo de Dios? Sobre la sobrecarga metafísica de un fenómeno biológico. *Concilium* 321: 386.

6. JUAN PABLO II. 1988. *Christifideles laici*. Exhortación Apostólica sobre la vocación y la misión de los fieles laicos en la Iglesia y en el mundo, 26.

las orientaciones programáticas del papa Francisco para la conversión pastoral de una Iglesia misionera en salida hacia las periferias humanas. Al respecto, quisiera simplemente recordar un principio, un criterio y una prioridad para la vida de la Iglesia.

El principio de la reforma de la Iglesia. La Iglesia debería estar en continua reforma (*es ecclesia semper reformanda*). De hecho, el papa Francisco destaca que el Concilio Vaticano II presentó la conversión eclesial como la apertura a una permanente reforma de la Iglesia.⁷ En el momento actual cabe advertir que toda reforma eclesial se genera en una tensión positiva entre el regreso a las fuentes y los signos de los tiempos. Así mismo, tenemos que considerar que toda reforma se realiza interviniendo en tres niveles al mismo tiempo: en los contenidos de conciencia colectiva (visiones), en la forma de las relaciones internas (relaciones) y en las estructuras y las funciones en las que se expresa el cuerpo social (estructuras)⁸. Por lo tanto, cuando hablamos de reforma de la Iglesia no hablamos de un maquillaje de la piedad popular, sino de cambios radicales que afectan todos los niveles de su vida.

El criterio de la pastoral en la Iglesia. Un criterio clave de la transformación de la Iglesia es la pastoralidad, que supone una relación constitutiva entre el testimonio del Evangelio

y sus destinatarios, receptores o interlocutores, teniendo en cuenta su historia y su cultura.⁹ Esto significa que el criterio de la pastoral sugiere la cuestión de quiénes son a partir de ahora los destinatarios reales de la evangelización de la Iglesia. ¿Las parroquias, los movimientos y las comunidades seguirán siendo los mismos después de esta pandemia? No desconocemos las iniciativas que ha tenido la Iglesia durante esta crisis; sin embargo, también es verdad que el COVID-19 ha puesto en evidencia nuestras teologías arcaicas, nuestras esclerosis litúrgicas o nuestras apatías sociales. Como ha dicho el cardenal Baltazar Porras (Venezuela), “si la iglesia del postcoronavirus vuelve a ser la de antes, no tiene futuro”.¹⁰

La prioridad de los pobres y la Tierra. Escuchar los clamores de los pobres y de la Tierra es la prioridad pastoral de la Iglesia. Ya se pueden prever las consecuencias socioeconómicas del COVID-19, especialmente sobre las familias más pobres. Se anuncia que la pandemia dejará por lo menos 500 millones de nuevos pobres en el mundo (35 millones en América Latina). Por otra parte, vamos tomando conciencia de que “la pandemia del coronavirus nos revela que el modo como habitamos la Casa Común es pernicioso para su naturaleza”.¹¹ Nunca es tan actual la insistencia que hace el papa Francisco sobre la inte-

relación entre los pobres y la Tierra;¹² sabemos que la pandemia afectará de una manera particular a los más débiles del planeta.

LA SOLIDARIDAD GLOBAL

Algunos se han preguntado por qué sobrevivió el cristianismo en el mundo antiguo. Entre varios factores, viene al caso destacar el *habitus* de los cristianos, comprendido como un comportamiento visible que permitía afrontar con esperanza los problemas en el mundo. El cristianismo se configuró como una religión en respuesta a las crisis, al punto de orientarse al bienestar de la ciudad. Esta virtud se encarnaba en una forma de vida caracterizada por la paciencia. En el siglo II Tertuliano escribió que la diaconía social de las comunidades cristianas a favor de los pobres, los huérfanos y las viudas, hacía que los paganos exclamaran: “¡Miren cómo se aman unos a otros!” (Apología 39,7). Esta admiración crecía al ver que la solidaridad se extendía a los de fuera de la Iglesia.¹³

La pandemia está cuestionando en buena medida las “virtudes” del orden capitalista, como la producción sin límites, el consumo sin límites y la ganancia sin límites, que sabemos van de la mano con la in-

(...) **cabe preguntarse si acaso estamos asistiendo a un cambio más profundo en la Iglesia en un planeta alterado por esta epidemia.** Muchos compartimos la intuición de que el fenómeno mundial del COVID-19 hará más actuales las orientaciones programáticas del papa Francisco para la conversión pastoral de una Iglesia misionera en salida hacia las periferias humanas.

7. Cf. FRANCISCO. 2013. *Evangelii gaudium*. Exhortación Apostólica sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual, 26.

8. Cf. NOCETI, S. 2018. Estructuras para una Iglesia en reforma. *Concilium* 377: 541.

9. Cf. THEOBALD, C. 2018. La osadía de anticipar el futuro de la Iglesia. *Concilium* 377: 461.

10. Religión Digital, 14 de abril de 2020.

11. BOFF, L. 2020. Coronavirus: autodefensa de la propia Tierra. En *Covid19*, M. Alarcón Á., Ed., p. 38. Santiago: MA-Editores.

12. Cf. FRANCISCO. 2015. *Laudato si'*. Carta Encíclica sobre el cuidado de la casa común, 48.

13. Cf. KREIDER, A. 2017. *La paciencia. El sorprendente fermento del cristianismo en el Imperio Romano*, pp. 86-94. Salamanca: Sígueme.

diferencia ante los clamores de los pobres y de la Tierra. El COVID-19 ha puesto en evidencia que el modelo de desarrollo social en el que vivimos se está agotando, al punto que se habla de la agudización de la triple crisis del capitalismo: sanitaria, económica y climática; al respecto, el presidente de Francia reconoció que la pandemia ha revelado que la salud pública no es una carga onerosa sino un bien precioso que debe quedar fuera de las leyes del mercado. En este sentido, es curioso que quienes minimizaron el Estado en nombre del libre mercado, ahora exijan que el Estado salve hasta a las empresas privadas. Es urgente recuperar las virtudes públicas, como la responsabilidad, el cuidado, la humildad, la paciencia y la solidaridad. Entendemos que el aislamiento o el distanciamiento son urgentes por ahora, pero no son suficientes para construir una sociedad distinta.

Paolo Costa ha dicho que la ciencia puede ayudarnos a superar la crisis de la pandemia solo en un cincuenta por ciento: “La otra mitad depende de nuestra capacidad para atesorar esa sabiduría (secular o religiosa, no importa) que nos ha enseñado durante milenios que los seres humanos tienen dentro de ellos, y gracias a su capacidad para tejer relaciones, recursos suficientes para desarrollar lo mejor de sí mismos”.¹⁴ En lo que nos toca, la tradición cristiana ha cultivado una sabiduría religiosa expresada en el potencial humanizador de la Iglesia, que se debería actualizar en la conciencia de que somos seres de relación, que estamos llamados a cuidar unos de otros. No es casual que Jürgen Habermas diga que, en la crisis del COVID-19, no es una cuestión trivial la idea religiosa de que todos formamos una comunidad universal y fraternal, donde cada

uno de sus miembros merece un trato justo.¹⁵

Se dice que la visión del mundo que creó la crisis no puede ser la misma que nos saque de la crisis. Así como no podemos seguir con el estilo de vida de la producción, el consumo y la ganancia sin límites, tampoco podemos continuar con el aislamiento de los países, sino que tenemos que caminar hacia una solidaridad mundial y una gobernanza mundial, que permitan enfrentar una crisis global con una respuesta global. La solidaridad cívica de los ciudadanos ante esta pandemia, debería tener su correlato en una solidaridad global a diferentes niveles. En esta línea, Yuval Noah Harari ha sugerido al menos cinco acciones: compartir información confiable entre las naciones; coordinar la producción mundial y la distribución equitativa de equipo médico esencial; enviar médicos, enfermeras y expertos a los sectores más afectados; constituir una red de seguridad económica mundial para salvar a los países más afectados; y formular un acuerdo mundial sobre la preselección de viajeros, que permita que un pequeño número de personas esenciales sigan cruzando las fronteras.¹⁶

Por otra parte, asumo que ha llegado el momento de que la Iglesia católica potencie su carácter universal y su vocación ecuménica. Las iglesias locales constituyen una red global que permite que circule la información y se generen iniciativas para enfrentar la crisis de esta pandemia. Al mismo tiempo, en la Iglesia existen órdenes, congregaciones o asociaciones con alcance mundial, que permiten la canalización de los aportes hacia las personas más afectadas por el COVID-19 en el planeta. La Iglesia está llamada más que nunca a interactuar con todas las personas de buena vo-

luntad, en un ecumenismo amplio. El papa Francisco se ha puesto a la cabeza de los católicos con la creación de la comisión anticrisis, como expresión de la preocupación y el amor de la Iglesia por el conjunto de la familia humana ante la pandemia del COVID-19.

En el siglo III una epidemia azotó a Cartago, en el norte de África. La Iglesia local venía sufriendo por hostilidades externas y conflictos internos. La comunidad cristiana respondió a la crisis no realizando actos de culto para aplacar a los dioses, sino actuando para socorrer a la gente que sufría. El obispo Cipriano se dirigió a la asamblea haciendo memoria del sermón de Jesús en la montaña (cf. Mt 5,43-48). No intentó explicar la peste, sino que recordó a su gente la bendición de la misericordia: como creyentes tenían el *habitus* de la ayuda mutua, así que no arrojarían a las calles a sus hermanas y hermanos en la fe. Pero Cipriano sorprendió a sus oyentes, al decirles que tenían que practicar la misericordia también con sus perseguidores: una invitación a ampliar los horizontes para amar a los vecinos paganos. Esta historia muestra que el cristianismo de entonces no se asimiló a la religión “pública” (funcional al sistema), ni a la religión “privada” (asistencia entre iguales), sino que se situó como una religión en respuesta a las crisis. ¿Seremos ahora una Iglesia así?

14. COSTA, P. 2020. Somos frágiles, pero no indefensos: el cambio es posible. En *Covid19*, M. Alarcón Á., Ed., p. 76. Santiago: MA-Editores.

15. Cf. HABERMAS, J. 2020. Nunca habíamos sabido tanto acerca de nuestra ignorancia. En *Covid-19*², M. Alarcón Á., Ed., p. 119s. Santiago: MA-Editores.

16. Cf. NOAH HARARI, Y. 2020. La mejor defensa contra los patógenos es la información. En *Covid-19*³, M. Alarcón Á., Ed., p. 82s. Santiago: MA-Editores.

NUESTRA LITURGIA DESAFIADA POR EL CORONAVIRUS

Guillermo Rosas, SS.CC. y Pbro. Gonzalo Guzmán¹

La pandemia de coronavirus ha puesto a prueba todas las dimensiones de la vida civil y también las de las prácticas religiosas. Y tal como ha ocurrido en aquellas, también en estas el necesario aislamiento social ha sido la oportunidad de un gran despliegue creativo para suplir lo que la cuarentena no permite realizar. Transmitidas por las redes sociales, han proliferado las ‘misas virtuales’, a las que se han agregado la adoración eucarística, la Liturgia de las Horas y oraciones cantadas. Todas buscan satisfacer la necesidad religiosa de quienes, más que en tiempos normales, añoran el alimento sacramental para celebrar su fe y también para buscar serenidad y consuelo en medio de la tensión, incertidumbre y sufrimiento que, a muchos, causa la pandemia.

Desde la reforma del Vaticano II, la liturgia valora prioritariamente la dimensión eclesial, comunitaria y participativa de los sacramentos y demás celebraciones. Y son precisamente esas dimensiones las que se han visto seriamente dificultadas, o incluso impedidas, por las cuarentenas masivas. Los diversos tipos de celebración litúrgicas vía redes sociales que han surgido como respuesta a esta situación, han sido rápida y generalmente valorados por los fieles. Sin embargo, también plantean preguntas y desafíos, que brevemente queremos exponer. Por larga que sea, la pandemia será una situación transitoria. La liturgia, sobre todo los sacramentos, volverá a celebrarse, dentro de un tiempo, con la norma-

lidad habitual. Algunos desafíos se extinguirán junto con la situación extraordinaria; otros, en cambio, cuestionan nuestras celebraciones más permanentemente. En algunos casos se avanza aquí en pistas de respuesta; en otros, el desafío o la duda queda simplemente planteada.

LA EUCHARISTÍA ONLINE

Un primer efecto de la cuarentena y la imposibilidad lógica, por seguridad, de celebrar con presencia de fieles, fue asumir el espacio virtual como canal de transmisión de la Eucaristía comunitaria o parroquial. Las diversas redes sociales que prestan el servicio de transmisión en vivo han experimentado una fuerte presencia de sacerdotes compartiendo en pri-

vado sus celebraciones, las que han entrado en el mundo digital.

¿Qué interrogantes genera esta nueva situación? De lo que se ha visto en los últimos meses nos surgen varias: ¿Es compatible el espacio celebrativo –donde el aquí y ahora son esenciales– con el espacio virtual donde el aquí se transforma en múltiples lugares y el presente, pasado y futuro se funden en un ahora ‘virtual’? ¿Cómo equilibrar el necesario vínculo que todo sacerdote desea mantener con la propia comunidad mediante una celebración transmitida en línea con un, por así llamarlo, ‘misismo’

1. Profesores de la Facultad de Teología de la Universidad Católica de Chile.



Desde la reforma del Vaticano II, la liturgia valora prioritariamente la dimensión eclesial, comunitaria y participativa de los sacramentos y demás celebraciones. Y son precisamente esas dimensiones las que se han visto seriamente dificultadas, o incluso impedidas, por las cuarentenas masivas.

reflejo de un posible ‘consumismo’ sacramental individualista, propio de esta época caracterizada por una religiosidad ‘bricolaje’?² ¿Qué lugar podrían tener, como una oportunidad que se ofrece hoy a la iniciativa laical y el ejercicio del sacerdocio bautismal, otras celebraciones dominicales o feriales que no sean la Eucaristía? ¿Es lo mismo transmitir una

celebración realizada en privado vía *streaming*, que celebrar con distintos ministros, como lectores y coro, ubicados en diversos lugares con aplicaciones tales como Zoom o Hangouts formando así una ‘asamblea virtual’?³

La respuesta pastoral, ofrecida de modo natural y con buena intención por muchos ministros ordenados, pone de manifiesto cómo hemos

comprendido sacramental y pastoralmente la celebración eucarística. Pareciera que ‘eucaristizar’ la vida y la Iglesia, en algunos casos todavía es comprendido solo como contemplar la presencia real de Cristo, tal como se entendía antes del último Concilio. Es fácil hoy encontrar diversas páginas web enfocando custodias con la forma consagrada. Adorar y contemplar son de una gran riqueza espiritual. Sin embargo, es necesario recordar que toda adoración eucarística tiene

2. Cf. CESCÓN, B. 2012. *La liturgia nel postmoderno*, pp. 67-86. Roma: Editrice. CESCÓN, B. 2017. *Liturgia grande sistema di comunicazione. Il potere comunicativo della liturgia nella modernità*, pp. 37-108. Roma: CLV-Edizioni Liturgiche.

3. Cf. *Ecclesia de Eucharistia* 25; *Sacramentum Caritatis* 66.

un inherente contexto sacramental: ella prolonga una celebración previa y prepara una celebración próxima.

No cabe duda que, la Eucaristía edifica la Iglesia y la Iglesia hace la Eucaristía,⁴ pero es bueno recordar que no solo la Eucaristía, sino toda celebración litúrgica, tiene como objetivo dar gloria a Dios y santificar a quienes en ella participan, para que puedan ser en su vida cotidiana ofrenda al Padre y verdaderos cristóforos, es decir, portadores de Cristo.⁵ La conocida y devota frase atribuida al campesino feligrés del Santo Cura de Ars: “Si yo lo miro, Él me mira”, si bien contiene un precioso acto de fe, responde a una práctica pastoral propia de los siglos XVIII y XIX. La Eucaristía, por diversos motivos, había sido prácticamente privatizada por el clero y la comunión frecuente no existía, sino que se limitaba para la gran mayoría a una vez al año, para cumplir el precepto pascual. Fue el Concilio Vaticano II el que devolvió la celebración al conjunto del pueblo de Dios y re-ligó nuevamente el Cuerpo y la Sangre de Cristo con el altar donde la comunidad celebra y el ambón donde Cristo proclama su palabra.

Hoy, la comunidad no puede presencialmente reunirse y celebrar, pero puede, cada uno en su lugar, ser otro Cristo que hace de su vida una verdadera Eucaristía, una ofrenda al Padre y a los hermanos(as). Al respecto, dice el Concilio: “Por esta causa pedimos al Señor en el sacrificio de la Misa que, ‘recibida la ofrenda de la víctima espiritual’, haga de nosotros mismos una ‘ofrenda eterna’ para Sí”.⁶

Es muy valorable la fe y el deseo de quienes anhelan la Eucaristía. La presencia real de Cristo en las especies consagradas está íntimamente vinculada a la celebración misma y tiene como primer objetivo ser alimento que cristifica y crear comuni-

dad. La aproximación a Jesús eucaristía no puede llegar a ser, como lo llamaría Francisco, de “museo”,⁷ es decir, solo como contemplar y custodiar una obra de arte. La Eucaristía es celebración, en la cual, mediante el lenguaje de los símbolos sensibles que significan,⁸ el misterio pascual se hace operante y eficaz en la vida del creyente.⁹

La proliferación de misas *online*, respuesta comprensible y de importante valor pastoral, podría ser también un signo del modo de ser Iglesia que hemos venido edificando. Detrás de la normal y necesaria búsqueda de la centralidad eucarística, propia de la liturgia católica, corremos el riesgo de caer en una Iglesia sacramentalista y clericalizada;¹⁰ quizás dificultando, sin desearlo, el acceso autónomo del gran mundo laical a la enorme riqueza de la escucha de la Palabra y la vivencia de esta. Pareciera que, si fuese posible medir la experiencia del encuentro con Cristo, el criterio principal fuese si se asiste o no a misa, si se cumplen determinados actos piadosos, y cuán cercano se es a tal o cual comunidad o sacerdote. Todo eso es necesario y, en el caso de la Eucaristía y de la comunidad, esencial. Sin embargo, lo primero es que son mediaciones de la acción de la gracia en la vida cristiana, de tal manera que la *lex vivendi* de todo bautizado sea verdaderamente evangélica.

Se considera la liturgia como el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo. En ella los signos sensibles significan y, cada uno a su manera, realizan la santificación del hombre, y así el Cuerpo Místico de Jesucristo, es decir, la Cabeza y sus miembros, ejerce el culto público íntegro. En consecuencia, Celebración litúrgica, por ser obra de Cristo sacerdote y de su Cuerpo, que es la Iglesia, es acción sagrada

por excelencia, cuya eficacia, con el mismo título y en el mismo grado, no la iguala ninguna otra acción de la Iglesia [...] la liturgia es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo la fuente de donde mana toda su fuerza.¹¹

UNA LITURGIA LAICAL

La pandemia actual nos ha presentado otro desafío que, ya el Vaticano II en la anterior cita, había evidenciado. Toda la liturgia es fuente y cumbre de la vida de la Iglesia, y ella es comprendida como el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo por parte del pueblo de Dios. Ciertamente la Eucaristía es el centro de este ejercicio sacerdotal, pero pareciera ser que aún el sacerdocio bautismal no es suficientemente reconocido. Esta situación de confinamiento es una oportunidad para pastores y laicos de fomentar el ejercicio de dicho sacerdocio.

El sacerdocio bautismal también encuentra un espacio precioso en una multiforme diversidad de otras formas, litúrgicas y extralitúrgicas: celebraciones de la Palabra, Liturgia de las Horas, devociones, expresiones de piedad popular y obras de caridad.

Conviene recordar que no es el laico(a) el que está al servicio de la liturgia (de la Iglesia, de la parroquia, del obispo o del párroco, etc.), sino que la liturgia al servicio del laico(a),

4. *Ecclesia de Eucharistia* 21-33; *Sacramentum Caritatis* 14-15; *Querida Amazonia* 89.

5. Cf. *Lumen gentium* 10-11; *Sacrosanctum Concilium* 7; *Ecclesia de Eucharistia* 28; *Sacramentum Caritatis* 85; *Evangelii gaudium* 174.

6. *Sacrosanctum Concilium* 13.

7. Cf. FRANCISCO, Discurso a los padres sinodales, AAS 107 (2015) 1136-1138.

8. Cf. *Sacrosanctum Concilium* 7. 48.

9. Cf. FRANCISCO, Audiencia general 27 noviembre de 2017. http://w2.vatican.va/content/francesco/es/audiencias/2017/documents/papa-francesco_20171122_udienza-generale.html

10. Cf. *Evangelii gaudium* 104.

11. *Sacrosanctum Concilium* 7. 10.

Pareciera que ‘eucaristizar’ la vida y la Iglesia, en algunos casos todavía es comprendido solo como contemplar la presencia real de Cristo, tal como se entendía antes del último Concilio. Es fácil hoy encontrar diversas páginas web enfocando custodias con la forma consagrada.



es decir de toda la asamblea. Hoy, algunas celebraciones litúrgicas, con justa razón se han visto privadas de la presencia laical; pero esto no quiere decir, evidentemente, que el laico(a) se vea privado de su sacerdocio bautismal y de la necesidad/derecho a ejercerlo.

Esta experiencia, que puede ser dolorosa para algunos, vuelve a confirmar la riqueza de la reforma litúrgica del Vaticano II. Toda la ritualidad de la liturgia, rica en signos y símbolos, busca ser expresión de una Iglesia Pueblo de Dios, donde la necesaria jerarquía de todo pueblo organizado está al servicio de la comunidad. La actual forma ordinaria de la liturgia romana pone en su justo lugar el sacerdocio común y el sacerdocio ministerial. El segundo no se entiende sin el primero. Más aún, el primero es la razón de ser del segundo, que está a su servicio.¹²

La pandemia es una gran oportunidad para revalorizar el ejercicio del sacerdocio bautismal. Tan positivo como el legítimo deseo de ‘ver’ una misa por las redes (habría que decir, con propiedad, que también en este caso se trata de ‘participar’, no meramente de ‘ver’), es la iniciativa propiamente laical de orar y celebrar la fe en familia. Rezar la Liturgia de las Horas, hacer una liturgia de la Palabra, leyendo los textos bíblicos del día, rezando y cantando juntos, participando todos, adultos, jóvenes y niños, puede ser una ocasión muy enriquecedora de la vida familiar y una experiencia renovadora del ejercicio del sacerdocio común de los fieles.

Junto con el esfuerzo por ofrecer misas por las redes, lo cual hace depender a los fieles del ministro ordenado, los sacerdotes pueden motivar a sus feligreses y ofrecerles subsidios adecuados, para que puedan celebrar su fe en cada casa, sea en días feriales o incluso en domingos.

Así como la Iglesia universal está constituida por Iglesias locales ¿será posible concebir la Iglesia local edificada por la Iglesia doméstica? La cuarentena abre la posibilidad de recuperar usos como el del altar familiar, en torno al cual quienes viven en el hogar oran juntos con la palabra de Dios, ejercitando su sacerdocio común de los fieles. También es posible nutrir el ansia eucarística del pueblo de Dios con la oración y la caridad familiar o personal, manteniendo las lámparas encendidas con el aceite propio de la creatividad del sacerdocio bautismal, a la espera del novio que ya está por llegar.¹³

Algo análogo puede suceder en comunidades pastorales. La tecnología permite que varias o incluso muchas personas se ‘reúnan’ vía internet, por medio de alguna de las aplicaciones especializadas, para orar y celebrar juntos. Hay experiencias bien evaluadas de ello. Sea en familia, sea en una comunidad pastoral, la creatividad para ambientar los lugares, organizar la oración, utilizar medios tecnológicos e imaginar gestos significativos que apoyen la oración oral, es una

12. Cf. *Evangelii gaudium* 104.

13. Cf. Mateo 25,1-13.

oportunidad que ofrece el aislamiento y las cuarentenas.

EL ESPACIO DE LA CELEBRACIÓN

La liturgia está estrechamente vinculada al espacio en el que se celebra: el espacio litúrgico, o espacio sagrado. Y si bien éste no tiene por qué ser sólo y siempre un espacio construido y consagrado como tal, confiere a la liturgia un contexto necesario para la ambientación comunitaria y la concentración personal. Es normal que cuando un fiel ingresa en una capilla u otro espacio litúrgico en el que se va a celebrar la Eucaristía o esté expuesto el Santísimo, haga genuflexión y guarde silencio, se recoja interiormente y adecúe su cuerpo y mente al momento de celebración u oración. No siempre es posible ni fácil que eso mismo ocurra si se asiste a una misa o adoración online en la sala de estar de la casa o el departamento familiar, en una oficina o dormitorio, mirando una pantalla de computador o celular.

Existe el peligro de banalización de acciones rituales que son de gran valor para la Iglesia. Para evitarlo, hay que hacer un explícito esfuerzo por resignificar la importancia de la liturgia en la vida cristiana preparando el espacio doméstico para ella. Si una persona sola o una familia va a ver y oír la misa, es bueno preparar la pieza, la sala de estar o el lugar donde ello se realice, con signos que

evoquen el sentido de lo que se va a vivir: una mesa central, un mantel festivo, un crucifijo, una vela encendida, una Biblia abierta y si es posible unas flores. Todo eso ayuda a hacer significativo el espacio personal o familiar para la liturgia, sea una Eucaristía, una oración o la adoración eucarística. El espacio celebrativo ya forma parte de la liturgia, y en ningún caso es indiferente. Cuidarlo, prepararlo, hacerlo significativo, ayuda a tomar conciencia de la centralidad de la liturgia en la vida de la Iglesia, y sobre todo de que en ella se hace presente el mismo Señor en su misterio pasional, centro de la vida cristiana.

LA COMUNIÓN ESPIRITUAL

Al no permitir la comunión corporal, las misas vía Internet ofrecen, en su lugar, la “comunión espiritual”.¹⁴ Se trata de una oración en silencio, realizada por cada fiel, o bien de una fórmula leída. En cualquier caso, tiene un carácter ‘sustitutivo’ ya que, en toda Eucaristía, los fieles que no tienen algún impedimento canónico, están llamados a comulgar físicamente. La reforma litúrgica insistió en la importancia de la comunión sacramental,¹⁵ culminación de la participación en la Eucaristía. Así es transmitido en la catequesis y ha sido interiorizado por el pueblo de Dios. La comunión espiritual no ha sido una respuesta nueva en esta situación de Coronavirus: goza ya de una larga tradición en la

Iglesia; lo novedoso es la masividad de su práctica debido a la ‘normalidad’ de las misas vía Internet.

Aunque hubo épocas en las que se discutió su validez, hoy la comunión espiritual no presenta mayores dificultades. En la situación actual de pandemia y particularmente en las misas online, se entiende que es una sustitución de la comunión sacramental en circunstancias excepcionales. Se trata de una práctica que solo se justifica extraordinariamente. Para realizarla, la puede motivar el sacerdote que preside u otra persona que esté con él en la celebración; si se usa una fórmula, la puede recitar en voz alta, calmadamente, para permitir a los fieles unirse desde sus casas. Puede ayudar que el texto sea visible en pantalla. Conviene, como siempre después de la comunión, dejar también un breve momento de silencio. La oración más conocida de comunión espiritual es la de San Alfonso María de Liguorio. Con todo, tal como hemos expuesto más arriba, es necesario relativizar esta forma de comunión, extraordinaria y sustitutiva, considerando que hay varias otras formas celebrativas de unirse a Jesucristo en familia o en comunidad, fuera de la Eucaristía online.

14. Cf. FLORES, J. J. 2020. La comunión espiritual, ¿una solución en tiempos de pandemia? *PHASE* 356 extra.

15. Cf. *Sacrosanctum Concilium* 55.

Pareciera que, si fuese posible medir la experiencia del encuentro con Cristo, el criterio principal fuese si se asiste o no a misa, si se cumplen determinados actos piadosos, y cuán cercano se es a tal o cual comunidad o sacerdote. Todo eso es necesario y, en el caso de la Eucaristía y de la comunidad, esencial. Sin embargo, lo primero es que son mediaciones de la acción de la gracia en la vida cristiana, de tal manera que la lex vivendi de todo bautizado sea verdaderamente evangélica.



¿OTROS SACRAMENTOS ONLINE?

Hasta ahora la Eucaristía ha sido el sacramento que llena, casi exclusivamente, las redes de este tiempo de pandemia, y el que ha movilizado la mayor creatividad para hacerse accesible a los fieles, sea por internet u otros medios. Recientemente se informó de un obispo auxiliar de París que la celebró en un gran estacionamiento, transmitida por radio, con toda la gente escuchando dentro de sus automóviles y observando el altar y los ministros, los que luego iban de auto en auto distribuyendo la comunión. Las situaciones extraordinarias, también en la liturgia, despiertan una gran creatividad: muchas veces acierta, aunque, obviamente, no todas.

Respecto al sacramento de la reconciliación o penitencia, que supone normalmente una relación físicamente próxima entre el ministro y el penitente, ¿cómo administrarlo hoy sin poner en peligro la salud del pe-

nitente y del ministro? La posibilidad de administrarlo por videollamada o simplemente por vía telefónica está expresamente prohibida. El Concilio Vaticano II ha insistido en el carácter comunitario de este sacramento. Y, si bien esta dimensión no ha sido suficientemente asumida en la práctica pastoral, prevaleciendo aún, ampliamente, la celebración individual por sobre las celebraciones comunitarias, sigue siendo un desafío pendiente y está bien fundada en la práctica de los primeros siglos. Con todo, los casos de fieles que experimentan la urgencia del perdón sacramental, sin estar gravemente enfermos (caso en que la reconciliación se administra junto con la unción), dejan, para algunos, abierta la pregunta acerca de la posibilidad de una celebración no presencial del sacramento. Es cierto que existen vías extraordinarias de perdón; en la imposibilidad de acceder al sacramento, basta la contri-

ción perfecta unida a la voluntad de confesarse cuanto antes sea posible. Pero hay ocasiones en que esas vías no satisfacen la urgencia de recibir el perdón sacramental.

En cambio, la Unción de los enfermos se ha seguido administrando corporalmente: el presbítero, llamado por la familia, acude al lugar donde está la persona enferma.¹⁶ Para bautizos y matrimonios, conforme a las normativas civiles y a las instrucciones de los obispos, se ha restringido al máximo el número de los participantes y cuidado que se guarden las medidas de protección, como las mascarillas y la distancia corporal. El sacramento del Orden sencillamente se hace objeto de postergación, como es el caso de la ordenación del obispo de Chillán, Sergio Pérez de Arce, programada para el 28 de marzo y aplazada hasta que las circunstancias la permitan.

16. Cf. St 5,14.

TESTIMONIOS

Buscando un relato íntimo acerca de la vivencia de este tiempo de pandemia, hemos planteado a estos hermanos sacerdotes, religiosas, diáconos y laicos estas preguntas:

- 1. ¿Qué ha significado a nivel personal este tiempo de cuarentena?, ¿cómo has experimentado tu propia vulnerabilidad?*
- 2. ¿Qué te ha ayudado a mantenerte en la fe y la esperanza?*
- 3. ¿En qué has visto desafiada la pastoral?, ¿qué puede aprender la Iglesia de esta situación?*

A continuación, sus reflexiones.

En espíritu y verdad

Hna. Patricia Rojas

Religiosa de la Congregación de las Hermanas Ministras de los Enfermos de San Camilo.

Siento que este tiempo de cuarentena ha sido una ocasión para vivenciar de manera particular el espíritu de comunión con una humanidad que sufre, que lucha y que experimenta su propia vulnerabilidad en un momento de la historia en que las posibilidades de la ciencia y de la técnica parecían hacernos olvidar nuestra finitud y fragilidad. Han sido días que me han desafiado a una forma diferente de organización y en que, de una comunidad apostólica, hemos pasado a ser una comunidad más bien contemplativa, intensificándose la vida fraterna y la oración.

He sentido temor frente al avance de la enfermedad, la que, a pesar de los esfuerzos de muchos, ha sido difícil de controlar y he sentido tam-



bién impotencia al percibir que como sociedad no siempre hemos sido plenamente responsables y conscientes de su gravedad. La serenidad y la paz la he hallado en la certeza de la presencia de Dios en la historia de ayer y de hoy, experimentando una vez más que Él es fiel y que su gracia no nos abandona.

Como Congregación de Herma-

nas Ministras de los enfermos tenemos un cuarto voto que consiste en el servicio a los enfermos, aun con riesgo de la vida de las hermanas y, cuando parecía que llegaba la hora de vivirlo de una manera más radical, nos piden dejar de acudir al hospital, lo que me ha interpelado y cuestionado. Hemos seguido acompañando a un grupo de colaboradores y agentes

Esto me ha hecho constatar una vez más la capacidad del ser humano de adaptarse y de perseverar en la búsqueda de Dios

pastorales a través de dos momentos de oración online al día, permitiéndonos mantener cierto contacto con la situación y vivencia de quienes están en la atención directa a los enfermos.

Durante este tiempo he sido testigo de cómo la Iglesia ha estado presente en la vida de tantas personas que, abriéndose a la novedad y a la necesidad, han sido acompañadas a través de las diversas celebraciones, principalmente en Semana Santa, en un modo jamás imaginado. Esto me

ha hecho constatar una vez más la capacidad del ser humano de adaptarse y de perseverar en la búsqueda de Dios, ya no tanto en la celebración exterior, cuanto más en el propio interior, en el seno de las realidades familiares. Sentí que llegaba la hora de los adoradores “en espíritu y verdad” (Jn 4,23) y con alegría he visto a la Iglesia responder con generosidad a través del ofrecimiento de espacios físicos y ayuda material a tantos hermanos más necesitados.

Creo que esta situación está siendo una oportunidad para que como Iglesia nos dirijamos a lo esencial, a ser canales de la Palabra, instrumentos de vida, de sentido y de comunión para cuantos lo procuran, al mismo tiempo que ejercitamos el rostro de la solidaridad; una ayuda que ha sido pronta y que podríamos decir, está recién comenzando a organizarse. Creemos que la Providencia de Dios continúa fortaleciéndonos y que con su gracia podemos responder a los nuevos desafíos que la situación nos presenta para que así nuestro testimonio pueda continuar proclamando que tenemos un Dios vivo y verdadero.

Tomar contacto con mi propia vulnerabilidad

Pedro León SS.CC.

Sacerdote de los Sagrados Corazones, Párroco de Damián de Molokai, Vicaría Zona Sur, Arquidiócesis de Santiago.

Soy formador de la etapa de postulantado de nuestra comunidad religiosa Sagrados Corazones. Por ende, la cuarentena la hemos vivido: un joven postulante, otros dos sacerdotes (uno chileno, el otro mexicano) y tres estudiantes de teología provenientes de Ecuador, Perú y Colombia. Aquí han confluído etapas vitales, de vida religiosa, tareas cotidianas, culturas, etc.

A nivel personal, puedo decir que la cuarentena me ha planteado diversos desafíos. A nivel religioso y relacional, diría que convivir con jóvenes ‘veinticuatro siete’ me ha significado un regalo que se va revelando de a poco. Junto con compartir la misma vocación, también hemos podido disfrutar del festejo de cumpleaños,



actividad física común, cocina, cine y espacios más gratuitos de convivencia donde aparecen dudas, miedos, saberes, alegrías, bromas, etc. En resumen, ha sido un tiempo muy desafiante e imposible de prever a inicios

de año. Ahora, como en todo grupo humano, también ha estado presente la tensión y dificultades, pero eso es algo normal y lo hemos podido pilotear a partir de la conversación fraterna y franca.

*La cuarentena me ha hecho tomar contacto con mi propia vulnerabilidad y desde allí me he visto desafiado a acoger lo que siento frente a todo esto. Creo que hoy, **todo lo que he vivido, lo que soy, las personas que amo, la iglesia que camina en estos barrios, las personas, etc., lo atesoro y valoro de manera creciente.***

A nivel pastoral, me he visto desafiado a cuidar la relación con el Señor Jesús quien dijo mi nombre y encomendó el cuidado de esta porción del Pueblo de Dios, según su corazón. Por lo mismo, la celebración eucarística diaria, la escucha de su Palabra, la oración y adoración aparecen como espacios privilegiados para experimentar un ministerio, en cierta forma más acotado, pero no menos fecundo y vitalizador. Allí he encontrado nuevos ánimos, nuevas miradas y formas de divisar al maestro que pasa por nuestra vida, especialmente en el hermano que sufre o pasa necesidades en este tiempo.

Aparejado con lo anterior, tempranamente surgió en la comunidad la inquietud y luego la creatividad para diseñar una Semana Santa vivida desde este espacio vital –nuestro hogar en cuarentena– pero compartida por medio de las redes sociales, integrando las intenciones y necesidades de las dos parroquias que convergen en mi casa. Esta experiencia se ha extendido durante este tiempo y tenemos la impresión de que es bien valorada por los agentes pastorales y personas que, por este medio, celebran su fe en torno a la Palabra del Señor Jesús y la comunión espiritual con Él, rezan por el mundo y por sus propias necesidades.

La cuarentena, también me ha hecho tomar contacto con mi propia vulnerabilidad y desde allí me he visto desafiado a acoger lo que siento frente a todo esto. Creo que hoy,

todo lo que he vivido, lo que soy, las personas que amo, la iglesia que camina en estos barrios, las personas, etc., lo atesoro y valoro de manera creciente. Me he vuelto más contemplativo y receptivo, buscando el contacto con los demás, en mayor comunión y con el corazón más atento, agradecido.

Conectado con lo anterior, he aprendido junto a los agentes pastorales a realizar reuniones por sistemas de video llamada, lo cual ha abierto nuevas posibilidades a nivel de comunicación y coordinación de acciones pastorales. Me atrevo a decir que esto ha tenido algo de entretenido, pero, sobre todo, ha sido muy bonito desde mi rol de pastor, ya que no me siento sólo, sino muy por el contrario, muy acompañado de otros hermanos y hermanas coordinadoras de las siete comunidades que componen nuestra parroquia. Esto lo percibo como un regalo que renueva mi fe en el Buen Pastor que no abandona su rebaño y renueva mi esperanza en este tiempo tan único y a la vez desafiante, que hace brotar en nosotros la creatividad y nuevas comprensiones de nuestra relación con el mundo, el planeta, con los demás y con nosotros mismos, nos recuerda que también estamos compuestos por un cuerpo que se revela muy frágil.

Considerando esta cuarentena y todo lo que ha producido en nuestra vida y el mundo, apunto a dos cosas, sencillas pero transversales,

que pueden ayudarnos como iglesia a estar de una manera vitalmente distinta en nuestro desempeño pastoral, me refiero al valor de la flexibilidad y a la relación con las nuevas tecnologías.

Este tiempo me ha mostrado que se puede planificar la vida de manera distinta. La flexibilidad ha sido el gran reto desde donde he podido avanzar hacia la fe y confianza en un Dios providente, que no olvida a su Pueblo, sino que lo apacienta y hace surgir, de todas partes hombres y mujeres para ello. En los agentes pastorales he visto nuevos rostros de Cristo, en ellos he visto pastores y también pastoras según su corazón, preocupados por los más necesitados y frágiles de las comunidades, quienes me llaman y desafían a estar atento a esta porción del Pueblo de Dios que peregrina en esta parte de San Joaquín.

Por mucho tiempo la tecnología fue mirada con desconfianza por no pocos en la iglesia, entre los cuales me incluyo, pero en este tiempo también ha abierto nuevas posibilidades a nivel de relaciones personales, laborales y también pastorales. Estamos desafiados a pensar e integrar de renovada manera a los que por diversos motivos no pueden participar de la Eucaristía dominical y, en general, de las celebraciones de la comunidad. Validar nuevas formas de comunicación que, con sus limitaciones, facilitan la cercanía de la Iglesia a otros espacios vitales del Pueblo de Dios.

Ser Iglesia de la vida cotidiana: acompañando y dejándose acompañar

Javiera Salazar

Profesora de Biología, Doctora en Educación, esposa del Diácono Julio Aravena Román, madre de Camila (31 años), Francisco (30 años), Vicente (28 años) y Belén (21 años).



En lo personal y familiar pasamos por varias etapas, en las cuales nos fueron apareciendo preocupaciones, problemas, soluciones y aprendizajes. La primera fue la alerta inicial: las interrogantes por la naturaleza del COVID-19, la protección, los insumos, la organización al interior de la familia. Luego, vino la etapa de la comunicación: la reflexión profunda en la familia, los espacios de silencio, oración y escucha del Evangelio, las conversaciones sanadoras entre padre, madre, hijas e hijos, el perdón. La tercera etapa, el autocuidado: una alimentación sana en base a vegetales y la realización de actividad física diaria. En eso hemos estado. Ahora, qué hemos aprendido... Hemos aprendido a discernir lo que necesitamos y fundamentalmente lo que no necesitamos. La pérdida de las planificaciones y las actividades programadas nos ha hecho lidiar con la inestabilidad y la incertidumbre. Todo cambia y es ahí donde nos conocemos ¿cómo me adapto?, ¿acepto el cambio o me aferro a mis antiguos esquemas? Hemos

aprendido que aprovechar el tiempo no es hacer muchas cosas, porque se puede estar en muchas cosas y no estar en nada. Ser más observador/a, ser quien escucha y no siempre quien habla. Este encierro nos ha llevado al interior de nuestras casas y también al interior de nosotros mismos. Hoy, tenemos más conciencia de lo cotidiano en nuestra vida diaria y de nuestras emociones, que antes escondíamos en el activismo del trabajo, el estudio y las relaciones sociales. Ahora todo ha aflorado y hay mucho que transformar.

La centralidad del Evangelio de Jesús en nuestras vidas nos ha ayudado

a mantenernos en la fe y la esperanza. El escuchar la Palabra de Dios, en la sencillez del hogar, con tiempo y sin apuros. A su vez, hemos vivenciado una oración y reflexión personal, más atenta y consciente, dejándonos acompañar por el Señor, escuchándolo y haciéndonos escuchar por Él. También, tuvimos la oportunidad con mi esposo, de oír las misas desde Roma para el mundo, con el papa Francisco, desde el 9 de marzo al 18 de mayo. Sentimos la unidad de la Iglesia, en estas Eucaristías sencillas, profundas y centradas en Jesús, en un contexto de pandemia, que también era vivido por la Iglesia. Asimismo, la familia ha sido otra fuente de esperanza y confianza: la comunicación familiar, densa y franca; el compartir el amor, el tiempo, una película y disfrutar del ambiente hogareño, después del trabajo compartido.

Cuando desaparecen las programaciones pastorales, nos queda el

En los agentes pastorales he visto nuevos rostros de Cristo, en ellos he visto pastores y también pastoras según su corazón, preocupados por los más necesitados y frágiles de las comunidades

contacto personal con los hermanos/as de comunidad, a través del teléfono, el WhatsApp, los videos, etc. Hoy, no tenemos la presencialidad en la comunicación, pero sí tenemos la proximidad emocional y espiritual, es decir la relación y eso es muy importante. Somos Iglesia del encuentro, creemos en un Dios que sale al encuentro de la humanidad, en su hijo Jesucristo. Entonces, llegar a las

personas donde estén y como estén, en la cotidianidad de sus vidas, es muy significativo. Ser Iglesia de la vida cotidiana. Acompañar el dolor, el miedo, la incertidumbre, la soledad y también la alegría, la esperanza, el buen humor, afianza los lazos personales y comunitarios. La pastoral está invitada a la misión en la vida cotidiana, en la sencillez del vivir de las personas, las familias, las comunidades

y las organizaciones, acompañando y dejándose acompañar. Ser una Iglesia que comparte la buena nueva del Evangelio y también recoge la acción del Espíritu Santo en la vida diaria de las personas y aprende de ellas. Cuánto, heroísmo y solidaridad aflora hoy, desde el corazón humano, que es acción del Espíritu Santo, en medio de la crisis sanitaria.

Un mundo nuevo está naciendo

Fernando Tapia

Sacerdote, Párroco de San Esteban Mártir, La Pintana.

Ha significado un cambio muy importante en mi manera de ser y hacer como pastor. Estoy acostumbrado a tener muchos encuentros con personas, grupos de catequesis, consejos pastorales parroquiales y de capilla, celebraciones litúrgicas diarias, acompañamiento a las actividades solidarias, reuniones de decanato y de zona. Nada de esto ocurre hoy y eso hace preguntarme qué es lo que Dios quiere de mi hoy. ¿Qué es lo esencial del ministerio sacerdotal?

Al comienzo estaba un poco desorientado y con la sensación de volver a tener vacaciones. Después me di cuenta de que tengo que reinventar mi ministerio para estas circunstancias, pero echo de menos el contacto físico, la cercanía de la gente y de mi familia, los saludos afectuosos



que se dan en las reuniones pastorales.

Me ha ayudado mucho darle más tiempo a la oración personal, a la adoración, a la lectura orante de la Palabra de Dios y a otros textos de lectura espiritual. También los mensajes, serios y divertidos, que me llegan a través del WhatsApp, y ver todos los

gestos solidarios que van surgiendo en distintas personas, grupos, instituciones y en nuestra propia Iglesia de Santiago, para acoger a los más golpeados por esta crisis sanitaria y económica. Esto me muestra que el Señor Resucitado está presente, vivo y actuante, en medio de esta pandemia. Que Él efectivamente ha vencido

*Esto me muestra que **el Señor Resucitado está presente, vivo y actuante, en medio de esta pandemia.** Que Él efectivamente ha vencido el mal y la muerte y está creando un mundo nuevo, con nuevos valores y nuevas prioridades.*

el mal y la muerte y está creando un mundo nuevo, con nuevos valores y nuevas prioridades.

Reflexiono a menudo sobre las lecciones que debemos aprender en este tiempo y me ayudan las reflexiones de otras personas que aparecen en los diarios electrónicos católicos y no católicos o, simplemente, en videos que me llegan por el WhatsApp.

Para mí el primer desafío es mantener viva la fe y la esperanza en un contexto tan adverso. Para eso ayudan mucho las transmisiones online de las Eucaristías y mensajes del Papa, de nuestros obispos y de nosotros mismos los sacerdotes en nuestras parroquias. También los subsidios que entrega la Vicaría Pastoral para la oración en familia y muchos otros medios de crecimiento espiritual y de formación cristiana que se pueden obtener a través de las redes

sociales. Tal vez, este es uno de los grandes aprendizajes que estamos teniendo: el potencial evangelizador de las redes sociales. Antes sabíamos de esta oportunidad evangelizadora, pero ahora la hemos tenido que utilizar mucho y en forma creativa.

Un segundo desafío es mantener los vínculos comunitarios a través de reuniones virtuales, grupos de WhatsApp, llamadas telefónicas, correos electrónicos, etc. El gran peligro es que el necesario aislamiento se transforme en incomunicación, desinterés por el otro, flojera, cansancio, desolación. Creo que la gente debe sentir que no está sola, que su comunidad no ha desaparecido, que el pastor sigue preocupado por sus ovejas.

Un tercer desafío es no olvidar a los que más sufren con esta crisis sanitaria y socioeconómica. La Iglesia de Santiago y de otras diócesis

está dando un hermoso testimonio del Evangelio, ofreciendo sus instalaciones para acoger a los migrantes y a las personas en situación de calle, reuniendo alimentos para los más pobres, sosteniendo los comedores parroquiales, trabajando en red con otras instituciones de ayuda, estatales y privadas. Estos gestos de unidad y misericordia despiertan en otros y otras el deseo de ayudar y así se va creando un círculo virtuoso que hace avanzar el Reinado de Dios. Con razón dice el papa Francisco en su Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium*: “La belleza misma del Evangelio no siempre puede ser adecuadamente manifestada por nosotros, pero hay un signo que no debe faltar jamás: la opción por los últimos, por aquéllos que la sociedad descarta y desecha” (n. 195).

Nuestras vidas están en manos de Dios

José María Álvarez

Diácono de la Iglesia de Santiago.

Hace unos años sufrí una severa tos convulsiva adquirida en un viaje a República Dominicana. Como era una enfermedad erradicada en Chile, el diagnóstico demoró bastante y el efecto negativo de la enfermedad fue importante. Esto, sumado a mi edad ya por sobre los 60 años, me han convertido en una persona con un nivel de riesgo importante ante la pandemia, de hecho, es primera vez en la vida que tengo conciencia de pertenecer a un grupo de alto riesgo. Debo admitir que he tomado el tema con bastante respeto, siguiendo todas las instrucciones de la autoridad, va-



(...) *más allá de los cuidados personales que todos debemos tomar, **nuestras vidas, y la mía de modo especial, están completamente en manos de Dios.***

cunándome contra la influenza, respetando las cuarentenas y evitando abandonar mi hogar. Sin embargo, lo he hecho con una enorme tranquilidad, sabiendo que más allá de los cuidados personales que todos debemos tomar, nuestras vidas, y la mía de modo especial, están completamente en manos de Dios.

Es una sensación bastante especial, por una parte, desear que esto termine de la mejor manera para todos y también para mí, pero a la vez estar disponible para lo que pueda suceder con mucha paz y tranquilidad. Esa paz que no nace de nosotros, sino que nos viene del mismo Cristo, y que nos prepara para todo.

En esto no me puedo quejar, he recibido grandes apoyos y energías positivas para mirar lo que está pasando y el futuro con gran fe y esperanza. Primero en la celebración comunitaria en la Iglesia. Las imágenes de la Basílica de San Pedro, de la Parroquia san Juan Bosco de Miami, del Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe en México y de mi propia parroquia del Sagrado Corazón de Jesús de Providencia, casi completamente vacías, lejos de deprimirme, me han dado un gran impulso de fe, al comprobar que, a pesar de las enormes dificultades, podemos celebrar a la distancia la fe en nuestro Dios, como una verdadera comunidad de hermanos.

También el rezo diario del oficio divino, que a veces hacemos cansados tras un largo día de trabajo, y que en estos días he podido hacer con tranquilidad, degustando el placer de orar en silencio y paz, encomendando a muchas personas que me lo han pedido.

Finalmente el esfuerzo y dedicación que he visto en muchas personas que me rodean en mi vida diaria: de mi familia para hacerme sentir lo mejor posible en este largo encastamiento; de los empleados de la empresa trabajando duramente para mantener nuestra fuente de trabajo; del personal de Radio María donde soy miembro de su directorio para tener la radio arriba consolando, confortando y acompañando a muchas personas; de la comunidad de la Universidad de Los Andes, donde estudio pedagogía en religión, para que no perdamos el año y podamos continuar con nuestros estudios; de mis compañeros del grupo de formación de la Vicaría para el Clero creando cursos e instancias de formación a distancia para nuestros hermanos diáconos; de mi párroco, el padre Carlos Irrázaval, manteniendo en pie nuestra parroquia con celebraciones diarias; en fin, de muchísima gente que envía ánimo y buenos deseos constantemente.

El trabajo pastoral se ha visto se-

riamente resentido, es una realidad que debemos asumir, la suspensión de la casi totalidad de la actividad litúrgica y pastoral en nuestras parroquias ha sido muy dura y sin duda ha afectado al pueblo fiel. El desafío mayor que veo no es tanto para la situación actual, donde las externalidades definen buena parte de lo que podemos hacer o no, sino más bien de cara al futuro, una vez que esta grave emergencia haya sido superada. El desafío de apoyar a muchísimas personas que están perdiendo su trabajo o su medio de subsistencia, las nuevas maneras de evangelizar que tendremos que encontrar, en fin, cómo abordar un mundo que ya no será igual al que hemos conocido por años.

Creo que el principal aprendizaje que debemos hacer como sociedad y también como Iglesia es el de nuestra precariedad. No somos capaces de todo, no somos dueños absolutos de nuestro destino. Muy por el contrario, debemos tomar consciencia de nuestra finitud y de nuestras limitaciones, de lo mucho que necesitamos volver nuestro rostro hacia Dios, quien tiene todas las respuestas que necesitamos para vivir esta vida como lo que realmente es para un cristiano: un tránsito hacia la vida eterna y definitiva con Dios.

¿CUÁL ECONOMÍA PARA EL FUTURO?

Nello Gargiulo¹

La Economía no es una ciencia exacta y, por lo tanto, los cambios que se producen son fruto de la variabilidad de las situaciones humanas y los paradigmas de referencia que determinan puntos de partida para formular teorías económicas. Hoy sufrimos una pandemia que, además, se asocia a otros dos grandes problemas para los cuales también se invocan soluciones: *el hambre* que sufren casi 1000 millones de habitantes del planeta y el acelerado *cambio climático*, cuyos efectos repercuten sobre la salud y el futuro de la humanidad. En este sentido, las reflexiones que se proponen habrá que leerlas a luz de este viaje que la pandemia produce al interior de nuestros propios mundos y bajo el prisma de la incertidumbre, situación que golpea fuertemente el futuro de los equilibrios geo-políticos y las perspectivas para las economías. Los signos de la esperanza cristiana no tienen solo una connotación espiritual pues, por el misterio de la Encarnación, ellos son también generadores de cultura y de cambios y, en esta línea, se hace más comprensible el magisterio pontificio

del papa Francisco en el campo de la Economía y de la Finanza.

El papa Francisco, desde el comienzo de su Pontificado, ha advertido esta problemática y hoy, a cinco años de la publicación de la *Laudato Si*, se vuelve a retomar este texto casi como si fuese el ‘protocolo’ para aprender a relacionarse con el ambiente que la Encíclica denomina: *la casa común*. Salta a la vista la debilidad del capitalismo de Estado –como es el caso de China– y los neo-liberalismos –que han logrado realizar crecimientos, innovaciones, desarrollo digital y tecnológico–, porque no logran generar una más equitativa y equilibrada distribución, especialmente de los bienes de primera necesidad. Esta situación pone en riesgo las democracias y la paz social.

Junto con pensar cómo levantar las economías a nivel global, el momento actual exige proponer la centralidad de aquellos principios que tienen una mayor sintonía ‘con la dignidad del hombre y la cultura del trabajo’. Este último es esencial para hacer funcionar cualquier tipo de organización: pública, privada, de

mercado o simplemente social. Esta visión va más allá de la Responsabilidad Social Empresarial (RSE): el salario adecuado, el pago de impuestos, la transparencia con los consumidores, entre otros. Se trata de enmarcar el círculo de la economía en una esfera más amplia que el tecnicismo y el poder financiero que supera ampliamente al mismo Producto Interno Bruto (PIB) mundial y que, además, condiciona los mercados y la política.

FRANCISCO Y LA ECONOMÍA

La del papa Francisco no es una escuela de pensamiento económico. Él parte de la condición de la persona humana y su dignidad. Ninguna persona nace para ser relegada en las categorías del descarte. Francisco cuestiona las leyes de la economía y de la política que no conducen al desarrollo integral de todo hombre y mujer, y porque provocan, además, desequilibrios que afectan las gran-

1. Dr. en Ciencias Agrarias, Università Federico II di Napoli. Magister (E) en Educación. Estudios Superiores en Ciencias Sociales y Religiosas, Istituto Internazionale Mystici Corporis, Loppiano-Firenze.

*No solo está la preocupación personal de no enfermarse y no caer en situaciones de pobreza o penurias, sino que **está también la preocupación de todo el empresariado respecto a cómo recuperar la producción y los puestos de trabajo.***



des reservas verdes, fluviales, oceánicas, glaciales, que dan a la historia de la creación aquella continuidad en sintonía con los planes del Dios Creador y son el soporte de las materias primas necesarias para el desarrollo de la vida.

No es una casualidad que para marzo de este años, 3000 jóvenes

economistas, empresarios, investigadores y agentes de cambio, hayan sido convocados justamente en Asís, Italia, para repensar la economía en el ambiente de una densa espiritualidad con el ejemplo de San Francisco. El santo de Asís decidió despojarse voluntariamente de su riqueza para 'crear los conventos' en los cuales

entró solo con lo esencial para vivir y, con el exceso, se atendieron los problemas de las personas que tenían mayores carencias, comenzando por los artesanos de la época, quienes caían fácilmente en mano de los usuarios. Nacieron así los primeros indicios de mercado y de las finanzas al servicio de la actividad económica,

PROF. BRUNI

La economía civil es una tradición de pensamiento que hincó sus raíces en el pensamiento clásico, en la Edad Media cristiana y en el humanismo civil mediterráneo, cuya idea central consiste en concebir el mercado y las relaciones económicas como una expresión de la ley general de la sociedad civil, la reciprocidad. La crisis de los últimos diez años ha creado las precondiciones culturales idóneas para comprender la relevancia económica, social y ética de una visión de la economía y de las finanzas diversa y sostenible. Luigino Bruni. Director de la Economía de Francisco, Asís 2020. <<https://www.hoac.es/2019/12/13/luigino-bruni-la-nueva-cultura-economica-nacera-de-la-praxis-y-del-pan-de-cada-dia/>> [consultado: 02-06-2020].

con los que se llamaron ‘Bancos de Piedad’ o también bancos cercanos a la gente y al territorio para asegurar su desarrollo.

El papa Francisco no separa el desarrollo de la economía de los equilibrios eco-sistémicos y demuestra ser un profundo conocedor de Dios, del hombre y de la naturaleza cuando cita un refrán español: ‘Dios perdona siempre, el hombre a veces y la naturaleza nunca. En esta tríada de Dios, el hombre y la naturaleza’, se enmarca el camino de la nueva economía, porque están los tres pilares del cambio y, justamente, cuando este equilibrio se ve comprometido se desencadena el miedo y la incertidumbre. Con la confianza y la disponibilidad se emprende el camino de la recom-

Peter Drucker, el gran pensador austriaco, filósofo y padre de la moderna administración, invitaba siempre a preguntarse ¿Qué debo aportar?, y no tanto ¿Qué quiero aportar personalmente o lo que los demás piden?

posición. Esto es lo que estamos viviendo con la pandemia que pone a dura prueba a amplios sectores de la humanidad. No solo está la preocupación personal de no enfermarse y no caer en situaciones de pobreza o penurias, sino que está también la preocupación de todo el empresariado respecto a cómo recuperar la producción y los puestos de trabajo.

‘Eureka’, ‘Eureka’ será el grito que, dentro de no mucho, se oirá de los laboratorios que crearán estar muy cerca de la vacuna indicada para luchar contra este flagelo. También este grito de alegría debería poder cubrirse de un acto de solidaridad y fraternidad al momento de dar a conocer la fórmula para ser reproducido rápidamente y puesto al alcance de toda la humanidad. Si prevalece el principio de quien llega primero es el que mantiene el domino, significa que estamos aprendiendo muy poco de la lección que estamos viviendo.

EL DESAFÍO DE LAS ENSEÑANZAS SOCIALES DE LA IGLESIA: FORMACIÓN Y NUEVO PARADIGMA

Los economistas deben comenzar a repensar en una economía que tenga el atributo del bien común, a partir de la convicción de que no es la sumatoria de tantos bienes personales, como lo fue al comienzo en la concepción del filósofo y economista clásico, Adam Smith, quien le dio esta alma al liberalismo. El bien común tiene una connotación más amplia, porque pone en la balanza el contra-

to que sigue asegurando el funcionamiento del mercado (justicia conmutativa) y la justicia distributiva, para la cual se requieren dosis de generosidad y de inclusión de parte de quie-

PROF. ZAMAGNI

La palabra felicidad, como sabemos, viene del griego. Aristóteles la llamaba Eudaimonia, palabra griega que significa ‘florecer’. Aristóteles decía que la persona es feliz cuando es capaz de desarrollar las tres dimensiones del ser humano: la material, la socio-relacional (que se relaciona con que somos parte de un conjunto que es la sociedad o la comunidad) y la espiritual. Las personas son felices entonces cuando logran un equilibrio entre estas tres dimensiones. Así, podemos comprender la diferencia entre felicidad y utilidad. Muchas veces a los estudiantes de economía se les enseña que felicidad es lo mismo que utilidad. Ese es un error grave, porque la utilidad se refiere solo a la primera dimensión: la material. Maximizar la utilidad significa entonces aumentar la riqueza, el ingreso, pero no las otras dimensiones (ZAMAGNI, S. 2011. *¿Cuál empresa y economía para el futuro?* Santiago: Fundación Raúl Silva Henríquez).



nes tienen talento y condiciones de generar riquezas. En esto no hay que demonizar al lucro, más bien aprender cómo hacerlo circular para que su valor tenga efecto multiplicador en la sociedad.

Si pensamos en una visión amplia del bien común, ninguna persona debería quedar excluida. El Estado, ahora más que nunca, deberá fortalecer su rol para asegurar los bienes públicos como la educación, la salud y el cuidado de quienes no son autoválidos, y sean asegurados adecuadamente también en época de crisis. A su vez, la familia y los grupos sociales intermedios, deben ser el lugar donde se ponen en marcha los dos grandes principios de la Doctrina Social de la Iglesia: la solidaridad y la fraternidad. El primero, como el camino efectivo para lograr la circulación de los bie-

nes hacia donde las necesidades los requieren (como los ventiladores para salvar vidas que, en esta pandemia, han viajado a altas velocidades para cubrir las necesidades) y, en segundo lugar, la fraternidad como aquel principio que cambia el sentido del uso mismo de los bienes porque moviliza el don y la reciprocidad, antídotos para no caer en los excesos del consumismo y de individualismo.

¿HACÍA DONDE?

Los tiempos actuales exigen transitar con mayor coherencia entre el conocimiento y la acción. Peter Drucker, el gran pensador austriaco, filósofo y padre de la moderna administración, invitaba siempre a preguntarse *¿Qué debo aportar?*, y no tanto *¿Qué quiero aportar personalmente o lo que los*

demás piden?

La primera pregunta, bien planteada, asegura el reencuentro entre *el pensar y la acción*. Con eso también la economía podrá revestirse de un rostro más humano y de una mayor eficacia para enfrentar los grandes problemas que después de esta pandemia aún más seguirán azotando en muchos puntos del planeta. Esta situación requiere desde ya seguir profundizando los grandes temas que, con fuerza, la agenda de la pandemia dejará como tareas abiertas. Las soluciones habrá que pensarlas en varios frentes y a diferentes niveles para que las fuerzas sean convergentes y no divergentes. Al compromiso habrá que asignarle un común denominador: ampliar el abanico de las colaboraciones y revisar constantemente el termómetro de las confianzas.

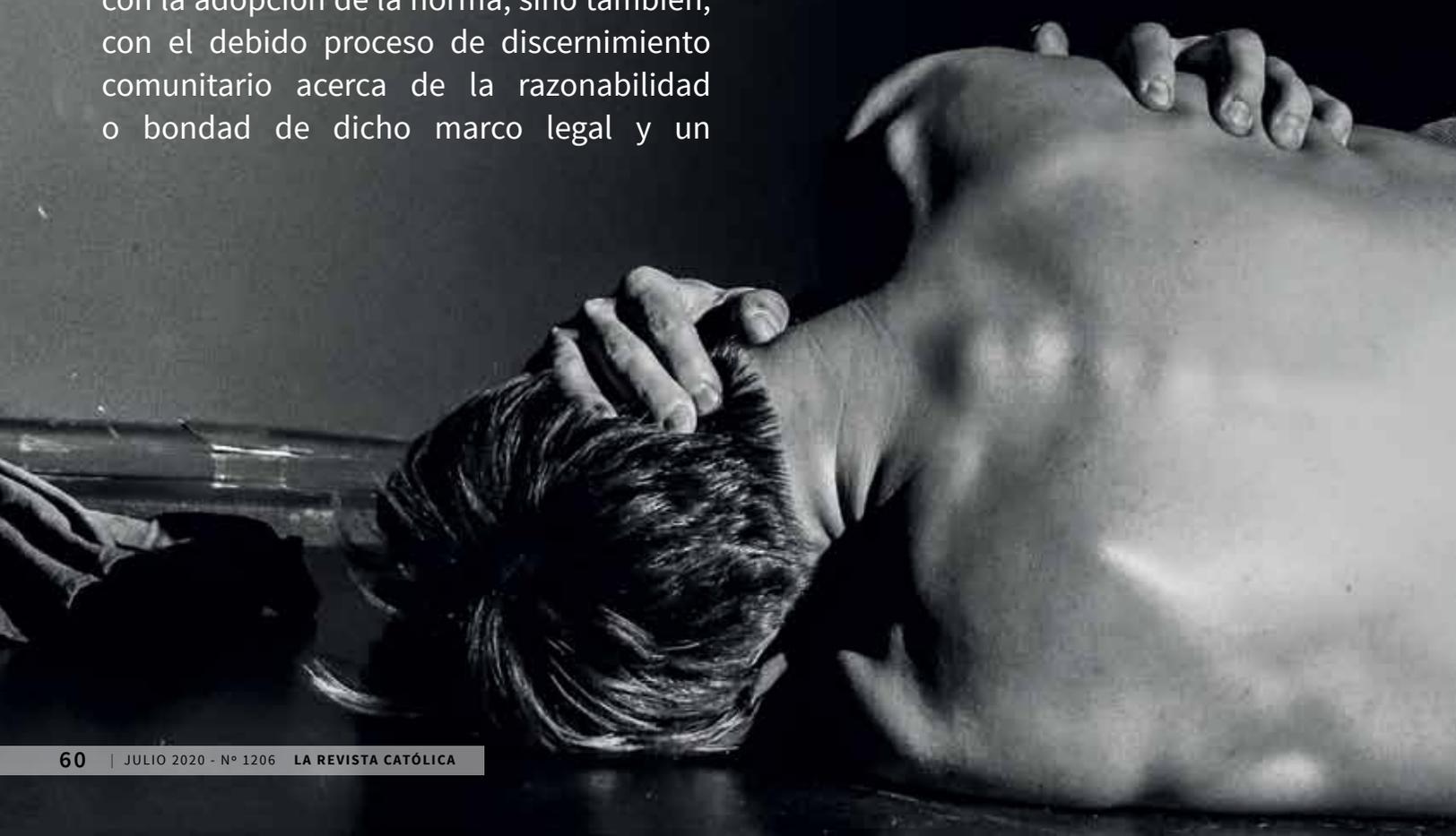
USTEDES SON LA LUZ DEL MUNDO

Vos estis lux mundi se titula el Motu Proprio con que la Iglesia, después de un largo y duro camino, mira y normaliza los aspectos pastorales de la protección de niños y personas vulnerables en contra de cualquier tipo de abuso. El papa Francisco ha respondido así a un deseo largamente sentido y, además, ha alineado a la Iglesia con los más altos estándares internacionales.

El hecho de que finalmente haya visto la luz una normativa al respecto es, sin duda, una excelente noticia, sin embargo, la verdadera y fructífera *receptio legis* no se dará solo con la adopción de la norma, sino también, con el debido proceso de discernimiento comunitario acerca de la razonabilidad o bondad de dicho marco legal y un

consentimiento amplio y sincero que nos haga fieles al ‘¡adelante!’ que el Papa nos ha dicho.

Aprovechando esa coyuntura *La Revista Católica* ha querido retomar y profundizar en el tema de los abusos, especialmente el que afecta a la conciencia, de manera que este pronunciamiento vinculante de la Iglesia se enriquezca en su recepción y aplicación, vinculándose al camino que hemos hecho y asumiendo los nuevos retos. Para todo ello, esperamos que estas páginas puedan servir de ayuda.



ECLESIOPATÍAS.

SOBRE EL ABUSO DE CONCIENCIA

Daniel Portillo T.¹

Ya hace tiempo que los medios de comunicación dieron a conocer los abusos sexuales de menores en la Iglesia católica por parte de clérigos. Desde entonces a la fecha, la noticia no se ha limitado a la mera descripción de los hechos, sino que ha planteado críticas interrogantes que la opinión pública ha asumido como propias. No son pocos quienes se preguntan, por ejemplo, ¿cómo ha sido posible un delito semejante en una institución que, por su carácter religioso, debe promover valores morales, proteger la conciencia y defender los derechos humanos, sobre todo, de los más vulnerables?

Ante el estallido mediático de los casos, la reacción de la jerarquía fue inicialmente de negación y solo paulatinamente se orientó, tanto al reconocimiento de los hechos, como a la aplicación de soluciones. Ahora bien, no obstante las recientes rectificaciones en el tratamiento de los casos ocurridos en la Iglesia, todavía será necesario analizar, los comportamientos eclesiales que ‘patologizan’ la acción pastoral y que podríamos denominarlos como fenómenos ‘eclesiopáticos’. Por *eclesiopatía* se podría entender toda dinámica anómala que dentro del ambiente eclesial detona situaciones de abuso. Estas dinámicas no resultan comportamientos sexuales concretos, sino que, en términos generales, la presencia de un ambiente abusivo y la anticipación de posibles transgresiones sexuales.²

En consecuencia, se debe dejar en claro que los abusos cometidos dentro de la Iglesia no son solo un concreto acto sexual de un agresor con una víctima. Dichas transgresiones se encuentran enmarcadas en una obligada falla sistémica. Por lo tanto, si la Iglesia se afana en extirpar dicho mal, tendrá que hacerlo desde una mirada amplia y holística. La gravedad de semejante escenario de futuro cobra dimensiones aberrantes solo al pensar que la inacción ante semejantes delitos compromete absolutamente la credibilidad de la Iglesia y contradice su misión esencial en el mundo.

LOS ESCÁNDALOS DE ABUSO SEXUAL DE MENORES EN LA IGLESIA CATÓLICA

En las cuatro últimas décadas, la Iglesia católica ha padecido abiertas denuncias contra algunos de sus ministros acusados por abusar sexualmente de menores. Desde entonces, se ha hablado sobre los ‘escándalos sexuales’ de los clérigos. Evidentemente que los comportamientos abusivos que han dado lugar al desconcerto público conllevan, en el fondo, abusos de conciencia. Sin embargo, el escándalo ha tomado mayor fuerza por los inapropiados procedimientos de solución que, a lo largo de este difícil tiempo, ha tenido la Iglesia. Una ambigüedad pasiva, tanto para reconocerlo públicamente, como para enfrentarlo eficazmente, atendiendo a las víctimas. Precisamente por esto, a las acusaciones de abuso sexual infantil se suma la no menos delicada denuncia de complicidad y encubrimiento por parte de la jerarquía católica.

Distintas realidades latinoamericanas se han presentado como

1. Sacerdote diocesano. Doctor en teología y Magíster en psicoanálisis. Director del Centro de Investigación y Formación Interdisciplinaria para la Protección del Menor (CEPROME) de la Universidad Pontificia de México.
2. Sobre las *eclesiopatías*, véase: PORTILLO TREVIÑO, D. 2017. *Psico-teología del discernimiento vocacional. Una tentativa de prevención del abuso sexual de menores en la Iglesia católica*. México: Buena Prensa.

(...) *los abusos cometidos dentro de la Iglesia no son solo un concreto acto sexual de un agresor con una víctima. Dichas transgresiones se encuentran enmarcadas en una obligada falla sistémica. Por lo tanto, si la Iglesia se afana en extirpar dicho mal, tendrá que hacerlo desde una mirada amplia y holística.*

‘epicentro’ del escándalo. Resulta incomprensible que la Iglesia católica en América Latina no haya podido prevenir dicha crisis y pueda llegar, incluso, a ser una de las más afectadas, por la nutrida cantidad de católicos que alberga. En distintas realidades del continente, la falta de pericia y los tentativos por evitar el impacto mediático, llevaron a efectuar soluciones desatinadas, tanto a nivel jurídico, como psicológico, eclesial, teológico y económico.

Sin embargo, no es posible suponer que los abusos sexuales de menores se desarrollen única y exclusivamente en la Iglesia católica, como si esta fuera un ámbito interpersonal aislado. Dicha institución se encuentra dentro de una institución más amplia que es la sociedad. Por tanto, el problema de los abusos sexuales infantiles debe contextualizarse para ubicar el problema desde una más adecuada perspectiva global, que corresponda a la complejidad del hecho y no para hacer apología de la Iglesia.

Los delitos sexuales contra menores son un problema grave que afecta a la humanidad, en general, más allá de la religión, cultura y geografía; más allá de la lengua y las costumbres. No se trata, pues, de una conducta exclusiva en los países pobres, sino en todos los países del mundo y en las distintas clases socioeconómicas. El uso y abuso de los niños como objeto de gratificación sexual por parte de

los adultos es ‘epidémico’ alrededor del mundo. El acto delictivo de los abusos no tiene solo un efecto nocivo en la víctima porque el daño que esta padece tiene graves consecuencias que trascienden a quienes forman también parte de su entorno social. Por eso, puede decirse que mientras el agresor lastima a sus víctimas, está lesionando a toda la sociedad. Sus conductas sexuales son el reflejo de la organización singular de su psicología, pero también son la expresión de lo que se dice y se vive socialmente y, por qué no decirlo también, eclesialmente.

LA IGLESIA DE FRENTE AL CONFLICTO: DE LA ‘ALUCINACIÓN NEGATIVA’ A LA RE-ESTRUCTURACIÓN

En la búsqueda de un estudio objetivo de lo acaecido, no deja de ser importante analizar el proceso que ha llevado a la Iglesia para dar una respuesta a estos delitos, así como conocer sus mecanismos, dinámicos, y las terribles consecuencias de sus variantes. Para evidenciar la respuesta de la Iglesia ante los abusos, se puede decir que, en dicha reacción, se ha dado un desarrollo en el que se distinguen tres fases: la primera podría llamarse la ‘alucinación negativa’; una segunda fase es el reconocimiento de la culpa y el análisis del conflicto y, por último, un tercer momento tiene que ver con el proceso de renovación y re-estructuración.

En cuanto al primer momento, conviene recordar que el psicoanálisis contemporáneo, desde la postura teórica de A. Green, ha elaborado el concepto de *alucinación negativa*³, que se refiere al no-reconocimiento de algún suceso en la vida de la persona. Normalmente, por *alucinación* se ha entendido toda aquella impresión añadida a la realidad, debido a la alteración de nuestros sentidos. Y, por otro lado, la negación (o lo negativo) consiste en el rechazo de aceptar que algo ocurre. Se basa en la convicción pre-lógica de que ‘si yo no lo reconozco, eso no sucede’, de modo que todo lo que es y no es, está en función de uno mismo. Al decir que una alucinación es negativa, no quiere decir que agregue algo a la realidad, sino por el contrario, que elimina algo de ella.

En la primera fase de la respuesta dada por la Iglesia ante los escándalos se puede destacar este mismo dinamismo con el cual pretendió solucionar los ataques mediáticos. Así, por ejemplo, se puede decir que una constante alucinación negativa se presentaba, en la mirada de este o aquel obispo de tal o cual diócesis, donde se pensaba que, cambiando al sacerdote, el problema se acabaría. Una alucinación negativa se daría incluso cuando la fantasía de que los

3. Cf. GREEN, A. 2010. *El pensamiento clínico*. Buenos Aires: Amorrortu, 162-163.



traslados recurrentes a parroquias lejanas harían del sacerdote perverso un asceta piadoso. Una alucinación negativa sería también la defensa desmedida del sacerdote, que negaba toda serie de acusaciones.

También una alucinación negativa se presentaría en los miembros de aquella comunidad parroquial o congregación religiosa que miraban como 'santo' a aquel que recurrentemente abusaba sexualmente de sus miembros y de lo cual no podían decir nada debido al previo abuso de conciencia o a su voto de silencio. No faltó, además, en muchos laicos esta alucinación, cuando amenazaban a las víctimas por acusar a sus sacerdotes, resistiéndose así a ver en el hombre consagrado lo perverso de sus actos.

Una Iglesia con alucinación negativa en los escándalos de abuso sexual de menores pretende a toda costa borrar y eliminar todo rasgo o

huella que afecte a su propia imagen. Quien posee este desproporcionado funcionamiento psicológico se afana continuamente en omitir y fragmentar toda herida generada por el abuso, sin importar la justicia. Toda una estrategia alucinógena que termina por lastimar a la Iglesia y golpear la fe de muchos creyentes.

La alucinación negativa ha permitido que ante los sacerdotes infractores algunos católicos eliminen aspectos de la realidad y no reconozcan su culpa. Y, por si fuera poco, la Iglesia no ha sido capaz, debido a este dinamismo patológico, de prevenir que algunos llegaran al sacerdocio o al episcopado sin tener vocación. De tal manera que se trata de una especie de mecanismo psicótico de disociación de la realidad que, poniendo su atención en el culto y en lo sagrado, olvida (o elimina) lo profano; habla de gracia, pero es permisiva en el abuso; una Iglesia a favor de los pobres, pero

que olvida y lastima a los vulnerables.

Avanzando un poco más en esta dinámica de negación, se debe decir que el funcionamiento negativo alucinógeno está compuesto por tres elementos que lo consolidan: el encubrimiento, el silencio y la complicidad. De esta triple manera se busca banalizar el escándalo, pues lo prioritario sería la defensa de la imagen y el honor de la Iglesia por encima del derecho y la dignidad de la víctima, haciéndose con esto cómplice del delito. Dicha complicidad encuentra su agravante en una persona o institución eclesial que se niega escuchar a las víctimas o incluso intenta callarlas. El silencio-eclesial-perverso es un modo de negar la experiencia del dolor en las víctimas, es una forma de ocultar la herida provocada en su propia historia. Por tanto, debe subrayarse que, por encima incluso del abuso sexual, la mayor culpabilidad la genera un silencio perverso,

síntoma de cualquier abuso de conciencia.

Una segunda fase en la respuesta por parte de la Iglesia se caracteriza por el análisis y el reconocimiento mismo del conflicto, al grado de referirse al escándalo como un auténtico 'eclipse de la evangelización'. Incluso Benedicto XVI señaló que tales culpas han "oscurecido la luz del Evangelio hasta un punto al que nunca se había llegado ni tras siglos de persecuciones".⁴ En un segundo momento, la Iglesia ha comenzado a reconocer que no se trata de un problema nuevo y que realmente ha habido abusos cometidos por sacerdotes, religiosos y otras personas ligadas a la Iglesia. Este reconocimiento del conflicto es ya un primer paso para la solución del problema.

En esta fase la Iglesia ha podido mostrar su solidaridad por el daño producido a las víctimas, a quienes les ofrece la compasión y la acogida sincera por el dolor sufrido, consciente de la confusión que experimentan por los hechos acaecidos. Lo cual es necesario, porque solamente a través del conocimiento de los males producidos por estas actitudes, se comenzará a crear una conciencia diferente en la Iglesia. Al reconocer la propia culpa, la Iglesia admite así que su conducta incongruente ha llevado a los fieles a perder también la confianza en la posibilidad de encontrar justicia, además de una respuesta de acogida y comprensión. Se recono-

ce que un efecto de estos actos es la pérdida de la confianza de los fieles en los que se ha cometido el crimen, e implícitamente también la pérdida de la credibilidad de la Iglesia misma. Se trata de una afectación social, no menor, pues se ha puesto en riesgo la confianza que resulta esencial para que la Iglesia realice la tarea que tiene que desarrollar, especialmente en el ámbito educativo.

Una tercera y última fase, pudiera ser definida por la renovación y re-estructuración de la Iglesia. Tras el impulso de una respuesta contundente de los últimos pontífices, la Iglesia, a través de sus Conferencias Episcopales, así como de otros Centros de prevención, ha podido enfrentar el problema desde sus raíces más profundas.

Con la trayectoria de las distintas intervenciones de los últimos Papas, se puede destacar que la reacción de la Iglesia frente al abuso sexual de menores por clérigos ha implicado una evolución que va desde la negación, el encubrimiento, el silencio y la complicidad; hacia la transparencia, la rendición de cuentas, el reconocimiento de la propia responsabilidad y la atención a las víctimas.

Con la descripción de esta evolución en la reacción eclesial frente al escándalo, se puede notar cómo todo abuso sexual de un niño por parte de un clérigo debe suscitar conmoción en sus miembros, pero también debe confrontarles personal y corpo-

rativamente. En su intervención a la comisión especial de Bélgica, Ringlet se cuestionaba: "Ante el mal que algunos sacerdotes han causado a esos pequeños, no puedo dejar de hacerme esta incómoda pregunta: ¿dónde estaba yo cuando sucedía este desastre?".⁵ Por tanto, la Iglesia debe aprender de su experiencia, incluso de los errores cometidos. Para lograr este aprendizaje debe cuestionarse si tiene los medios suficientes para discernir la posible vocación de los candidatos al sacerdocio y al episcopado. No basta pues, que la Iglesia se reconozca pecadora; incluso no es suficiente solo con castigar a los culpables, sino que es necesario evitar que estos delitos se repitan en el futuro.

ECLESIOPATÍAS: SOBRE EL ABUSO DE CONCIENCIA

Los abusos sexuales contra menores de edad, no se pueden considerar graves solo por el número de víctimas y por los planes perversos de sus victimarios. La gravedad de dichos delitos consiste también en aquello que podría considerarse una antesala del acto sexual, esto es, el abuso de conciencia. Dado que, en el fondo, todo abuso sexual es siempre una manifestación de prepotencia, será ahora necesario hacer un análisis sobre una de las dinámicas patológicas que favorecen una cultura eclesial de abuso y detonan posibles comportamientos sexuales inapropiados, por parte de la jerarquía, me refiero al abuso de conciencia.

El fenómeno de los abusos sexuales es una conducta abusiva de índole sexual que en el fondo se remonta a

Quien posee este desproporcionado funcionamiento psicológico se afana continuamente en omitir y fragmentar toda herida generada por el abuso, sin importar la justicia. Toda una estrategia alucinógena que termina por lastimar a la Iglesia y golpear la fe de muchos creyentes.

4. BENEDICTO XVI, *Carta pastoral a los católicos de Irlanda*, 4.

5. RINGLET, G. 2011. *Intervention à la Commission Spéciale*, Bruxelles (26 Janvier 2011).

La reacción de la Iglesia frente al abuso sexual de menores por clérigos ha implicado una evolución que va desde la negación, el encubrimiento, el silencio y la complicidad; hacia la transparencia, la rendición de cuentas, el reconocimiento de la propia responsabilidad y la atención a las víctimas.

una tendencia abusiva, no necesariamente asociada al ejercicio de la genitalidad, puesto que incluso puede manifestarse en cualquier otro ámbito de las relaciones interpersonales. En la medida en que tales expresiones de abuso no-sexual pueden ser más fácilmente detectadas, como el abuso de conciencia, se podrá presumir una posible conducta perversa.

Todo abuso sexual es ante todo y sobre todo un abuso de conciencia en forma sexual, una manera mal entendida del ejercicio ministerial, corrompida por la imposición de relativizar o eliminar la importancia a situaciones que resultan verdaderamente graves. Dentro de esta disminuida realidad, el mayor mal consiste en la suplantación de la conciencia y, por ende, el detrimento de la capacidad para decidir. El abuso de conciencia, a través de la manipulación, anestesia paulatinamente la libertad adentrándose sigilosamente en la víctima, dando así inicio a una sentencia que podría resultar a futuro, una cadena perpetua.

Este maquiavélico acto se desarrolla dentro de la construcción y consolidación de lo que podríamos llamar un Imperio abusivo. Dentro de dicho imperio, su 'emperador', de manera proselitista, desarrolla la iniciación de su campaña: los posibles ciudadanos tendrán que prometer la permanente e ilimitada sumisión hacia esta divinizada persona. Este tipo de personalidades, aparentemente carismáticas, resultan patológicamente narcisistas. Dentro de sus habituales métodos, dicho infractores estrechan

sus relaciones, privilegiadamente, hacia las figuras de autoridad, mostrándose abiertamente seductores y complacientes hacia la misma. A través del 'canto de las sirenas' obtienen la confianza y su posicionamiento con aquellas prestigiadas personalidades y, por otro lado, esta conexión de prestigio les permite ser considerados también como aquellos estrechos amigos de la 'élite'.

Posteriormente, el intruso de la conciencia se posiciona como un 'tótem' dentro del gremio. Poco a poco se va haciendo dueño de los derechos y garantías de aquellos que están a su alrededor. El intruso totémico de conciencias comienza con su megalómana obra: la construcción de un blindaje que pueda dividir el interior del exterior. El blindaje, por lo tanto, tiene como cometido el crecimiento y la delimitación de las fronteras. Esta gravísima escisión de la realidad tiene funciones ampliamente perversas. De esta manera, pretende mantener y sostener la idealización ad intra de la comunidad, que resulta un beneficio narcisista para el agresor, puesto que le concederá una permanente idealización primitiva.

Uno de los beneficios del emperador dentro de su imperio, es la adquisición de su membresía all inclusive (todo incluido) con la cual, gradualmente, van adquiriendo con poder desbordante, los derechos y garantías que pueden poner en riesgo la integridad de otras personas. Dicha membresía no establece ningún límite. El agresor no se contenta solo con

obtener la manipulación de la conciencia de sus víctimas, está dispuesto a obtener todo de ella, no alquilar una pequeña parte.

Con el paso del tiempo, las víctimas se convierten en ciudadanas del imperio del maltrato, su permanencia dentro de este espacio 'territorial' reclamará como impuesto, la permanente idealización del emperador y, por ende, la irrefutable devaluación hacia todo aquello que no sea parte de este maléfico imperio, por lo que es habitual que continuamente los agresores de conciencias trabajen no solamente por su propia idealización, y que además se empeñen por la devaluación de aquellos que son ciudadanos de la realidad.

Idealización y devaluación serán, entonces, los dos idiomas de los habitantes de dicho imperio. Así como se idealiza al 'tótem', consecuentemente, se devalúa a los forasteros. De tal manera que todo aquello que se encuentre exterior al blindaje resultará, para los habitantes de dicho imperio, amenazante. Ahora bien, en el abuso de conciencia se encuentra la escisión, la idealización primitiva y la devaluación, pero también la paranoia. Los sometidos dentro del imperio de la manipulación, pueden desarrollar como síntoma la persecución.

Las víctimas de abuso de conciencia han visto evidentemente vulnerados distintos factores fundamentales que dan estabilidad en una persona humana: realidad, relación, dialéctica y frustración. Aquellos que han vivido el rapto de su conciencia, a pesar de

tener conocimiento sobre los daños, incluso sexuales, de parte de su emperador, han elegido permanecer dentro del imperio. La destrucción de una figura idealizada primitivamente, resulta un acercamiento a la locura.

Las secuelas que pudo haber dejado el abuso de conciencia, además de los escrúpulos es una culpa patológica en las víctimas, desarrollando una inseguridad emocional y disminuyendo su auto-control. El dominio del agresor pudo haber llegado al límite donde la persona vulnerable ha perdido su capacidad decisional. En aquellas realidades tan afectadas dentro de este rubro, es posible identificar que, aunque el agresor haya muerto, el abuso resulta una deuda impagable, la conciencia se encuentra hipotecada y cada día resulta más compleja la solución. El agresor sexual resulta un dañino introyecto, un virus dentro de la conciencia del sujeto, que continuamente infecta y afecta su presente de manera presencial, y también espectral. En este tipo de abuso, los inocentes han vivido el rapto de la propia conciencia, así como su libertad para discernir y decidir.

Finalmente, se puede decir que la cuestión de abusos a menores, más allá de ser solo una crisis de la vida sexual de los sacerdotes, es también una crisis producida por el abuso de conciencia. Por esto, una vez identificadas las causas profundas de la llaga de los abusos sexuales, se podrá conocer, además, la relación esencial que guardan respecto a las complejas manipulaciones de conciencia. Estas, tomadas en su conjunto, han propiciado un contexto socio-religioso que, por una parte, favorece el desarrollo de un tipo de sacerdote que es sexual y emotivamente inmaduro.

CONCLUSIÓN

Para no pocos hombres y mujeres, en todo el mundo, la herida del abuso sexual no es una noticia sobre los periódicos, sino una fatal experiencia personal y una pésima condicionante de su futuro. Se puede decir que la violación sexual de un menor, por parte de un sacerdote, es algo parecido a un incesto, por la paternidad espiritual que este ejerce en el pueblo de Dios. Debido a esto, por encima de la cantidad, esta es la gravedad en los abusos sexuales de los que el clero es protagonista.

Que los abusos sexuales hayan podido realizarse con relativa facilidad y sin inmediatas consecuencias punitivas por algunos sacerdotes de cualquier presbiterio, no es solo un hecho aislado acaecido en algún territorio nacional o diocesano. Se trata más bien de un verificador eclesial, es decir, un parámetro que indica cómo efectivamente una cierta concepción de la Iglesia genera todas las condiciones favorables que estimulan y protegen la conducta del abuso.

Por ello, para que exista un sacerdote abusador es fundamental una Iglesia diocesana que posibilite o, al menos, tolere el abuso. Por esta situación es que los abusos sexuales no son solo un ejercicio particular del sujeto, sino también, puede ser una práctica permisiva o tolerable de la Institución. Por lo tanto, quizá no resulta fácil detectar a un potencial abusador sexual de menores, pero sí sería posible evidenciar los rasgos eclesiopáticos en un clérigo, me refiero, por ejemplo al clericalismo, la traición de la confianza, el abuso de poder o el abuso de conciencia. De modo que toda eclesiopatía es una cómplice autorización institucional para el ejercicio perverso y abusivo del clero.

El abuso, en el ambiente eclesial, genera la desprotección de la feligresía más vulnerable. Por tanto, no son solo víctimas de abuso sexual por parte de algún sacerdote, pues también son blanco de una estructura clerical con síntomas de un poder desbordante. Víctimas de espectadores silenciosos, del ocultamiento y la complicidad, los agredidos son mártires de nuestra época; mártires del poder y de la incompreensión. Los mártires de la inocencia experimentaron el rapto de ella misma, dentro del santuario de protección a la vulnerabilidad, llamada Iglesia. Muchos de ellos han vivido en el acto del abuso sexual la muerte de Dios en sus vidas. El abuso sexual de menores, por parte de un clérigo es una derrota de Dios en el seno de su propia Iglesia. Los inocentes han vivido su persecución, dentro y no fuera de la Iglesia. En este sentido, es verdad que como decía Benedicto XVI, los enemigos de la Iglesia, no están fuera de ella, sino que habitan dentro.⁶

La Iglesia no puede acallar a las víctimas, pues como ya se ha dicho, obrando así, se agravaría y prolongaría el daño infligido al menor, como bien lo advierte Cencini, el conocido experto en formación religiosa: “se produce otro abuso sobre otro abuso, una especie de colaboración en la ley del silencio, casi mafiosa, entre abusadores que ni siquiera necesitan ponerse de acuerdo pues se lanzan espontáneamente a defender a los suyos. Y una capa de silencio enorme y terrible cae sobre aquel del que se ha abusado por partida doble.”⁷

6. Cf. BENEDICTO XVI. Viaje apostólico del papa Benedicto XVI a Portugal (11-mayo-2010).

7. CENCINI, A. *¿Ha cambiado algo en la Iglesia después de los escándalos sexuales? Análisis y propuestas para la formación*, 42.

EL MOTU PROPRIO *VOS ESTIS LUX MUNDI*. DE PROMULGATIO LEGIS A RECEPTIO LEGIS

Mons. Charles J. Scicluna

*La situación de los abusos sexuales ha remecido a la Iglesia y ha puesto en movimiento un proceso de verdad, justicia y reparación a nivel mundial. Uno de los frutos ha sido la promulgación del Motu Proprio Vos estis lux mundi el año recién pasado. En este contexto, La Revista Católica pidió a Monseñor Charles J. Scicluna una mirada de conjunto del camino recorrido hasta este documento y los desafíos de su implementación. En este número publicaremos la primera parte del texto **El camino hacia Vos estis lux mundi**; y, en el número siguiente, la segunda parte: **Vos estis lux mundi y los desafíos de su recepción**.*

EL CAMINO HACIA VOS ESTIS LUX MUNDI

Cuando uno mira el Motu proprio *Vos estis lux mundi*, promulgado por el papa Francisco el 7 de mayo de 2019 con el fin de establecer normas procesales para la Iglesia para combatir el abuso sexual y asegurar que los obispos y las autoridades religiosas sean tenidas como responsables por sus acciones, uno se da cuenta de que este es en realidad un importante punto de partida más que de llegada. Sin embargo, antes de analizar este importante texto uno debe primero entender su interesante historia, así como las importantes iniciativas adoptadas en la preparación de la ley por el papa Francisco.

En marzo de 2014, el Papa tomó una decisión trascendental de ins-

tituir la Comisión Pontificia para la Protección de los Menores a través de un instrumento técnico conocido como 'quirógrafo'. Este documento abre con una importante declaración de política: "La protección efectiva de los menores y un compromiso en asegurar el desarrollo humano y espiritual en armonía con la dignidad de la persona humana son partes integrales del mensaje evangélico que la Iglesia y todos los fieles están llamados a diseminar por el mundo. Muchas acciones dolorosas han dado pie a un examen profundo de conciencia para toda la Iglesia, llevándonos a pedir el perdón de las víctimas y de nuestra sociedad por el daño que ha sido causado. Esta respuesta a estas acciones es el firme comienzo para iniciativas de diferentes

tipos que apuntan a reparar el daño, a lograr justicia y a prevenir por todos los medios posibles la recurrencia de incidentes similares en el futuro".

El quirógrafo fue la manera en que el Papa puso de manera permanente la protección de los menores en la agenda de la Iglesia. Pero también lo siguió con un número de declaraciones adicionales que son parte integral de su magisterio sobre la protección de los menores. Esto se ha desarrollado de dos maneras: la primera establece la cuestión de protección, la que es ahora la responsabilidad de quienes lideran la Iglesia no solo en términos de jurisdicción sino que también cuando se trata de responsabilidad; mientras que la segunda, aún en etapa embrionaria, busca abordar la manera en que debemos

atender a los adultos vulnerables.

El papa Francisco buscó impulsar este tema tan importante en un Motu proprio emitido el 4 de junio de 2016 titulado *Come una madre amorevole* (Como una madre amorosa). Esta ley buscaba esencialmente alentar a las comunidades a revelar a la Santa Sede casos donde los líderes de la Iglesia hubiesen sido negligentes o hubiesen fallado en su trabajo. Acá no nos estamos refiriendo a la responsabilidad penal, sino que a una falla –o incapacidad– de un obispo de hacer lo que se requiere de él en circunstancias muy específicas. El Papa estaba básicamente buscando alentar a las comunidades a dar un paso al frente y decir: ‘escuchen, nuestro obispo puede ser muy santo, puede ser muy prudente, también puede ser un buen candidato a la canonización, pero es incapaz de cumplir en cuestiones relacionadas con la protección de los menores o en cuestiones de liderazgo y cuidado’.

Yo participé de un número de iniciativas a nivel de la Secretaría de Estado que apuntaban a desarrollar reglas y regulaciones para la aplicación de *Come una madre amorevole*. Sin embargo, pregúntenle a cualquiera qué pasó con esta y muy probablemente solo encuentren rostros inexpresivos. Nos estrellamos contra un muro, ya que, aunque la ley estaba en la legislación, por así decirlo, jamás fue invocada, poniendo su receptio legis en duda. Desafortunadamente

era tan revolucionaria que terminó siendo congelada. Así, cuando la gente luego se quejaba de la negligencia del obispo, la Santa Sede buscaba maneras y reparaciones diferentes a las sugeridas en *Come una madre amorevole*.

No fue este el único documento bajo el Magisterio del Papa en pasar desapercibido. El Papa ya había publicado una carta en la celebración de los Santos Inocentes –el 28 de diciembre de 2016, cuando la gente aún parecía atrapada en los excesos de la temporada festiva– en la que llamaba a los obispos a salvaguardar la inocencia de los niños. En esta carta el Papa hacía una comparación entre los mártires inocentes asesinados por Herodes en el momento del nacimiento de Jesús y las nuevas víctimas de tantos Herodes modernos. Citaba estadísticas mostrando que, debido a situaciones de emergencia y crisis prolongadas, 75 millones de niños habían tenido que interrumpir su educación. Además, el 68% de las víctimas de explotación sexual eran menores, y un tercio de quienes no estaban viviendo en su país natal habían sido desplazados a la fuerza. Estas cifras también mostraban que vivimos en un mundo en el que casi la mitad de los niños que morían antes de los cinco años, lo hacían de desnutrición, y se calculaba además que habían 150 millones de niños trabajadores, muchos de los cuales vivían en condiciones de esclavitud.

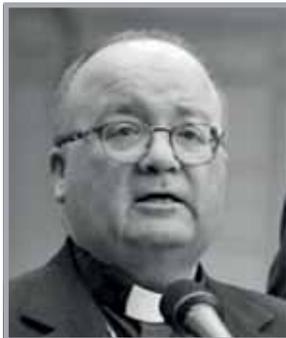
El Papa también citaba un informe de UNICEF en el que se afirmaba que, a menos que la situación mundial cambie, para 2030 cerca de 16 millones de niños no habrán recibido educación básica, mientras que 167 millones estarán viviendo en la pobreza extrema y 69 millones de menores de cinco años habrán muerto.

Y agregaba el Papa:

Nosotros escuchamos a estos niños y sus gritos de dolor. También escuchamos el llanto de la Iglesia, nuestra Madre, quien llora no solamente por el dolor causado a sus hijos e hijas más jóvenes, sino que también porque reconoce los pecados de algunos de sus miembros, los sufrimientos, las experiencias y el dolor de menores que fueron sexualmente abusados por sacerdotes. Este es un pecado que nos avergüenza. Las personas responsables de la protección de esos niños destruyeron su dignidad. Nos arrepentimos profundamente de esto y rogamos perdón. Nos unimos en el dolor de las víctimas y nos congojamos por el pecado, el pecado de lo que sucedió, el pecado de no haber ayudado, el pecado del encubrimiento y la negación, el pecado del abuso del poder.

Así que acá estaba el papa Francisco, en su estilo característico, poniendo su dedo en las llagas abiertas de la Iglesia y llamando al pecado –así como a este crimen– por su nombre.

El Papa estaba básicamente buscando alentar a las comunidades a dar un paso al frente y decir: ‘escuchen, nuestro obispo puede ser muy santo, puede ser muy prudente, también puede ser un buen candidato a la canonización, pero es incapaz de cumplir en cuestiones relacionadas con la protección de los menores o en cuestiones de liderazgo y cuidado’.



Sacudido por la fría recepción que tuvo durante su visita a Chile en medio de acusaciones de inacción en torno a las denuncias de abuso hechas en contra del clero chileno, el Papa buscó obtener una mejor comprensión de lo que había sucedido y envió a una pequeña delegación –de la que formé parte– en una misión de investigación.

En un magisterio posterior desarrolló aún más estos temas en su búsqueda para presentar y encontrar soluciones.

En 2018, sin embargo, la Iglesia se vio forzada a atravesar un duro proceso de aprendizaje. Sacudido por la fría recepción que tuvo durante su visita a Chile en medio de acusaciones de inacción en torno a las denuncias de abuso hechas en contra del clero chileno, el Papa buscó obtener una mejor comprensión de lo que había sucedido y envió a una pequeña delegación –de la que formé parte– en una misión de investigación. Al leer el posterior informe, el Papa observó la situación desde una perspectiva diferente y sin demora llamó a los obispos chilenos a Roma para una reunión que fue seguida de dos cartas separadas: una dirigida a ellos y otra a la nación chilena. Luego de la renuncia colectiva de los obispos, el Papa nuevamente envió delegados personales para pedir perdón en su nombre antes de dirigirse a toda la Iglesia en su Carta al Pueblo de Dios, publicada el 31 de mayo de ese año. Esto le permitió continuar con sus reflexiones en torno a este tema y a seguir desarrollando el concepto de solidaridad; “Si un miembro sufre,” dijo, citando un pasaje de San Pablo 1 Corintios 12,26, “todos sufren con él”.

La carta continuaba:

Es esencial que nosotros, como Iglesia, seamos capaces de admitir y condenar la tristeza y la vergüenza de las atrocidades perpetradas por personas consagradas, clérigos y todos aquellos a quienes se les confió la misión de vigilar y preocuparse por los más vulnerables. Pidamos perdón por nuestros pecados y por los pecados de otros. Una conciencia del pecado nos ayuda a admitir los errores, los crímenes y las heridas causadas en el pasado y nos permite ahora en el presente estar más abiertos y comprometidos en el viaje de conversión renovada.

El Papa, no como alguien que solamente mira y apunta a las llagas de la Iglesia, también pidió por un número de dones, porque él es el primero en creer que en Jesús Cristo uno también encuentra el remedio. “Que crezcamos en el don de la compasión y la justicia, la prevención y reparación”, dijo, reiterando los valores que, hasta cierto punto, se convirtieron en la columna vertebral de la nueva legislación.

Este fue el preludio a un momento muy importante en el desarrollo de *Vos estis lux mundi*, cuando tomó la lúcida decisión de convocar a los

representantes de cada conferencia episcopal en todo el mundo a un encuentro histórico en torno al tema del abuso que se realizaría en febrero de 2019. Sin embargo, no se detuvo ahí, ya que el Papa se había dado cuenta a través de su propia experiencia de que nada puede reemplazar la interacción directa –efectivamente reuniéndose con y escuchando a aquellos que habían sido abusados– pidió a todos los asistentes, a modo de preparación, que se reunieran con las víctimas en sus respectivas diócesis antes de viajar a Roma.

Un obispo puede leer acerca de un caso, pero no lo entenderá hasta que enfrente a un ser humano sufriente en carne propia. Pocos adjetivos pueden describir el dolor, la vergüenza, la rabia, frustración y compasión que uno siente en estas situaciones, porque lo primero que sucede cuando te encuentras con una víctima es que te conviertes en un pararrayos de la rabia pura que se dirige hacia ti. Esta es, por supuesto, una situación extremadamente difícil de manejar. De hecho, piensas: ‘¿Por qué me siento de esta manera? Yo no he hecho nada malo.’ Sin embargo, pronto te das cuenta de que te encuentras en una posición muy privilegiada porque estás frente a Jesús Cristo crucificado en todo el terror de la crucifixión, tal como su

Un obispo puede leer acerca de un caso, pero no lo entenderá hasta que enfrente a un ser humano sufriente en carne propia. Pocos adjetivos pueden describir el dolor, la vergüenza, la rabia, frustración y compasión que uno siente en estas situaciones.

madre, al pie de la cruz, lo vio a Él. Así es, no es nada fácil y es ciertamente muy agotador, pero aún así es un enorme privilegio. Y sin embargo es uno que muchos obispos no han presenciado.

El encuentro de Roma, que resultó ser un momento muy importante para todos los involucrados, estuvo dedicado a tres temas principales: responsabilidad, rendición de cuentas y transparencia. Hacia el final del encuentro el papa Francisco dio un discurso principal desde una perspectiva muy amplia que no se enfocaba solamente en el fenómeno del abuso o en las faltas dentro de la Iglesia, sino que lo presentó dentro del contexto mayor de lo que está sucediendo en el resto del mundo. Algunos críticos acusaron al Santo Padre de evitar el tema, cuando en realidad presentó ocho puntos en la política de la Iglesia que establecieron los fundamentos para la legislación que se hizo realidad cinco meses después: 'la protección de los niños', 'seriedad intachable', 'purificación genuina', 'formación', 'fortalecimiento y revi-

sión de directrices por las conferencias episcopales', 'acompañamiento a aquellos que han sido abusados' y 'mundo digital y turismo sexual'.

Solamente cuando uno examina estos puntos es que puede entender de dónde surge *Vos estis lux mundi*, porque es el medio a través del cual el Papa transformó su determinación y clara política en ley universal. Cuando uno habla acerca del receptio, uno necesita entender el contexto que originó la motivación, lo que los latinos llaman la *rationabilitas* de la ley: la razonabilidad de lo que el Papa nos pide hacer. Esta ley no fue creada en un vacío, sino que abarca el sufrimiento extremo sentido por las víctimas de todo el mundo junto con una conciencia de la responsabilidad que nos concierne a todos nosotros para ofrecer una respuesta adecuada, y hacer lo que es correcto. Sin embargo, también hubo un contexto inmediato: el día después de la conferencia de febrero, un grupo de trabajo compuesto por expertos y miembros de la Curia Romana comenzaron a sostener reuniones de seguimiento

regulares con el fin de tratar y asegurar que las palabras se convirtieran en acciones.

Hasta cierto punto, *Vos estis lux mundi* es el componente legislativo de la respuesta de la Iglesia. Las leyes son necesarias, no hay duda, ya que sirven como instrumentos de política y estructuras para el comportamiento. Pero sería ingenuo pensar que las leyes por sí mismas resuelven nuestros problemas. Debemos ir más allá de la ley para alcanzar nuestro objetivo global; para hacerlo bien. En este sentido, el Papa –en sus diferentes roles como soberano del Estado de la Ciudad del Vaticano, pastor del pueblo bajo el cuidado de la Curia Romana y de las nunciaturas, y Vicariato de la Ciudad del Vaticano– tomó una serie de decisiones vitales, que tuvieron como resultado tres documentos publicados el 26 de marzo de 2019: Ley estatal 297 de la Ciudad del Vaticano acerca de la protección de menores y adultos vulnerables; un *Motu Proprio* (ley con jurisdicción universal) acerca de la protección de menores y personas vulnerables; y directrices para la protección de niños y personas vulnerables.

Estos son documentos importantes ya que entregan definiciones esenciales para las disposiciones de *Vos estis lux mundi*. Además, la Ley 297 cita convenciones internacionales a las cuales la Santa Sede ha suscrito y es una prueba clara de que *Vos estis lux mundi* no solo mira

Esta ley no fue creada en un vacío, sino que abarca el sufrimiento extremo sentido por las víctimas de todo el mundo junto con una conciencia de la responsabilidad que nos concierne a todos nosotros para ofrecer una respuesta adecuada, y hacer lo que es correcto.

Vos estis lux mundi no solo mira los aspectos pastorales de la protección de menores, sino que también alinea a la Iglesia con estándares internacionales sobre la protección de menores [...] Las directrices para la protección de los niños y las personas vulnerables habían sido prometidas desde hace varios años y pueden haber tardado en llegar, pero el hecho de que finalmente hayan visto la luz del día es sin duda una excelente noticia.

los aspectos pastorales de la protección de menores, sino que también alinea a la Iglesia con estándares internacionales sobre la protección de menores. De hecho, la Ley 297 se refiere a la Convención sobre los Derechos del Niño, ratificada en 1990 por los estados miembros de la ONU y por la Santa Sede, en nombre del Estado de la Ciudad del Vaticano, y al protocolo opcional sobre la venta de niños, la prostitución infantil y la pornografía infantil ratificado dos años más tarde.

De aquí es de donde, por ejemplo, obtenemos nuestro concepto de 'persona vulnerable', quien es considerado equivalente a un menor y ha sido por primera vez definido en un documento papal: "Una persona es vulnerable cuando está en un estado de enfermedad, o de deficiencia física o mental, o privada de libertad personal lo que, de hecho, y aunque sea ocasionalmente, limita su habilidad para entender, o querer o de otra manera resistirse a la ofensa". Es importante también notar que una persona sigue siendo menor hasta los 18 años y esto ahora también se aplica a la pornografía infantil.

Algunos podrán preguntar: si la Iglesia ya cuenta con una ley para el Estado de la Ciudad del Vaticano, ¿qué propósito tiene el Motu Proprio emitido en la misma fecha? Dicho de forma simple: extiende la jurisdicción

del Estado de la Ciudad del Vaticano a sus ciudadanos, residentes y funcionarios públicos que están en otros territorios, lo que significa que los legados papales y el personal diplomático de la Santa Sede están sujetos a la legislación penal del Estado de la Ciudad del Vaticano independientemente de su lugar de residencia. Para propósitos de esta importante ley, a la que la Ley 297 también se aplica, los funcionarios públicos se definen como los miembros, funcionarios y el personal de los varios órganos de la Curia Romana y de las instituciones conectadas a ella.

El Motu Proprio se aplica por lo tanto a quienes actúan como representantes, administradores o directores así como a personas que, incluso si lo hacen de facto, administran o controlan las entidades directamente dependientes de la Santa Sede y que aparecen en la lista del registro de personas jurídicas canónicas que para tal efecto mantiene el Governato del Estado de la Ciudad del Vaticano; así como a cualquier otra persona que sea titular de un mandato tradicional o administrativo en la Santa Sede, ya sea permanente o temporal, remunerado o no, independientemente de la antigüedad del individuo. Así, lo que el Papa está básicamente diciendo es lo siguiente: 'Miren, quiero esta ley para mi Estado como soberano pero la voy a exten-

der también a instituciones que están estrechamente conectadas a mi ministerio en todo el mundo'.

Las directrices para la protección de los niños y las personas vulnerables habían sido prometidas desde hace varios años y pueden haber tardado en llegar, pero el hecho de que finalmente hayan visto la luz del día es sin duda una excelente noticia. Para el Estado de la Ciudad del Vaticano, estas directrices establecieron una persona responsable para la protección de los menores y entregaron indicadores para: los trabajadores pastorales, actividades pastorales, consentimiento informado de padres o cuidadores, el tratamiento de los informes de presunta explotación, el abuso sexual o maltrato.

Es importante también entender que llegamos al *Vos estis lux mundi* porque el Papa quería hacer extensivo a la Iglesia universal lo que el 26 de marzo de 2019 había decidido que se aplicaría al Estado de la Ciudad del Vaticano, al personal de la Santa Sede alrededor del mundo y a la experiencia y cuidado pastoral del Estado de la Ciudad del Vaticano. Además, uno debe apreciar que las definiciones no están necesariamente conectadas a la tradición del derecho canónico, sino que también se derivan directamente del derecho internacional y de los compromisos realizados a nivel internacional por la Santa Sede.

DEL ABUSO A LA CONFIANZA LÚCIDA

ENTREVISTA A JOSÉ ANDRÉS MURILLO

Por Marcelo Alarcón Á.

Autor de libro Confianza lúcida, Filósofo y Director Ejecutivo de la Fundación para la confianza, José Andrés Murillo ha recorrido un camino que incluyó el lamentable abuso por parte del sacerdote Fernando Karadima. Hoy es un actor relevante en la promoción de una cultura no abusiva. Entrevistado por la revista, nos ayuda a reconocer diversos aspectos del contexto abusivo, extraer aprendizajes y asumir el desafío de promover ambientes saludables a partir de una confianza lúcida.

¿Qué te motivó a los 16 años a vincularte a la parroquia Los Castaños?

Como muchos adolescentes, creo que tenía un anhelo fuerte de sentido. De tener una vida repleta de sentido. Quería llevar mi existencia, que sentía tan pasajera, a algo que valiera la pena. Por eso buscaba y buscaba. La parroquia Los Castaños fue un poco circunstancial. Podría haber sido cualquier parroquia o movimiento religioso o político. Podría haber caído en una secta pura y dura. Pero ahí había ambiente, calidez humana y cosas que hacer. Me vinculé rápidamente con el Hogar de Cristo, que era donde me sentía mejor. Me sentía útil y mi corazón se llenaba de sentido.

En el libro *Abuso y poder* dices “El cura Lira se dio cuenta de que yo tenía una importante sensibilidad espiritual y era ingenuo, materiales básicos para lo que él llamaba

dirección espiritual” (p. 50). Luego te integraste a un grupo al que hoy describes como “secta”, y donde “lo fundamental era obedecer”. ¿Qué características personales y del contexto crees que favorecieron una situación de abuso?, y ¿qué podríamos aprender todos, especialmente las personas más vulnerables, de esta experiencia?

Me parece que todos somos vulnerables en ciertos contextos, especialmente los contextos afectivamente significativos, y más aún los religiosos. El poder de una persona es el correlato a la fragilidad de otros u otras que se exponen y se vuelven vulnerables. La asimetría de poder entre un adolescente con anhelo espiritual en un contexto religioso y un líder espiritual como un sacerdote, es infinito. La distancia que sentía entre mi proyecto personal y Dios era infinito y un sacerdote podía influir para bien o

para mal. Yo sentí que mi vida se fragmentaba con la influencia de Lira.

Una influencia que integra sería una influencia que podría llamar ‘buena’. Creo que esa es la gran diferencia. La asimetría de poder es una realidad que existe. No se puede eliminar. La diferencia está en si quien tiene más poder lo utiliza para ayudar a la integración psicológica, social, espiritual, afectiva de una persona, o para la fragmentación. El poder patológico fragmenta. El poder sano, integra.

Hay un cierto patrón o modus operandi del abusador, ¿podrías describirlo brevemente?

Lo importante es que el abuso es astuto. No es la fuerza porque la fuerza es burda, evidente, fácil de detectar. El abuso rompe las defensas críticas, pervierte la normalidad y logra hacer pasar por normales conductas trans-



Si quita libertad, aísla o fragmenta, hay que tener ojo. Si genera reconocimiento, validación, libertad, pensamiento crítico, integración afectiva o espiritual, está bien.

gresoras, poco a poco. Se aprovecha de la vulnerabilidad en que una persona se encuentra por la necesidad de cariño, ternura, anhelo espiritual, pertenencia, protección, y saca partido para sí. Aísla, fragmenta, somete a una persona con astucias que van cambiando.

Lo importante es reconocer los efectos. Si quita libertad, aísla o fragmenta, hay que tener ojo. Si genera reconocimiento, validación, libertad, pensamiento crítico, integración afectiva o espiritual, está bien. Y eso se da en contextos. Hay contextos abusivos que hacen pasar por normales actos abusivos. Los actos abusivos son inaceptables en contextos sanos. Por eso es tan importante hablar acerca de los contextos en las comunidades. Los ambientes, las culturas organizacionales.

En el mismo libro comentas que llegaste a “tener pesadillas con el infierno y con la vida fracasada y sin sentido” (p. 53). ¿Qué rol jugó el aspecto religioso en la experiencia de manipulación que viviste?

Un aspecto totalizante. Me demoré muchos años en deshacerme del Dios que me había sido impuesto en la cultura Karadima. Un Dios que, en lugar de integrar mi vida, competía con ella. Un amigo jesuita me ayudó mucho en comprender esa visión patológica con la que yo vivía. Cuando

me dijo que Dios no competía con mi vida fue como una revelación. Me permitió dejar de creer en ese Dios. Poco a poco fui adoptando una visión espiritual más amplia y menos personificada de lo divino.

Poniéndonos en la situación de una víctima, ¿qué hace que ella, de alguna forma, acceda a esa plataforma de manipulación o le sea difícil salir? Te lo pregunto recordando tu afirmación “a Karadima le fue fácil someterme” (p. 53).

Creo que hay que pensar en contextos de vulnerabilidad más que en personas vulnerables, porque todos somos vulnerables cuando nos encontramos en contextos de vulnerabilidad. Espero explicarme. Un contexto religioso donde todos te dicen que Dios te puede enviar al infierno si no le haces caso a tu director espiritual, y nadie lo cuestiona, nadie le ‘desobedece’ impunemente, como veía que ocurría en el Bosque, es de alto riesgo. Es vulneratorio para todos los que se encuentran ahí.

No hay que pensar en personas ‘abusables’ sino en contextos abusivos. Si no, sería casi como responsabilizar a las víctimas de ser víctimas. Claro que hay personas más frágiles, pero por lo general esas fragilidades son fortalezas en ambientes sanos.

Respecto de una situación puntual

dices en el libro “Me fui angustiado, vacío y en silencio, embargado por una rabia sorda que no me permitía entender nada de lo que había vivido. Menos aún ponerle nombre al abuso” (p. 55). Quienes no comprenden el fenómeno del abuso suelen criticar a las víctimas por la demora en las denuncias. ¿Cómo se da en la víctima el proceso de reconocimiento o consciencia que lo hace pasar de “el problema era yo” (como dices en la p. 56) a la consciencia de haber sido abusado?

Es un proceso muy difícil el de salir de la situación de confusión en la que te deja un abuso, especialmente cuando no ha habido fuerza física sino manipulación. Ese proceso generalmente se da gracias a una crisis interna que te lanza de cara a ese momento. Y esa crisis puede tener lugar días, semanas o años después del evento o proceso abusivo.

En mi caso fue en una experiencia durante mi paso por el noviciado jesuita. Lo que yo creía que era divinidad me dejó de sostener y experimenté una crisis existencial profunda. Fue dolorosa pero también me permitió darme cuenta de lo que había vivido, y logré ponerle nombre. A pesar de que los jesuitas tampoco son un contexto totalmente sano, sino que estaba lleno de manipulaciones psicológicas, yo logré aislarme en mi propio proceso y gracias a un par de

amigos fui reconstruyendo mi biografía que estaba muy herida. Parte de esa reconstrucción fue darme cuenta de que había vivido abuso.

¿Cómo y cuándo te das cuenta de que el abuso es un problema real y extendido en la Iglesia y la sociedad?

Cuando muchas personas comienzan a acercarse a nosotros, cuando se hace público el caso Karadima, y nos cuentan que fueron víctimas. Era impresionante la cantidad. Y no éramos capaces de acoger a todas las personas, ni escucharlas debidamente, ni darles respuesta. Estábamos heridos por lo que estábamos viviendo y teníamos que actuar al mismo tiempo.

En el año 2010 tú, James Hamilton, Juan Carlos Cruz, con el apoyo de Juan Pablo Hermosilla crean la Fundación para la Confianza. ¿Cuál es su propósito?

Promover la dignidad de las personas. En especial, los derechos de los niños. Generar espacios de confianza lúcida para prevenir abuso y violencia, detectarlos, intervenir ética y oportunamente y acompañar a personas que han sido víctimas. Por eso trabajamos con colegios, comunidades, familias. Fortalecer los contextos sanos es promover los derechos y la dignidad.

¿Cómo se acompaña o ayuda a una víctima de abuso? ¿Qué aspectos son relevantes en el acompañamiento? ¿Cuál es la experiencia recogida en la fundación?

Lo primero es generar un espacio donde la confianza sea posible. Lo que no es fácil. De ahí creer y hacer gestos de validación o reconocimiento de la historia de sufrimiento de alguien. No es lástima, sino reconocimiento. Es fundamental esto. Luego,

generar acciones. Porque reconocer es también actuar. Es una traición decirle a alguien que le creo y luego no hacer nada por buscar justicia. En eso la Iglesia ha fallado muchas veces. No solo debe creer sino actuar. El amor está en las obras, decía Ignacio de Loyola. No en las palabras.

La fundación que diriges acaba de terminar un Diplomado en abuso en el que participaron personas del Arzobispado incluyendo al obispo Cristian Roncagliolo. ¿Cómo valoras esa iniciativa de la Iglesia de formar a estas personas? y ¿qué significó para ti capacitar a personas de la institución con la que tuviste que luchar para conseguir justicia?

Reconozco que no fue fácil porque durante mucho tiempo desde la Iglesia nos han hecho sentir sus enemigos por luchar en contra del abuso. Eso lo conversé muchas veces con Barbara Blaine, fundadora de SNAP en EEUU. Era profundamente católica y luchaba con la misma fe en contra del abuso sexual clerical. La consideraban una enemiga de la Iglesia y eso le dolía, pero estaba convencida de que su fe se jugaba en la justicia. Y la justicia implicaba llevar a tribunales a todo religioso o religiosa, del rango que fuera, por abuso y por encubrimiento de este abuso.

En tu trabajo de tesis de doctorado en filosofía política en París te preguntas cómo hablar de abuso sin caer en lógicas paranoides, vengativas y violentas. ¿Cómo respondiste a ese dilema? ¿Se puede luchar contra el abuso y al mismo tiempo vivir en la confianza?

En mi tesis doctoral no logré superar el dilema entre la seguridad paranoide y la libertad. Creo que logré la tercera vía con la confianza lúcida, un libro cortito que resume mucho de lo

que habría querido decir en mi tesis.

¿En qué consiste lo que has llamado “confianza lúcida”?

La confianza lúcida es, nuevamente, un contexto, un ambiente que hace posible las relaciones sanas. La lucidez, más que una característica de las personas es del contexto. Es la luz, la transparencia, la claridad en las comunidades. Y esto se entiende mejor en contraste, que es la ambigüedad,



la opacidad de las relaciones, la turbiedad en los comentarios, en especial, la turbiedad o falta de claridad y transparencia de las jerarquías, es decir, de quienes tienen más poder.

Sabemos que estás distanciado de la Iglesia católica, al menos de la práctica. Pero, cómo crees tú que podría la Iglesia mejorar para evitar situaciones de abuso y ser un lugar que favorezca la confianza.

Creo que tomarse en serio un cuestionamiento profundo de las lógicas de poder debería entregar una Iglesia totalmente diferente. Estoy seguro de que el rol de los laicos debe ser completamente diferente. Lo mismo de las mujeres. De hecho, la diferencia casi ontológica que se hace de los laicos y los consagrados me parece absurda. Las mujeres debieran tener las mismas responsabilidades que los hombres a todo nivel. El rol del cui-

dado debe ser compartido como humanidad. No estamos en tiempos de reservar puestos solo para hombres. No resiste mucho análisis de ningún tipo. Y si una teología quiere fundamentarlo, entonces es una teología que vulnera derechos, y se vuelve, al menos para mí, violenta. Lo violento hace absurdo el relato de lo divino. Lo ha sido ya demasiadas veces como para que se vuelvan a quedar de brazos cruzados.

ABUSO DE PODER

APRENDIZAJES Y DESAFÍOS

Andrea Idalsoaga M., Delegada Episcopal para la Verdad y la Paz

En septiembre se cumplirán dos años de la creación de la Delegación Episcopal para la Verdad y la Paz, institución del Arzobispado de Santiago que se ocupa de las denuncias de abusos, el acompañamiento de las víctimas y la promoción de ambientes sanos. Andrea Idalsoaga, su Delegada, nos ayuda a visualizar fortalezas y desafíos en la lucha por una cultura eclesial del buen trato que disminuya el riesgo de conductas abusivas.

PODER, SERVICIO Y BUEN TRATO

Todo en la Iglesia es misión. No se le puede concebir de otro modo. El Hijo es enviado por el Padre para nuestra salvación y es constituido sacerdote, profeta y rey. De allí emanan las tres funciones de la Iglesia: santificar, enseñar y regir. Todos los bautizados participamos de esta misión según nuestro propio estado de vida. Sin embargo, por el sacramento del Orden, algunos fieles son consagrados para servir con peculiar título al Pueblo de Dios.¹ En virtud del sacramento reciben la potestad o poder de régimen para regir a los fieles en la Iglesia, en orden a que consigan su fin sobrenatural. Dicho poder nunca debe ser entendido como un honor o dignidad, sino siempre como un servicio, a imagen de Cristo Rey que sirve desde la cruz, entregándose completamente por amor a cada uno nosotros.

Ese poder se ha usado para el anuncio del Evangelio, pero triste-

mente también en contra de su naturaleza fraterna y de servicio, llegando incluso a constituir faltas graves, delitos y pecados. Desde la Delegación para la Verdad y la Paz, como un médico forense ante las denuncias y delitos investigados, visualizamos lo que creemos necesario fortalecer y mejorar en nuestra Iglesia de Santiago y en la legislación universal para evitar que conductas de poder abusivas se repitan. No solo las hemos visto en algunos sacerdotes, sino también en diáconos, religiosos(as) y laicos(as), quienes ejercen en las comunidades un poder contrario al Evangelio. Incluso, en muchos lugares ciertos cargos se perpetúan, por 'amor al poder'.

Por eso, estamos trabajando fuertemente para fortalecer las prácticas de *buen trato* dentro de nuestras comunidades, las que se inician con el reconocimiento de la persona como un 'legítimo otro', llevando así a la práctica el mandamiento nuevo del Señor: "Ámense los unos a los otros

como yo los he amado. En esto conocerán todos que son mis discípulos" (Jn 13,34-35). También constatamos la importancia de la formación en todos los estados de vida, del autococonocimiento y la conciencia de los propios límites, de la madurez afectiva, entre otros temas. Asimismo, hemos iniciado caminos de acompañamiento a comunidades heridas, donde vemos graves problemas de comunicación y de resolución de conflictos.

ABUSOS DE PODER

Sin embargo, el gran desafío que vemos es un tipo de abuso de poder que ha calado hondo en nuestra Iglesia de Santiago y ha dañado profundamente a personas, el 'abuso de conciencia'. El delito de "Abuso de poder o de potestad", tipificado en el canon 1389,1 del Código de Derecho Canónico es la norma genérica

1. Cf. CIC, 1009; 129.



En nuestra experiencia, el daño que causa [el abuso de conciencia] es muy profundo y **afecta a lo más sagrado, que es la propia persona que se quiebra internamente** y se ve afectada en su relación personal con Dios.



Desde la Delegación para la Verdad y la Paz, como un médico forense ante las denuncias y delitos investigados, **visualizamos lo que creemos necesario fortalecer y mejorar en nuestra Iglesia** de Santiago y en la legislación universal para evitar que conductas de poder abusivas se repitan.

que se sanciona a quien, investido de autoridad por detentar un oficio eclesiástico, realiza un acto u omisión, en busca de fines fuera del ordenamiento canónico, normalmente los de su propio beneficio. Especies de este delito de Abuso de poder son, entre otros: a) el *encubrimiento*, tipificado por primera vez en el Motu Proprio *Vos estis lux mundi*; y, b) el *abuso de conciencia*.

La tipificación del encubrimiento antes referida da cuenta, a juicio de esta Delegación, de la necesidad de definir también el abuso de conciencia como un delito particular, pues en nuestra experiencia, el daño que causa es muy profundo y afecta a lo más sagrado, que es la propia persona que se quiebra internamente y se ve afectada en su relación personal con Dios. No hemos aún sopesado dicho abuso en la dimensión que se requiere, para enfrentarlo a cabalidad; más aún al comprobar que la gran mayoría, sino todos los abusos sexuales cometidos en la Iglesia de Santiago,² han ocurrido con un previo abuso de conciencia. La principal dificultad para asumirlo se explica en el temor, toda vez que el abuso se presenta mayormente en la dirección o acompañamiento espiritual³ o la Confesión. Es decir, en dos instrumentos, uno de los cuales es signo y realidad de la misericordia de Dios, que son experiencias preciosas y propias del crecimiento y maduración espiritual,

las que, mal ejercidas, pueden convertirse en herramientas de dominación de la conciencia del otro.

Ante el dolor y daño de algún miembro del cuerpo místico de Cristo, es un imperativo moral, jurídico y evangélico afrontar este complejo problema eclesial, sabiendo que contamos con el auxilio del Espíritu y el amor que nos une en Él.

EL ABUSO DE CONCIENCIA

La filosofía considera que la conciencia es la facultad humana para decidir acciones y hacerse responsable de las consecuencias de acuerdo a la concepción del bien y del mal. El abuso de conciencia consiste entonces en conquistar, controlar y dominar la conciencia de la víctima de manera sistemática, de modo que, creyendo la persona actuar moralmente, lo hace según los intereses y las orientaciones del manipulador. Este busca su propio beneficio disfrazándolo de un bien para su discípulo, a quien, en definitiva, se le niega la posibilidad de actuar libremente. El objetivo del agresor es la dependencia del otro(a), quien en definitiva pasa a ser un objeto para el abusador. Este abuso, por tanto, implica en la víctima una pérdida de la libertad, confusión y enajenación de sí mismo y de la experiencia con otros. Otro decide por ella.⁴

En su presentación típica, el abuso de conciencia se produce en un proceso en que la víctima no puede,

a posteriori, determinar cuándo comenzó. Se inicia con la seducción, la conquista, haciendo sentir importante o exclusiva a la persona, con regalos o reconocimientos y privilegios. El agresor aparece como el enviado de Dios o “el cura choro”, con el que se puede hablar de todo y con cualquier lenguaje. Luego, el abusador va aislando a su víctima, le exige estar más tiempo con él o le muestra que su familia no lo quiere, generando así una dependencia afectiva hacia él. Los amigos de la víctima no son tan importantes como lo que Dios le pide. Esto va generando una gran confusión en el abusado(a), llegando a perder su libertad, despersonalizándose. La víctima que es capaz de “despertar” durante el proceso de abuso e intentar salir de la sumisión, es castigada por la traición, incluso denostada públicamente. El abusado es el disidente, el que ya no pertenece al grupo, ‘el peligroso’. El temor a quedarse solo y sin redes de apoyo o la vergüenza, muchas veces hacen

2. Puede ser cometido no solo por clérigos, sino también por religiosas, religiosos, laicas y laicos a cargo de otros fieles.

3. Es importante el cambio de nombre a “acompañamiento”, porque genera una nueva realidad, pero junto con él debe ir siempre unido a la libertad del acompañado.

4. Consejo Nacional de Prevención de Abusos de la CECH. Algunos elementos del Abuso y la manipulación de conciencia <http://www.prevenccion-formacion.cl/docs/ABUSO_DE_CONCIENCIA_25.4.2018.pdf> [consultado: 21-05-2020].

desistir a la víctima de ese despertar; ‘más vale seguir así’. La situación empeora si el abusado depende económicamente del abusador.

Por su parte, el agresor es, normalmente, una persona con poca o nula empatía. Puede sufrir un trastorno narcisista a la base, es decir, tiene una baja autoestima que ‘supera’ con la dominación del otro,⁵ por lo que, en general, su conducta se repetirá con más de una persona, pero basta que se traspase los límites de una sola de ellas, para que se configure el abuso de conciencia. Entonces, pareciera ser que el *Trastorno de Personalidad Narcisista*,⁶ que se distingue de la posesión de algunos rasgos de dicha personalidad, es un factor relevante para tener en cuenta en la prevención de este tipo de conductas abusivas, por ejemplo, en la selección de candidatos al sacerdocio o al diaconado.

La víctima, por su parte, simplemente se encontraba en el momento equivocado frente a un agresor. En nuestra sociedad tendemos a ‘culparla’, porque ‘cayó’ en la dinámica abusiva, sin embargo, la víctima nunca es culpable, ya que la fragilidad es propia a nuestra condición humana y todos nos hemos encontrado en momentos de debilidad y es cuando en mayor medida buscamos consuelo en el amor de Dios representado en quien nos acompaña espiritualmente. La condición vulnerable y la total inocencia de la víctima se agrava si tiene, además, una identidad frágil, depresión, tendencia a la dependencia afectiva u otra. Desnudamos el alma a quien acudimos en esos estados de mayor vulnerabilidad, le

El objetivo del agresor es la dependencia del otro(a), quien pasa a ser un objeto para el abusador. Este abuso implica en la víctima una pérdida de la libertad, confusión y enajenación de sí mismo y de la experiencia con otros.

confiamos nuestros más profundos secretos, porque creemos que encarna a Cristo mismo, más aún en el sacramento de la Confesión. ¡Es un encuentro Sagrado! Por tanto, la responsabilidad de quien acompaña a esa persona o la confiesa, es demasiado grande, ¡inmensa!, y se le exige el total respeto por toda su persona y su libertad. Esto reclama la necesidad de que todos nos formemos adecuadamente, para vivir y ser acompañados en libertad, por el hecho de haber sido creados a imagen y semejanza de Dios, donde en nuestro camino de fe y “nuestra libertad será proporcional al amor y a la confianza filial que nos unan a nuestro Padre del Cielo”.⁷ De ahí la gravedad del abuso de conciencia.

La experiencia del daño –en latín *damnum*– encuentra su raíz en la fragilidad y fragilidad propias de la finitud de la condición humana. Por su fragilidad el ser humano es quebradizo pasajero, sujeto de enfermedad, al dolor, al envejecimiento y a la muerte, expuesto al daño somático, psicológico, social o moral. Por su vulnerabilidad, se encuentra a veces en un estado particularmente indefenso, desvalido o débil.⁸

Esta fragilidad que en mayor o menor medida todos hemos experimentado en nuestra vida, es la que el victimario detecta y utiliza durante las fases de manipulación. Por ese motivo normalmente el abusador es selectivo e inteligente para captar a aquellos que se encuentran en esas circunstancias.

5. HIRIGOYEN, M-F. 2015. *El acoso moral*. Buenos Aires: Paidós.

6. Dicho trastorno muestra un patrón general de grandiosidad (en la imaginación o en el comportamiento), una necesidad de admiración y una falta de empatía, que empiezan al principio de la edad adulta y que se dan en diversos contextos como lo indican cinco (o más) de los siguientes ítems: 1. Tiene un grandioso sentido de auto importancia (p. ej., exagera los logros y capacidades, espera ser reconocido como superior, sin unos logros proporcionados); 2. Está preocupado por fantasías de éxito ilimitado, poder, brillantez, belleza o amor imaginarios; 3. Cree que es “especial” y único y que solo puede ser comprendido por, o solo puede relacionarse con otras personas (o instituciones) que son especiales o de alto status; 4. Exige una admiración excesiva; 5. Es muy pretencioso, por ejemplo, expectativas irrazonables de recibir un trato de favor especial o de que se cumplan automáticamente sus expectativas; 6. Es interpersonalmente explotador, por ejemplo, saca provecho de los demás para alcanzar sus propias metas; 7. Carece de empatía: es reacio a reconocer o identificarse con los sentimientos y necesidades de los demás; 8. Frecuentemente envidia a los demás o cree que los demás le envidian a él; 9. Presenta comportamientos o actitudes arrogantes o soberbios. Criterios para el Diagnóstico de F60. 8 Trastorno de Personalidad Narcisista DSM IV. Evaluación y diagnóstico en salud mental (DSM/CIE). <<http://dsm-IV.org-es>> [consultado: 21-05-2020].

7. Cf. PHILIPPE, J. 2009. *La libertad Interior*. Madrid: Rialp.

8. Cf. CHÁVEZ AGUILAR, P. 2019. El daño y sus dimensiones. *Humanitas*, 91: 340-353.

La responsabilidad de quien acompaña a esa persona o la confiesa es inmensa y exige el total respeto por toda su persona y su libertad.

Creemos que *debiera extenderse el plazo de prescripción de este delito* ya que, tanto como existe un proceso para el abuso, existe también un proceso en la víctima, no menor, de ‘despertar’, es decir, darse cuenta que está siendo abusada o fue abusada.

ACOMPañAMIENTO, REPARACIÓN Y JUSTICIA

Como Delegación acompañamos psicológica y psiquiátricamente desde el programa *Repara* a personas fragmentadas por estos abusos. Es muy triste ver cómo han perdido la fe y la confianza. En efecto, desde la Oficina Pastoral de Denuncias –OPADE–, que forma parte de nuestra Delegación, se han recibido desde su nacimiento en 2011, varias denuncias de este tipo de abuso. Los resultados son diversos, principalmente debido a la dificultad en la prueba, circunstancia que obstaculiza la sanción a esta conducta que va en contra del mismo ministerio sacerdotal ya que, el fin de su servicio, “consiste en que los hombres acojan libre y agradecidamente la obra de Dios realizada en Cristo y la manifiesten en toda su vida”.⁹

Creemos que debiera extenderse el plazo de prescripción de este delito ya que, tanto como existe un proceso para el abuso, existe también un proceso en la víctima, no menor, de ‘despertar’, es decir, darse cuenta que está siendo abusada o fue abusada. Hay una gran confusión en ella y se pregunta ‘¿realmente me está pasando esto?’; luego ser capaz de salir de la dinámica del abuso, que puede ser muy difícil e intentarlo varias veces hasta que sea posible; vivir el duelo

de haber sido abusado(a), momento en que surgen una serie de sentimientos y emociones muy destructivas y culposas (‘¡Cómo no me di cuenta!’); luego tomar valor para enfrentar al abusador, quien dominó su vida por tiempo prolongado, quizás años, ante el riesgo de decir ‘Mejor no hago nada y me alejo’, hasta lograr denunciar el delito, normalmente para que no le pase a otros lo mismo y luego “desarrollar una capacidad crítica de separarse de sus propias ‘creencias tóxicas’, modelos aprendidos, creciendo en discernimiento personal y en grados de autonomía”.¹⁰ En nuestra experiencia, en la mayoría de los casos se denuncia muy tarde y el delito ya está prescrito.

Junto con la primera acogida, es fundamental para la reparación de la víctima que una sentencia o decreto objetivo le ratifique que efectivamente fue abusada. Al respecto, vemos deficiencias procesales canónicas que conviene mejorar. Una de ellas es la investigación previa, a mi juicio obsoleta e inadecuada. Debería iniciarse inmediatamente un proceso canónico donde estén representadas ambas partes con el debido derecho de defensa. Por otra parte, la misericordia de Dios nos exige hacernos cargo también del agresor, para que pueda sanar psicológica y psiquiátri-

camente, en la medida de lo posible, manteniéndolo alejado de encargos que impliquen la cura pastoral.

Ahora bien, conviene tener en cuenta que a veces, de manera inconsciente debido a carencias del propio acompañante o del acompañado, puede darse una relación de dependencia afectiva poco sana. Esto también ocurre, no en pocos casos y sin mala fe, pero puede generar daño. Para evitar este tipo de situaciones es esencial el autoconocimiento y la madurez afectiva, lo que refuerza la necesidad de formación a todo nivel.

Finalmente, creemos que quien acompaña espiritualmente a otras personas debe contar con una madurez personal y espiritual probadas y un propio acompañamiento o supervisión permanente, para que sepa empatizar manteniendo la distancia y ayudando al acompañado(a) a descubrir y tomar sus propias decisiones, aun cuando estas no sean las que el acompañante crea mejor para él, pues cada persona tiene su propio proceso personal y el Señor siempre respeta nuestros tiempos, nos tiene una paciencia infinita y nos busca toda la vida con un amor incansable.

Queda mucho camino por recorrer para sanar heridas y afrontar los desafíos que nos deja este doloroso aprendizaje. Lo importante es que trabajemos juntos, unidos como cuerpo, mirando siempre el rostro misericordioso del Padre manifestado en Jesús que nos anima diciendo “no se turbe vuestro corazón, ni se acobarde” (Jn 14,27).

9. Cf. CONCILIO VATICANO II. 1962-1965. *Presbyterorum ordinis*, 2.

10. CHÁVEZ AGUILAR, P. 2019. El daño y sus dimensiones. *Humanitas*, 91: 340-353.

UN NUEVO DIRECTORIO PARA LA CATEQUESIS

MONS. OCTAVIO RUIZ ARENAS

Por Marcelo Alarcón Á.

Monseñor Octavio Ruiz Arenas, Secretario del Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización y uno de los responsables de la publicación, respondió las preguntas de La Revista Católica sobre el Nuevo Directorio para la Catequesis publicado recientemente por dicho Consejo. Roma, 29 de junio de 2020.

Monseñor, ¿cuáles son las principales novedades del nuevo Directorio?

El nuevo Directorio que ha preparado el Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización resalta aquellos elementos que siguen vigentes tanto del Directorio Catequístico General publicado en 1971, como también y principalmente del Directorio General para la Catequesis del año 1997, dando continuidad y profundizando varios temas ya abordados en ellos. Han pasado ya más de 20 años de esta última publicación, durante los cuales el mundo entero ha tenido un desarrollo veloz en innumerables campos y, a su vez, la Iglesia ha tratado de responder con un nuevo impulso misionero y ha visto la necesidad de una renovación de la Catequesis.

Al respecto, es importante tener presente que el Magisterio de la Iglesia se desarrolla y progresa constan-

temente, salvaguardando siempre el sentido inmutable y permanente de la Tradición, ya que busca presentar a Jesucristo, el Hijo de Dios, nuestro Salvador, de manera atractiva y sugestiva a cada persona. Esto ocurre sobre todo en el nuevo contexto sociocultural de la actualidad, marcado por el secularismo y por otros fenómenos, a los cuales el Santo Padre no ha dudado en considerarlo como un ‘cambio de época’ y no simplemente como cambio de costumbres y de líneas culturales, ideológicas, políticas, económicas e incluso religiosas, que influyen de manera incisiva en la sociedad.

El presente Directorio incorpora, además, algunas indicaciones doctrinales del Magisterio de los Papas posteriores a San Juan Pablo II, de los Sínodos de los Obispos y de diversas Conferencias Episcopales. Se trata, por consiguiente, de actuali-

zar las líneas fundamentales de la Catequesis, ya que durante los últimos años el Magisterio eclesial ha desarrollado una profunda y amplia reflexión en lo referente a la evangelización, insistiendo en que nos encontramos en una ‘nueva etapa’ de la acción evangelizadora de la Iglesia y en un renovado impulso misionero. Para este cometido fue instituido precisamente el Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización, al cual le fue confiada la tarea de elaborar un nuevo Directorio de Catequesis que dé orientaciones para toda la Iglesia.

Al tratarse de un Directorio ‘general’ no es posible abordar todos los aspectos que se refieren a la Catequesis con la amplitud y particularidad que ameritarían. A cada Conferencia Episcopal, por lo tanto, le corresponde la tarea de realizar las debidas adaptaciones o especi-

*Se trata, por consiguiente, de actualizar las líneas fundamentales de la Catequesis, ya que durante los últimos años el Magisterio eclesial ha desarrollado una profunda y amplia reflexión en lo referente a la evangelización, insistiendo en que **nos encontramos en una ‘nueva etapa’ de la acción evangelizadora de la Iglesia y en un renovado impulso misionero.***

ficaciones de los contenidos de este Directorio para el desarrollo de la catequesis según las necesidades y el contexto sociocultural propio.

En relación con las novedades de este nuevo documento eclesial, se pueden señalar las siguientes:

- Introduce algunos tópicos como: ‘nueva etapa evangelizadora’, ‘evangelización de la cultura’, la Catequesis al servicio de ‘la nueva evangelización’, la Catequesis ‘en salida misionera’, la Catequesis como ‘signo de la misericordia’, la Catequesis como ‘laboratorio de diálogo’, la Catequesis y la formación permanente ‘a la vida cristiana’, la ‘belleza’ como fuente de la Catequesis.
- El importante papel de los ‘padrinos y madrinas’ como colaboradores de los padres en la actividad catequizadora, el servicio de los ‘abuelos’ para la transmisión de la fe y resalta la valiosa labor de ‘las mujeres’ como grandes recursos para la Catequesis.
- Insiste en la importancia de la ‘formación catequética de los candidatos al Orden Sagrado’, subraya el criterio del ‘primado de la gracia y de la belleza’ para el anuncio del mensaje evangélico, el valor de

la ‘nota histórica’ y el ‘significado teológico-catequético’ del Catecismo de la Iglesia Católica y del Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica.

- Hace referencia al cuidado del ‘lenguaje’ (narrativo, del arte, de los instrumentos digitales), como también a lo que se refiere al ‘espacio’ en la metodología de la Catequesis, dedicando, además, un apartado a una realidad que en la actualidad es de suma importancia: la ‘Catequesis con los migrantes y los inmigrantes’.
- Indica de manera explícita algunos elementos particulares de la catequesis en las Iglesias Orientales, como también en los Santuarios y las Peregrinaciones, e igualmente en diversos contextos socioculturales (mentalidad científica, cultura digital, cuestiones de bioética, integridad de la persona, empeño ecológico, opción por los pobres, inclusión social y ambiente laboral).
- Presenta los requisitos para obtener la necesaria aprobación de la Sede Apostólica para los Catecismos nacionales y otros escritos relativos a la instrucción catequética.

- Para subrayar la importancia y necesidad de establecer auténticos procesos de formación y de vivencia de la fe, el nuevo Directorio se refiere a la ‘Iniciación a la vida cristiana’, lo cual le permite dar mayor énfasis a la inspiración catecumenal de la catequesis.

El papa Francisco suele usar la expresión “el tiempo es superior al espacio” poniendo de relieve el tema del ‘proceso’ (unas 80 veces en EG). Esto implica dar prioridad a las acciones que generan procesos y comprometen a otras personas y grupos hasta que produzcan frutos en eventos históricos. ¿Asume el nuevo Directorio esta perspectiva teológica y sus alcances pastorales?

Por supuesto que sí. El Directorio insiste en que la Evangelización es un ‘proceso’ inspirado y sostenido por el Espíritu Santo que lleva a cabo la Iglesia para anunciar y difundir el Evangelio en todo el mundo, a fin de orientar la vida de las personas en las diversas etapas de la existencia y en los diversos contextos socioculturales del mundo contemporáneo.

Esto, indudablemente, implica desarrollar una serie de acciones por parte de las personas y de los



*El Directorio propone restablecer con fuerza el catecumenado y dar una inspiración catecumenal a la catequesis, que introduzca todas las dimensiones de la vida cristiana, **para que cada uno inicie, dentro y con la ayuda de la comunidad, su propio camino de respuesta a Dios.***

organismos al servicio de la catequesis que involucre a toda la comunidad cristiana. Lógicamente el Directorio no dedica un capítulo separado para explicar lo que es un proceso y el modo como se debe desarrollar, sino que en diversos párrafos a lo largo de todo el documento va señalando la importancia de instaurar itinerarios procesuales que ayuden con mayor firmeza a enseñar no solo los contenidos de la fe cristiana, sino también a poner en práctica y a dar respuesta a lo que el Señor nos pide para que tengamos una auténtica vida fundamentada en su Palabra.

Asumiendo el impulso del Concilio, de Aparecida y del propio Directorio, las iglesias latinoamericanas han ido desarrollando el Catecumenado y el resto de las catequesis inspiradas en él. ¿Qué importancia asigna el nuevo Directorio al Catecumenado como lugar de formación de discípulos?

El nuevo Directorio, fiel a las intuiciones del Concilio Vaticano II, propone asumir el estilo y el dinamismo del Catecumenado (progresivo, iniciático, litúrgico, ritual, simbólico, pascual, comunitario, de conversión y de testimonio) para que la formación de los discípulos misioneros se desarrolle, dentro de un catecumenado en sentido estricto, para los no bautizados (ya sean niños, adolescentes o adultos), que ayude a abrir el corazón de los neófitos para reconocer la presencia de Dios en su vida, sensibilizarlos para acoger la fe y responder con una conversión inicial que conduzca al deseo de alejarse del pecado y de seguir al Señor.

Asimismo, propone realizar catecumenado en sentido analógico para los bautizados que no han completado los sacramentos de la iniciación a la vida cristiana, de tal manera que se realice con ellos una catequesis





La Iglesia ha de encarnar el kerygma para que responda a las exigencias de cada tiempo, favoreciendo anuncios creíbles, confesiones de fe llenos de vida y testimonios que ayuden a proclamar la Buena Noticia.

iniciática que lleve al conocimiento de la fe y a un aprendizaje de vivencia cristiana, para que a través de la celebración de los sacramentos de iniciación se injerten en Cristo.

Finalmente, para cuantos han recibido los sacramentos de la iniciación, pero no están plenamente evangelizados y necesitan reemprender el camino de la fe, se propone una catequesis de inspiración catecumenal, en la que se tome en serio la mistagogia que se encuentra indicada en el itinerario catecumenal.

El anterior Directorio había dicho que “El modelo de toda catequesis es el catecumenado bautismal” (59) dirigido a adultos no bautizados. Sin embargo, la realidad, en particular la latinoamericana, ha mostrado que muchos bautizados no han sido evangelizados. ¿Aborda el nuevo Directorio esta realidad? ¿Amplía el desarrollo del Catecumenado hacia bautizados no evangelizados?

Ciertamente hay muchos bautizados que simplemente han recibido el Bautismo e incluso la Eucaristía, preparados solamente –con frecuencia de manera superficial– para la recepción del sacramento, pero sin haber tenido una iniciación kerygmática que los hubiera llevado a desear conocer la persona de Cristo y a interesarse por vivir un compromiso profundo de su fe. En este sentido, el Directorio propone restablecer con

fuerza el catecumenado y dar una inspiración catecumenal a la catequesis, que introduzca todas las dimensiones de la vida cristiana, para que cada uno inicie, dentro y con la ayuda de la comunidad, su propio camino de respuesta a Dios.

De este modo, se insiste en la dimensión kerygmática y misionera de la catequesis, asumiendo el estilo y el dinamismo catecumenal, para que ayude a un gradual proceso de conversión. Así, pues, teniendo en cuenta la pluralidad de culturas y de situaciones concretas, se propone valorar y actualizar los elementos del catecumenado con coraje y creatividad en un esfuerzo de verdadera inculturación, de tal manera que se lleve a cabo una seria catequesis de iniciación a la vida cristiana, como un itinerario pedagógico que lleve al creyente a un encuentro personal con Cristo, aprenda a vivir según la fe cristiana y pueda dar testimonio en el mundo actual.

La expresión ‘primer anuncio’ aparece 22 veces en el anterior Directorio y la palabra ‘kerygma’ 6 veces. ¿Qué valor asigna el nuevo Directorio al primer anuncio y qué nuevos aspectos de su desarrollo ofrece?

El nuevo Directorio sigue de cerca la importancia que el papa Francisco, en la *Evangelii Gaudium*, le dio a toda la temática del ‘primer anuncio’ y a la presencia del ‘kerygma’ en todo el

proceso de evangelización. De hecho, ‘primer anuncio’ aparece 26 veces en este documento y ‘kerygma’ 24, además de cinco veces haciendo referencia al adjetivo ‘kerygmático’.

En la praxis pastoral ordinaria, este momento fundamental del proceso evangelizador está orientado a suscitar y a asegurar una conversión inicial. En la Misión ad Gentes esto se realiza en el período llamado pre-catecumenado y ha de entenderse principalmente en sentido cronológico, ya que tiene por objetivo revelar a Jesucristo y su Evangelio a quienes no lo conocen. La Iglesia realiza el ‘primer anuncio’ mediante una actividad compleja y diversificada que se designa con el nombre de pre-evangelización. Sin embargo, se insiste en la necesidad de una catequesis kerygmática, es decir que profundice cada vez más y mejor el kerygma. De tal manera que no se limite a un simple momento de crecimiento, sino que contribuya a generar la fe misma y a descubrir su grandeza y credibilidad.

Así, pues, este primer anuncio no se puede considerar como una simple etapa de la fe, previa a la catequesis, sino como la dimensión constitutiva de todo el proceso catequético. De ahí, por consiguiente, que la Iglesia ha de encarnar el kerygma para que responda a las exigencias de cada tiempo, favoreciendo anuncios creíbles, confesiones de fe llenos de vida y testimonios que ayuden

a proclamar la Buena Noticia. Esto exige, además, valorizar el carácter de propuesta, la cualidad narrativa, afectiva y existencial y su acento salvífico, como también su contenido ineludiblemente social. Finalmente, se subraya que el anuncio del amor misericordioso y gratuito de Dios, que se manifestó plenamente en Jesucristo muerto y resucitado, constituye el corazón del kerygma.

Al referirse a la relación entre primer anuncio y catequesis el anterior Directorio (nº 61) hablaba de ‘distinción en la complementariedad’ y reconocía que las fronteras entre ambas acciones no son fácilmente delimitables. ¿Qué elementos ofrece el nuevo Directorio para comprender dicha articulación? ¿Sigue usando la expresión ‘catequesis kerygmática’?, ¿cómo la entiende?

El nuevo Directorio sigue utilizando esta expresión cuando afirma que, en el momento actual de Nueva Evangelización, se habla comúnmente de catequesis kerygmática como una profundización siempre más y mejor del Kerygma que, como nos ha recordado el papa Francisco, constituye el primer y principal anuncio que se debe volver a escuchar de una forma u otra durante la catequesis en todas sus etapas y momentos.

El primer anuncio, por consiguiente, no puede considerarse como un mero momento de anuncio previo, ni como una etapa anterior a la cate-

quesis, sino más bien como una dimensión constitutiva de la catequesis. Sin embargo, catequesis y ‘primer anuncio’ conservan su distinción, pero son al mismo tiempo realidades estrechamente ligadas, que exigen una pedagogía de iniciación inspirada en el itinerario catecumenal. De esta manera, entonces, al insistir en la acentuación kerygmática y misionera de la catequesis, está animando a tomar en serio la conversión pastoral que requiere la Iglesia en el momento actual.

El anterior Directorio señalaba en el nº 62 que “el hecho de que la catequesis, en un primer momento, asuma estas tareas misioneras, no dispensa a una Iglesia particular de promover una intervención institucionalizada del primer anuncio”. ¿Cómo puede una Iglesia particular impulsar el primer anuncio?, ¿qué pistas ofrece el nuevo Directorio?

El nuevo Directorio sostiene que el “primer anuncio”, al que cada cristiano está llamado a realizar, se funda sobre el “vayan” (Mc 16,15; Mt 28,19) que Jesús indicó a sus discípulos, lo cual implica salir, darse prisa, acompañar, o como dice el papa Francisco, ‘primerear’, para llegar a ser verdaderos discípulos misioneros. Sin embargo, esta tarea no puede ser reducida a la enseñanza de un mensaje, puesto que la Iglesia lo que comparte es la vida que viene de Dios y comunica la alegría de haber encontrado al Señor.

En concreto el nuevo Directorio indica algunas acciones prácticas para cumplir esa tarea, colocando como base fundamental el encuentro vivo y eficaz con la palabra de Dios e insistiendo en la necesidad de poner todo en clave evangelizadora y de repensar en clave misionera toda la acción eclesial. Por esto invita a cada Iglesia particular y en particular a la labor catequística de las parroquias a tomar iniciativas para proponer explícitamente la buena nueva de la fe, manifestando concretamente la fuerza de la misericordia, corazón mismo del Evangelio, y garantizando la inserción de los que se convierten en la comunidad eclesial. Asimismo, insiste en la urgencia de garantizar en los seminarios y en las casas de formación experiencias de primer anuncio y ejercicios concretos en las varias formas de catequesis.

De igual manera, al hablar de la catequesis con las familias hace hincapié en la necesidad de favorecer la implicación de los padres de familia en el camino de iniciación de sus hijos, para lo cual se requiere el acompañamiento de la comunidad con el fin de que ellos tomen clara conciencia de su identidad y de su misión como sujetos activos de la obra evangelizadora, buscando espacios de primer anuncio.

Además, dada la importancia que tienen los santuarios y las peregrinaciones, el nuevo Directorio no deja de recordar que constituyen auténticos

En concreto el nuevo Directorio indica algunas acciones prácticas para cumplir esa tarea, colocando como base fundamental el encuentro vivo y eficaz con la palabra de Dios e insistiendo en la necesidad de poner todo en clave evangelizadora y de repensar en clave misionera toda la acción eclesial.



*El nuevo Directorio **insiste en la necesidad de anunciar el Evangelio con ‘parresia’** y de evitar una formación catequética que se quede en formas escolarizadas de cursos.*

lugares de evangelización, donde hay que dar particular relieve al primer anuncio y a la celebración de los sagrados misterios.

Finalmente, teniendo en cuenta todo lo anterior y cuanto se refiere a

la necesidad de una pastoral orgánica que busque una coordinación de la catequesis con otras actividades de evangelización, considera oportuno que se organice en la Iglesia particular una “comisión de iniciación a

la vida cristiana”, en la que converjan la pastoral del primer anuncio y la catequesis, la pastoral litúrgica y las Cáritas, las asociaciones y los movimientos laicales.

La catequesis vive una fase de cambio: de curso/escolarización a auténtico proceso de formación en la fe. Incluso algunos han optado por la iniciación a la vida cristiana como espacio de formación de discípulos misioneros. Otros intentan acentuar menos la sola preparación para un

*Es una tarea de toda la Iglesia velar para que la catequesis **alcance el objetivo de ser una formación que conduzca a la vivencia de los valores cristianos en la vida cotidiana**, así como a las prácticas de piedad en el seno de la comunidad eclesial y no solo a la recepción de los sacramentos.*

sacramento a favor de más evangelización y maduración de la fe. ¿Cuáles de estos elementos son tenidos en cuenta en el nuevo Directorio?, ¿qué aportes hace?

El nuevo Directorio toma en cuenta estos aspectos en el apartado sobre la catequesis en “salida misionera”. Reafirma que la *missio ad gentes* es el paradigma de la acción evangelizadora de la Iglesia, para lo cual la comunidad eclesial está llamada a ponerse en estado permanente de misión en todo el mundo y a transformar toda su acción en perspectiva misionera.

Sin duda alguna, uno de sus aportes toma en cuenta lo que se está implementando, de manera especial en América Latina, en particular en la descripción que hace de la catequesis de iniciación a la vida cristiana, precisamente para evitar que se entienda como la simple preparación pre-sacramental. Presenta, por lo tanto, la iniciación a la vida cristiana como un itinerario pedagógico ofrecido a la comunidad eclesial para conducir al creyente al encuentro personal con Jesucristo a través de la Palabra de Dios, la acción litúrgica y la caridad, integrando todas las dimensiones de la persona, con el fin de que aprenda a vivir según la fe cristiana y dé testimonio en el mundo. Más aún, propone que las Conferencias Episcopales determinen la duración y las modalidades del itinerario de iniciación a la

vida cristiana y de los momentos para impartir los sacramentos. Asimismo, insiste en la necesidad de anunciar el Evangelio con ‘parresia’ y de evitar una formación catequética que se quede en formas escolarizadas de cursos.

El papa Francisco ha puesto de relieve el tema de la misericordia y la ternura desde el inicio de su pontificado. Francisco ha dicho que en ello se juega la credibilidad de la Iglesia y de la fe y ha insistido más en los gestos que en las palabras, visitando enfermos, abrazando a llagados, lavando los pies en la cárcel y además a una chica musulmana. ¿Hay alguna relevancia de la misericordia y la ternura en el nuevo Directorio?

El nuevo Directorio dedica dos apartados al tema de la misericordia: el de la catequesis como signo de la misericordia y el de la catequesis con personas marginadas, además del espíritu inspirador del apartado acerca de la catequesis y la opción por los pobres. La catequesis está llamada a anunciar que Jesucristo es la plenitud de la revelación; su vida, palabras y obras manifiestan el amor y la misericordia de Dios y al mismo tiempo son una llamada al amor que está en el corazón del hombre. De hecho, la práctica de la misericordia es ya una auténtica catequesis, es un testimonio elocuente para creyentes y no creyentes, es manifestación de

la unión entre ortodoxia y ortopraxis. Incluso la catequesis puede ser considerada una obra de misericordia espiritual y debe llevar al servicio de los más pequeños, a los que la sociedad margina por diversos motivos o situaciones.

Existe la precepción de que el Directorio no es conocido por todos y menos se aplica. No basta un nuevo texto si no hay un acompañamiento en su implementación. ¿Cómo velar para que el nuevo Directorio se implemente realmente?

Esta es una tarea que corresponde a cada Obispo en su propia Diócesis. La Conferencia Episcopal puede animar, motivar y sugerir diversos modos para hacerlo conocer y poner en práctica. El Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización, por su parte, organiza Encuentros Internacionales para compartir experiencias y preocupaciones en su implementación y se empeñará en presentar el Directorio a los obispos y a los responsables de la catequesis en el mayor número de lugares posibles. Sin embargo, es una tarea de toda la Iglesia velar para que la catequesis alcance el objetivo de ser una formación que conduzca a la vivencia de los valores cristianos en la vida cotidiana, así como a las prácticas de piedad en el seno de la comunidad eclesial y no sólo a la recepción de los sacramentos.

LA VOCACIÓN DE LOS DIÁCONOS: MÍSTICOS, PROFETAS Y SERVIDORES

Mons. Alberto Lorenzelli R.

Mons. Alberto Lorenzelli, Obispo Auxiliar de Santiago y Vicario para el Clero, nos ha ofrecido la reflexión realizada a los Diáconos Permanentes de Santiago en el contexto de la actividad “Miércoles de san Lorenzo”, realizada en abril de 2020. En ella profundizó en la vocación al diaconado como llamada de Dios, encargo confiado y autoridad conferida; y luego se refirió a la dimensión mística, profética y de servicio de dicha vocación. En este número, ofrecemos la primera parte de su presentación, donde aborda aspectos del llamado al ministerio diaconal.

En primer lugar, quiero saludar con afecto a los diáconos y sus esposas. Agradezco a Dios su vocación y misión, que ha sido posible en nuestra Iglesia. El espíritu generoso y entregado de muchos de ustedes son un estímulo y testimonio para el Pueblo de Dios.

Antes de desarrollar lo que considero básico de esta reflexión, quiero referirme a tres presupuestos que son fundamentales para nuestra cuestión.

La vocación al diaconado permanente, que es vocación de Dios dirigida a cristianos concretos para una misión en la Iglesia, comporta tres ingredientes. En primer lugar, es una llamada de Dios; el diácono no es auto-vocacionado. La disponibilidad no podemos convertirla en llamada de Dios. Dios es el que llama siempre a la existencia, a la fe cristiana configurada eclesialmente, a los ministerios y otros carismas, a la singular e intran-

ferible vocación de cada persona, ya que Dios se anticipa, toma la iniciativa, nos aguarda, “primerea”, como dice el papa Francisco. La iniciativa es de Dios que nos amó primero (cf. 1 Jn. 4,19), ya que toda vocación nace del amor de Dios. Querido hermano, Dios te ha llamado al diaconado porque te quiere.

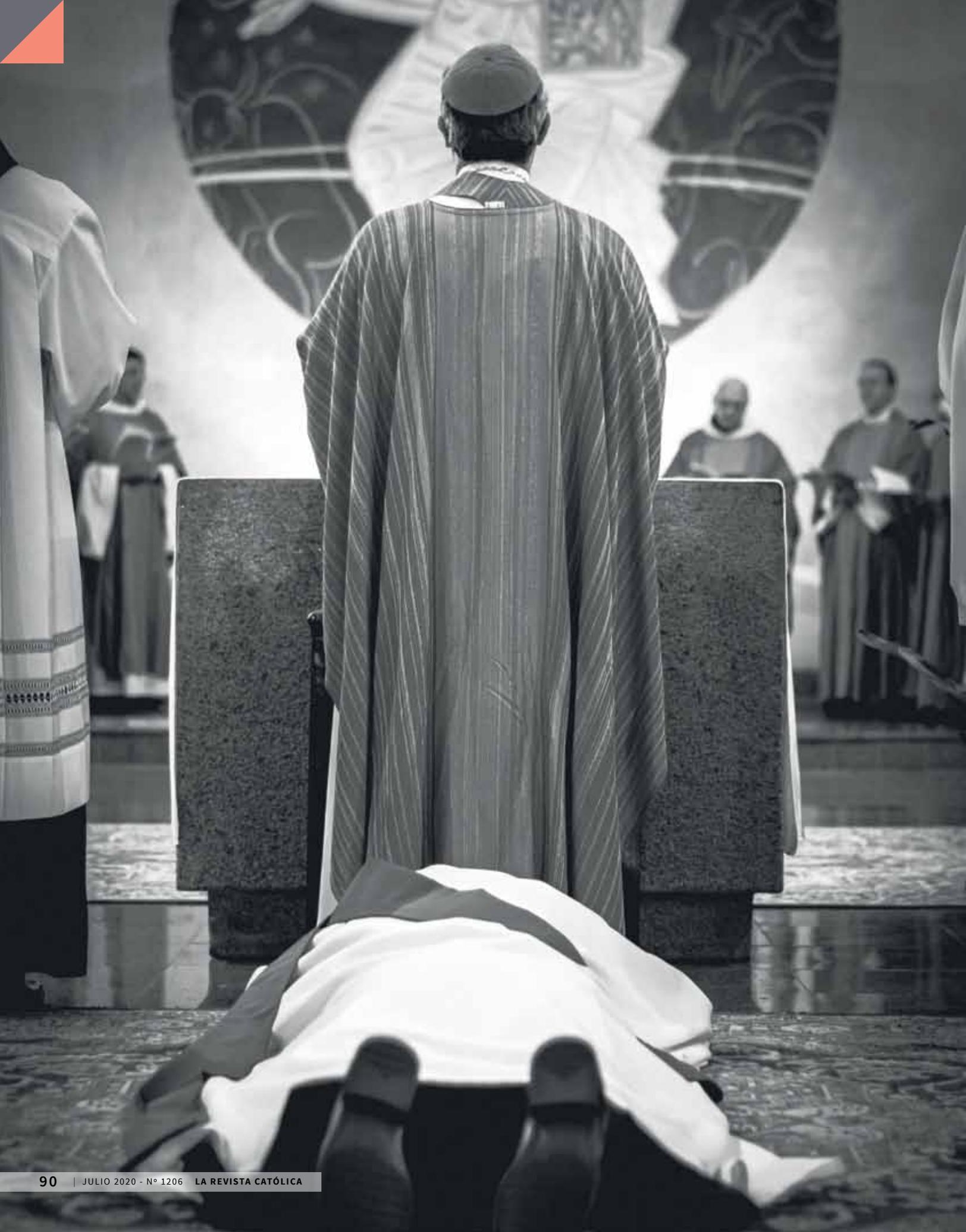
En segundo lugar, la vocación implica un encargo, confiere una misión. En la Sagrada Escritura vemos constantemente cómo Dios llama para confiar una misión. No somos espontáneos, sino enviados; la misión no es una conquista nuestra, sino un encargo otorgado por el

Señor. La vocación no es un adorno personal, sino un servicio confiado. “Ve, yo te envío” dice el Señor; ni nos llamamos a nosotros mismos, ni nos conferimos a nosotros la misión.

A la vocación y el encargo, se agrega la capacidad-autoridad para llevar a cabo la misión encomendada. En el caso del diaconado el candidato recibe la autoridad por la ordenación sacramental. No es un delegado de la comunidad que transferiría al elegido su capacidad representativa. En la raíz de esto está el sacramento de la ordenación, que es un acontecimiento realizado en la Iglesia, por el ministro competente y con la fuerza

*La iniciativa es de Dios que nos amó primero, ya que **toda vocación nace del amor de Dios.***

Querido hermano, Dios te ha llamado al diaconado porque te quiere.



Es una llamada particular de Dios, arraigada en la tradición apostólica, necesaria, diferente e independiente de las otras vocaciones eclesiales. No debería ser una vocación que estuviera pendiente del número de presbíteros.

del Espíritu Santo. Por ello, no debemos la gracia ministerial a los amigos sino a Dios. Como no es nuestra ni la Iglesia, ni la Palabra de Dios, ni los Sacramentos, ni la comunidad confiada, ni la vocación recibida, qué debo hacer se preguntaba san Agustín para responder inmediatamente: ser fiel. Estamos llamados a actuar en todas esas direcciones con fidelidad.

Tres dimensiones, por tanto, de la vocación diaconal: llamada de Dios, encargo confiado y autoridad conferida. Los tres ingredientes constituyen la vocación al ministerio sacramental del diaconado.

VOCACIÓN

Si ya parece zanjada magisterialmente la cuestión de la sacramentalidad diaconal, no lo parece tanto la cuestión de su especificidad como vocación eclesial. Si todo cristiano está llamado a la diakonía de Cristo, al servicio de los hermanos y de la Iglesia en diversidad de modos y ministerios, ¿qué diferencia hay entre el diácono ordenado de los demás cristianos? ¿Para qué un ministerio específico de servicio? Y yendo al centro de la cuestión, ¿realmente existe una vocación de diácono?

Hay que hacer dos distinciones en lo que llamamos *diakonía Christi*. Por un lado, tenemos la llamada universal a todo cristiano de imitar a Jesús en ese servicio a los demás. En la teología actual se habla de las diversas diakonías o servicios que un cristiano

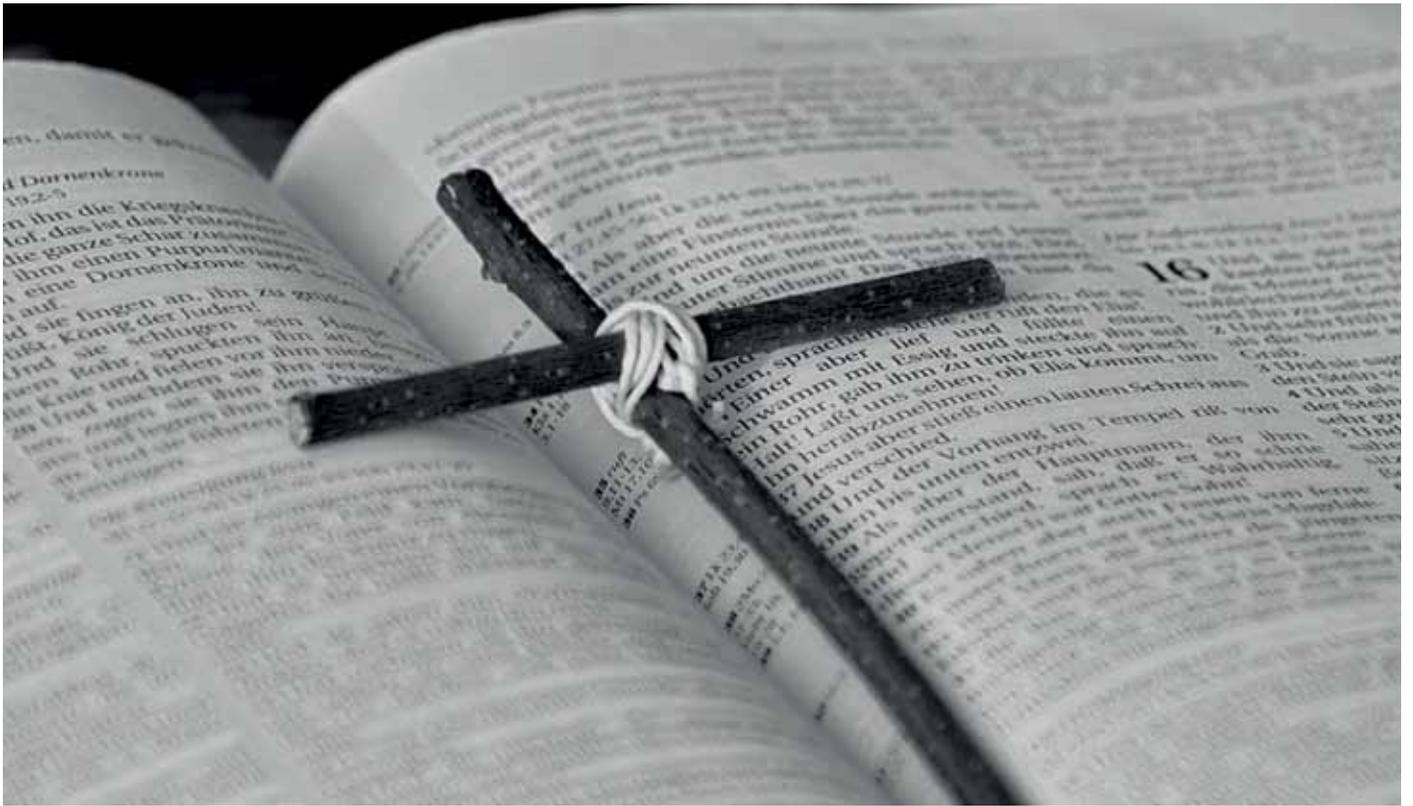
puede o debe desempeñar. Pero hay que distinguir esta llamada eclesial universal de la llamada concreta y particular que Dios hace a algunos de los miembros de la Iglesia a configurarse sacramentalmente con Cristo Siervo, consagrando su vida entera al servicio de Dios y de su Iglesia. Esto último es lo que la Iglesia llama 'ministerio diaconal ordenado'.

Hay que entender entonces que es una llamada particular de Dios, arraigada en la tradición apostólica de Hch 6, necesaria, diferente e independiente de las otras vocaciones eclesiales. No debería ser una vocación que estuviera pendiente del número de presbíteros, aunque así se concibe por muchos y es en cierta medida la causa de su restauración y expansión eclesial. Los presbíteros son necesarios e insustituibles, y todos hemos de rogar por sus vocaciones.

Pero el diaconado es otra cosa, tiene su sentido propio, distinto del presbítero. La vocación al diaconado es una vocación legítima, independiente de que hubiera o no una inflación de presbíteros. Porque si hiciéramos una pastoral eficaz que hiciera atrayente la aventura del seguimiento de Jesús, y el Espíritu Santo concediese la gracia de llenar los seminarios y tuviéramos algún día en cada parroquia veinte presbíteros, ¿cerraríamos por ello los seminarios?, ¿sería lícito manifestar que nadie tiene derecho a ser sacerdote, por el hecho de que existan muchas

vocaciones o buenas intenciones de ser presbíteros? Extrapolando esta afirmación: ¿sería lícito decir que no hacen falta los diáconos porque hay muchos presbíteros? Hay que animar al que responde que sí a conocer más en profundidad este ministerio y las profundas necesidades de obreros que tiene la mies eclesial. Todos los miembros del Pueblo de Dios están llamados a la santidad y al apostolado: los sacerdotes, los diáconos, los miembros de la vida consagrada y los fieles laicos; a su vez, todos participan en la misión de la Iglesia con carismas y ministerios diversos y complementarios. El diaconado hace presente a Cristo como el servidor de la comunidad de los creyentes.

El ser diácono es algo serio, hay que decirlo. Los candidatos al diaconado permanente deben ser personas probadas e irreprochables, sinceras y dignas, íntegras en guardar el tesoro de la fe, serviciales, generosas y compasivas, y capaces, si la tuviera, de guiar la propia familia. Se les pide la madurez humana necesaria (responsabilidad, equilibrio, buen criterio, capacidad de diálogo) y la práctica de las virtudes evangélicas (oración, piedad, sentido de Iglesia, espíritu de pobreza y de obediencia, celo apostólico, disponibilidad, amor gratuito y servicial a los hermanos). ¡Nada más y nada menos! Por todo ello, conviene reconocer la especificidad de la vocación diaconal y recordar al respecto tres elementos:



a) *En primer lugar es llamada de Dios, no autollamada.* No se trata de disponibilidad, ni de tener dones de servicialidad o de ser un laico maduro y que trabaja mucho en la parroquia. Es una iniciativa de Dios, que va por delante de nosotros e interpela a seguirle en un ministerio concreto. No debe forzarse en ningún caso un camino que debe nacer de una vocación verdadera y sincera. Tampoco puede verse el diaconado como un premio por los servicios prestados a la Iglesia, pues no es un derecho ni una recompensa a los que pueden haber desarrollado una meritoria labor pastoral. El diaconado no es una prebenda, privilegio o dignidad. Disciérnase que los aspirantes, sobre todos los más maduros, no quieran el diaconado como la “guinda de su pastel pastoral de años”. No es su conquista, sino un encargo otorgado por Dios y su Iglesia, puro don inme-

recido, gracia, sacramento y servicio confiado que debe llenar al candidato de temor y temblor.

b) *En segundo lugar el diácono es enviado.* La vocación implica envío, un encargo de Dios que ha de discernir, según las necesidades presentadas, el obispo correspondiente. Es muy importante diocesanamente que el diácono tenga su misión claramente asignada. Un diácono no debe automisionarse o buscarse tareas según sus gustos y preferencias. El ser ordenado no debe ser un logro personal para hacer lo que antes no podía. Uno se ordena e incardina en un lugar concreto (diócesis, en la gran mayoría de los casos), y es su obispo el que determinará cuál será el encargo recibido. Ya ordenado, el diácono debe priorizar decididamente por la misión encomendada, no por sus gustos personales, espontaneidad, compromisos o peticiones de algunos fieles,

como si el evangelizar fuera algo a la carta.

En el fondo de todo debe estar el mandato de Dios de yo te envío (cfr. Ex 3,10; Hch 26,17), sin el cual nada tiene sentido. Dios es el que ordena la misión, y es la Iglesia, por medio del obispo, la que discierne. El diácono no tendrá nada que temer ante los retos planteados, porque yo estaré contigo (Ex 3,12).

c) *En tercer lugar, la vocación implica la capacidad, potestad, para llevar a cabo la tarea.* La raíz de esta capacidad es la ordenación sacramental diaconal. La ordenación, la fuerza del Espíritu Santo, configura al diácono como ministro de la Iglesia, con potestad para ejercer su misión. A diferencia del obispo y del presbítero, en el que se da por supuesta su potestad, el diácono, ha de hacerse un lugar en la Iglesia.

PBRO. PEDRO DE LA NOI BALLACEY

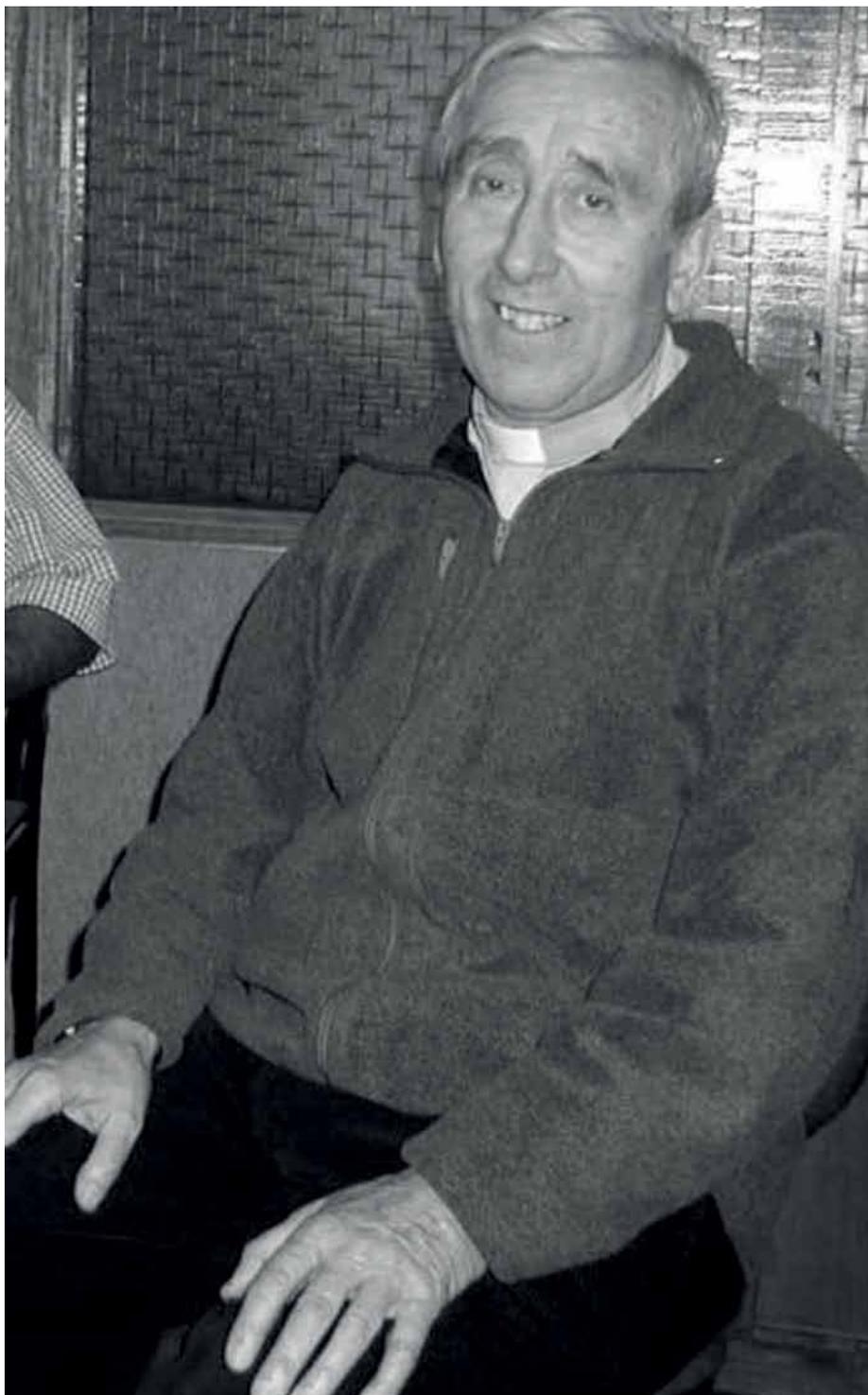
Por Francisco Walker, Pbro.

El 20 de mayo de este año 2020 falleció el Pbro. Pedro de la Noi en el Hogar Sacerdotal Santo Cura de Ars. Tenía 85 años. Nacido en septiembre de 1934, fue el noveno de 15 hermanos, nacidos de Alejandro de la Noi y Martha Ballacey. Estudió en el Instituto Alonso de Ercilla de los Hermanos Maristas en Santiago. Ingresó al Seminario de Santiago en 1952, ordenándose sacerdote el año 1958 y licenciándose en teología el mismo año. Obtuvo el doctorado en filosofía por la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma el año 1961 y realizó estudios de post grado en Lovaina y París.

El padre Pedro desarrolló un ministerio variado y fecundo a lo largo de su larga vida sacerdotal. Es recordado por generaciones de sacerdotes como profesor de distintas materias filosóficas, impartidas tanto en el Instituto de filosofía de la Universidad Católica, como en el Seminario Pontificio de Santiago y en el Seminario San Pedro Apóstol de San Bernardo. Entre otras disciplinas, enseñó historia de la filosofía medieval y lógica. Era un profesor exigente, no muy generoso en las notas, pero justo. Buscaba ante todo que sus alumnos aprendieran a razonar, siendo precisos en el lenguaje y en los argumentos. En este sentido, desarrolló una vocación intelectual, y supo siempre, en medio de sus múltiples tareas pastorales, darse tiempo para el estudio. Sus grandes maestros, en este ámbito, fueron San Agustín y Santo Tomás de Aquino. De este último, admiraba particularmente el método lógico para plantearse los problemas. Recuerdo haberle escuchado decir que si tuviera que recomendar algo a un seminarista estudiante de filosofía, le diría que leyera con calma la *Suma contra los Gentiles*, pues consideraba

que ahí estaba la mejor escuela para plantearse racionalmente los problemas y argumentar de un modo lógico. El padre Pedro era un hombre que pensaba las cosas. Si uno le planteaba una pregunta, a menudo daba una respuesta totalmente articulada, con sus respectivos puntos y distinciones, lo que indicaba que era una cuestión que ya se la había planteado y razonado.

Una faceta quizás menos conocida de su ministerio sacerdotal, a nivel del clero, fue su labor de pastor, desempeñándose como párroco en diversas parroquias de la Arquidiócesis. Fue párroco en la parroquia Santa Filomena y luego en Cristo Crucificado (1980-1992), en la población Juan Antonio Ríos. De ahí, con permiso del Arzobispo Mons. Carlos Oviedo, fue a servir a la recientemente creada diócesis de San Bernardo como Rector del Seminario Mayor San Pedro Apóstol (1992-1995). Siendo rector, asumió en paralelo la atención de algunas capillas rurales de la parroquia de Lo Herrera. Al dejar el Seminario, regresó a Santiago y asumió como párroco en San Nicolás de Tolentino hasta marzo de 2007. En esa fecha, fue nombrado



párroco de las parroquias San Rafael y San Isidro –al mismo tiempo– en la Zona Centro de la Arquidiócesis, residiendo en la Casa del Clero. Al dejar su labor de párroco, el año 2012, Mons. Ricardo Ezzati le solicitó que residiera en el Hogar de las Hermanas de los Ancianos Desamparados en Las Condes, ejerciendo la labor de capellán de dicho Hogar. Ahí estuvo hasta cuando se le manifestó una demencia senil galopante, siendo trasladado poco después al hogar sacerdotal Santo Cura de Ars, donde vivió los últimos años de su vida.

Probablemente los 12 años que se desempeñó como párroco en la Parroquia Cristo Crucificado fueron sus años de madurez y mayor fecundidad apostólica. Yo llegué como párroco allí el año 2004, 12 años después de que él había partido. Soy testigo de la huella profunda que dejó en muchos feligreses. Fue un gran formador de jóvenes y matrimonios, muchos de los cuales siguen siendo fieles activos. Famosas fueron las Escuelas Apostólicas, campamentos de formación que él organizaba cada verano, invitando a niños, jóvenes y adultos, donde se estudiaba a fondo una encíclica papal, alternado el estudio con momentos de oración, deporte y otras actividades comunitarias. Fue también un párroco constructor, que amplió las dependencias parroquiales, construyendo un espacioso salón parroquial con su cocina. Era celoso en la visita a los enfermos y fundó, además, la comunidad de señoras mayores, lo que significó un cauce apostólico para muchas dueñas de casas y adultas mayores. Han pasado

28 años de su partida de la parroquia y hasta hoy es recordado como un gran pastor. Incluso, hasta antes de enfermarse, lo invité muchas veces a que me ayudara en la parroquia, celebrando la Misa o confesando, ¡y siempre fue muy bien recibido!

Sin duda, el padre Pedro tenía una personalidad especial. Sus anécdotas eran comentadas. Sus rasgos físicos y su modo de hablar eran peculiares. Tenía un buen sentido del humor. Era sencillo y austero. En ciertos ambientes eclesiales no fue del todo comprendido, entre otros motivos, porque nunca siguió las modas teológicas o pastorales dominantes.

En sus juicios nunca se preocupó por ser políticamente correcto. Lo que le importaba era la verdad. En algunos temas, sobre todo en sus últimos años de vida activa, podía parecer algo obsesivo. Pero detrás de sus 'obsesiones' había siempre una urgencia apostólica que él buscaba transmitir. Así, por ejemplo, su gran devoción a San José, que lo llevó a participar en congresos internacionales de josefología, y a difundir libros y cantos en honor al santo, manifestaban su preocupación por el matrimonio, la familia y la importancia de la figura paterna. La relevancia de la figura de Laurita Vicuña manifestaba esa lúcida intuición respecto del valor de la experiencia religiosa en la infancia.¹ Él estaba convencido de que los niños no son solo un futuro, sino que también un presente, y que están llamados, como Laurita, a ser un ícono del Niño-Dios.

Su preocupación por que los jóvenes aprendieran a vivir un pololeo

cristiano y celebraran luego el sacramento del matrimonio, brotaba de su convicción de que el plan de Dios respecto del amor humano y la sexualidad es un camino de plenitud y felicidad verdaderas. Las familias verdaderamente cristianas eran para él un gozo; al contrario, le dolía enormemente cada vez que sabía de un fracaso matrimonial. Recuerdo una ocasión en que, comentando la triste separación de un matrimonio conocido de ambos, y él me dice, con palabras muy sentidas, que cada vez que sabía de una separación era como si le clavarán una puñalada.

Muchos otros rasgos de su vida podrían señalarse, como las peregrinaciones que organizó varias veces a Tierra Santa primero, y después, si-

guiendo los pasos de Laurita Vicuña, a Junín de los Andes, en Argentina. Para quienes participaban en estas peregrinaciones, muchas veces gente muy sencilla, eran una experiencia de fe inolvidable.

Al terminar esta breve reseña del Pbro. Pedro de la Noi, encomendamos su alma a la misericordia divina, confiando en que sea digno de escuchar estas palabras del evangelio: "Siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu Señor" (Mt 25,23).

1. El padre Pedro se preocupó de resaltar la vida de la Laurita, descubriendo incluso aspectos inéditos de su biografía, como su estadía en la ciudad de Lautaro, o de su fisonomía, colaborando con el descubrimiento de un retrato auténtico de la santa.

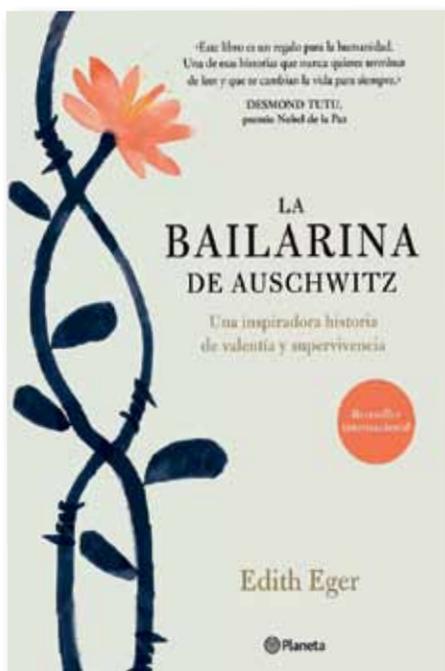
Sus preocupaciones académicas y pastorales se plasmaron en numerosos libros. Aquí sus obras más académicas o teológicas: *La prudencia en la formación moral a la luz de Santo Tomás* (1963), que fue su tesis de doctorado; *Repertorio de Revistas teológicas y filosóficas* (1966); *Guía práctica de introducción a la filosofía* (1971); *El personalismo de Teilhard de Chardin* (1973); *Escritos completos de Mons. Manuel Larraín* (1976-1988; 5 Vol.); *San Agustín y el personalismo filosófico* (1981); *La lógica de la lógica* (1988); *Laurita Vicuña. Regalo del cielo. Aportes documentales para su biografía* (2005); *San José y la Sagrada Familia. Tratado Teológico* (2008). Entre sus obras de divulgación pastoral, escritas todas ellas en un lenguaje sencillo, ya que fueron pensadas en sus feligreses, podemos reseñar las siguientes: *¡A veranear! Cristo te espera* (1989); *Novena en honor a San José* (1989); *A mi padre San José; Cuentos de Jesús. Libro para colorear*; *La encíclica Veritatis Splendor en preguntas y respuestas* (1994); *Pololeo y noviazgo en preguntas y respuestas* (1998); *Hacia el matrimonio* (1999); *Tierra Santa. Manual del peregrino* (2000); *Laurita Vicuña en preguntas y respuestas*; *Laurita Vicuña, Regalo de Dios para el Mundo y la Iglesia* (2000); *Matrimonio Bernales Bianchini. Rasgos cristianos desconocidos* (2009).

LIBROS

POR ALEJANDRO VIDAL

¿QUÉ LIBRO LEES?

Padre Cristian Hodge Cornejo



La bailarina de Auschwitz

“Es un libro muy potente” me dijo un amigo, “un libro escrito tan desde la esperanza” me decía una amiga, y la verdad es que el libro, escrito por una sobreviviente del campo de concentración, conmueve de principio a fin. Su largo éxodo hasta llegar a vivir en Estados Unidos es un relato de su

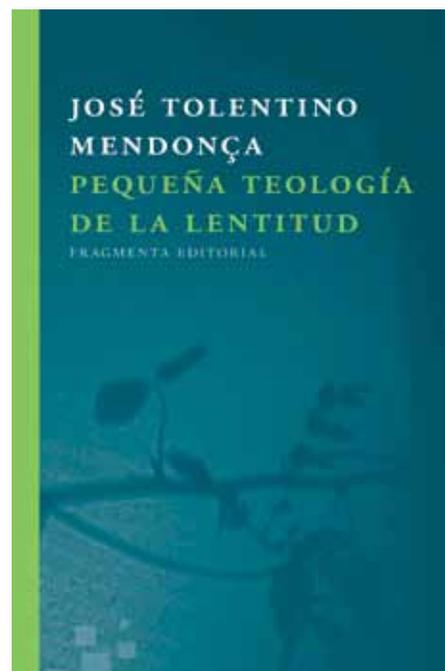
propia peregrinación y sanación interior. Lo potente de su narración es que ella no solo se va sanando durante su vida, sino que, además, por su doctorado en psicología, pone su experiencia al servicio de muchos que también necesitan terapia y sanación.

El sufrimiento por la muerte de sus padres en el mismo campo de concentración donde ella vivió y sobrevivió, y otras vivencias que padeció la llevan por años a preguntarse por el sentido de la vida. Uno de los autores que colaboró en su proceso, y quien fue amigo personal años después, es el psiquiatra Víctor Frankl. De él aprendió la logoterapia y, junto a la guía de otros maestros y terapeutas, descubrió la manera de ayudar a otros seres humanos.

Para todo aquel que busca algún sentido en su vida en este libro encontrará esperanza.

EDGER, E. 2018. *La bailarina de Auschwitz*. Barcelona: Planeta.

SUGERENCIAS



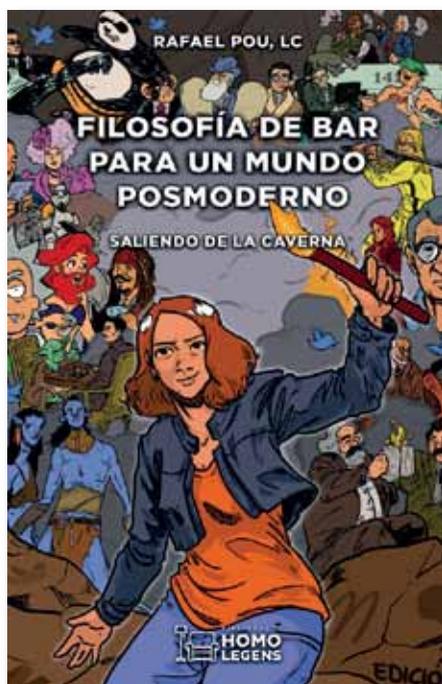
Pequeña teología de la lentitud

El nombre de este libro podría llevar a confusión pensando en algo discreto o poco importante. Lo cierto es que es breve, pero contundente. Sus diecisiete capítulos deben ser leídos lenta y saboreadamente. Se trata de un libro que trata sobre el *arte del vi-*

vir. Cual más, cual menos, todos tenemos nuestra vida algo contaminada con el vértigo de los cambios y de una hiperactividad que hoy se ve agravada ante la incertidumbre de nuevas crisis sociales. Encerrados en nuestro hogar, podemos seguir inmersos en la vorágine de la hiperconexión.

Ante ello, el autor afirma que la velocidad a la que vivimos nos impide vivir. Así, a través del agradecimiento, de lo inacabado, de ir al encuentro, del perdón, de la espera, del cuidado, de contemplar y habitar la vida, de la felicidad y el redescubrimiento de muchas artes, nos invita a hacer un viaje al ritmo de Dios. *Pequeña teología de la lentitud* permite reubicar, especialmente en este tiempo de pandemia, el arte de habitar y estar presentes en nuestra vida con todos los sentidos. De habitar con amor nuestro presente a la manera de Jesús. Por el intento de buscar lo razonable de estas artes es que merece llamarse *teología*; una que nos invita a que habitemos, contemplemos y nos iluminemos con cada uno de nuestros actos y, sobre todo, a entrar con asombro en los tiempos de Dios.

TOLENTINO MENDONÇA, J. 2017. *Pequeña teología de la lentitud*. Barcelona: Fragmenta.



Filosofía de bar para un mundo posmoderno

Lo primero que se puede mencionar es una curiosidad de la edición impresa. Las dos portadas forman parte del mismo libro. Son dos libros en uno. Comienza por “Saliendo de la caverna” y al terminar el libro hay que voltearlo y leer desde la otra tapa “La búsqueda del Grial”. Esto solo ocurre si tienes la gracia de tener la versión en papel. Cada uno responde a dos temas centrales de la filosofía que, desde Aristóteles, enmarcan las preguntas fundamentales de los seres humanos: la búsqueda de la verdad y la felicidad.

Es un libro de estilo ágil, con un lenguaje con modismos e imágenes juveniles, aunque igualmente válido para adultos, que se sitúa ya desde el título en un lugar poco tradicional para la filosofía, pero tan apropiado

para el diálogo. Nos acompaña de una manera amena y didáctica en los caminos de la filosofía para comprender las corrientes filosóficas modernas. Los dos libros, las dos preguntas o temas se encuentran en el centro.

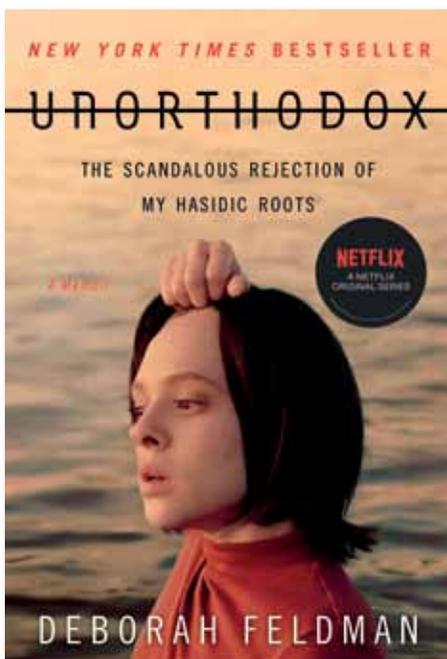
El sacerdote, Rafael Pou, nos muestra que hay una respuesta que conduce a Jesús como verdadera respuesta a la búsqueda de la verdad y la felicidad, como luz del mundo que ilumina nuestras búsquedas más profundas. La estructura del libro y sus anexos son una muy buena guía para introducir hoy este diálogo con los jóvenes de nuestras comunidades, pero, tal vez con mayor urgencia, a los que están lejos de ellas.

Pou, R. 2019. *Filosofía de bar para un mundo posmoderno*. Madrid: Homolegens.

Unorthodox (Poco ortodoxa)

Uno de los últimos éxitos de Netflix es esta miniserie de diecisiete capítulos, aclamada por la crítica y el público. Basada en una historia real, es una adaptación de la autobiografía de Deborah Feldman (*Unorthodox. The scandalous rejection of my hasidic roots*).

Es una miniserie que abunda en detalles que la consolidan como una obra realizada con delicadeza y cui-



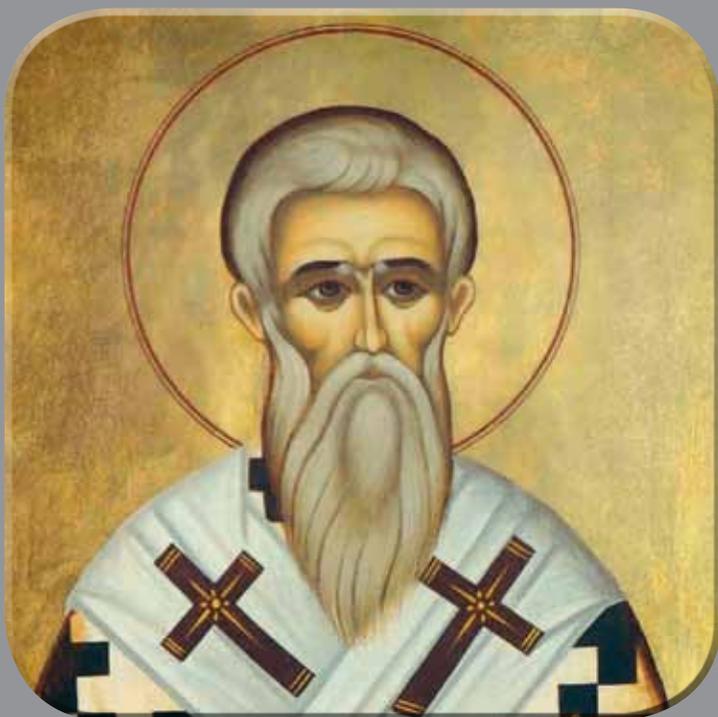
dado; con escenas dolorosas, esperanzadoras, llenas de alegrías y tensiones es tan difícil de clasificar como enteramente recomendable. Narra el viaje personal de liberación y descubrimiento de Esther “Esty” Schwartz (Shira Haas), una joven que nace en el seno de una comunidad ultraortodoxa judía. Con sutileza va mezclando imágenes de los dos ambientes y momentos en los que gira la historia: la comunidad hasídica en Williamsburg, Nueva York y el comienzo de una búsqueda personal de liberación que transcurre en Berlín hasta donde la protagonista se desplaza.

El psiquiatra francés Boris Cyrulnik dice que las películas tienen la gracia de llevarnos a visitar traumas de ma-

nera segura, son herramientas terapéuticas y de comunicación que nos permiten empatizar. Más allá del contexto cultural hasidista en que se desarrolla, la historia podría ser reflejo empático de experiencias personales y comunitarias en nuestra realidad católica: manipulación, abuso, culpa, valentía, libertad y sanación; reflejos de más de alguna experiencia dolorosa y luminosa de personas cercanas.

Ya el tráiler invita a una jornada prometedora y vocacional: ¿cuánto arriesgarías para encontrar tu propia voz?

UNORTHODOX (Poco ortodoxa).
Netflix



*Que esta peste examine la justicia
de cada uno e indague las mentes
de la raza humana;*

*si los sanos cuidan de los enfermos,
si los parientes aman diligentemente a sus familiares como deberían,
si los médicos no abandonan a los afligidos que les suplican auxilio,
si los violentos reprimen su violencia,
si los avaros, aunque por temor a la muerte, apagan el insaciable
fuego de su fiera codicia,
si los arrogantes agachan la cabeza,
si los desvergonzados mitigan su atrevimiento,
si los acaudalados otorgan y donan algo.*

*San Cipriano de Cartago (200-258)
De mortalitate*

La llamada “Peste de Cipriano”, se propagó por el Imperio Romano entre el 249 y el 270 dc. El santo fue testigo de los devastadores efectos y la pérdida de vidas que causó esta plaga, donde se cree que llegaron a morir diariamente unas cinco mil personas, y animó a los cristianos a cuidar de todos, sin distinción de credos. Cf. TIRADRITTI, F. 2014. Of kilns and corpses: Theban plague victims. *Egyptian Archaeology* 44: 15-18.

EL MOTU PROPRIO

VOS ESTIS LUX MUNDI

DE PROMULGATIO LEGIS A RECEPTIO LEGIS



MONS.
CHARLES J. SCICLUNA